



Max Radiguet

Lima y la sociedad peruana

Estudio preliminar por Estuardo Núñez

Índice

Lima y la sociedad peruana

Estudio preliminar

Libro primero

La vida. Las costumbres y las mujeres de Lima

- I -

Callao. La bahía. El Castillo. Rodil. Salteadores

- II -

Un ómnibus peruano. Hermano de la Buena Muerte. Cholita. Paisaje.

Oficiales. La Legua. Entrada a Lima

- III -

Plaza Mayor. Saya y manto. Nacimientos. Nochebuena

- IV -

Limeños y limeñas. Saya angosta. Maricones. El tamalero. La

suerte. El mercado. El puente del Rímac. La oración

- V -

Los salones. Hospitalidad. Las limeñas en su intimidad. Comidas populares. La ascensión. El picante. Artificios de coquetería

Libro segundo

- I -

Los teatros. Las fiestas populares. Programa. La silla. La lanzada. Catástrofe. El toro ensillado. Riña de gallos. Coliseo	
- II -	
La gente de medio pelo. Balsas. Soldados y rabonas. Los Amancaes	
- III -	
La alameda vieja. La Perricholi. Las cofradías de esclavos. La versión del Génesis	
- IV -	
Los conventos. San Francisco. El milagro. La Madona de Guápulo. San Pedro. El museo. Tumbas indias. La Huaca de Trujillo	
- V -	
Santo Domingo. La Señora del Rosario. Santa Rosa de Mazza. El viajero Rugendas. La escalera de la vida	
- VI -	
El santuario de Santa Rosa. Santa Rosa, patrona de todas las Américas	
- VII -	
La Catedral. Las limeñas en la iglesia. El Corpus. Los cuadros	
- VIII -	
Una ejecución militar. Un pronunciamiento	
Libro tercero	
- I -	
El movimiento político desde la Independencia	
- II -	
Situación del Perú. Movimiento intelectual. Conclusión	
Intermedios	
Cobija, único puerto de Bolivia. Figuración de Cobija en tomas de armas del Perú y sus despropósitos particulares. La mina de Aghatico. Las Chinchas. Los pájaros. El guano del Perú	
Apéndice	
Lima y la sociedad peruana. Anexo al Libro I; capítulo III	
Anexo al capítulo IV	
La noche en Lima. Los serenos	
Anexo al capítulo V	
Anexo al Libro II, capítulo I	
Anexo al Libro III, capítulo II	
Lima y la sociedad peruana	

Estudio preliminar

Bajo el sol invernal de la Bretaña francesa y sobre su paisaje ameno, Maximiliano Renato Radiguet nació en Landerneau en las márgenes del río del mismo nombre, cerca de Brest, en el Cabo Finisterre, el 17 de enero de 1816. Concluidos sus estudios escolares, Radiguet ingresó a la Escuela Naval, de donde salió adscrito a la marina francesa. Su primer contacto con América aconteció en 1838, al ser enviado en misión oficial como

Agregado del Almirante Du Petit Thouars, a la nueva república de Haití, donde debía negociarse una indemnización a Francia exigida por el gobierno del rey Luis Felipe. De regreso de este viaje, en que pudo conocer algunas de las principales Antillas, entre 1838 y 1839, Radiguet fue designado para integrar la misión encomendada al mismo Almirante Du Petit Thouars, a bordo de la fragata de guerra La reine-Blanche, en 1841.

El objetivo de esta misión era estudiar las condiciones de navegación entre la costa occidental de la América del Sur y las islas de la Oceanía y para finalmente, ocupar a nombre del gobierno francés, las islas Marquesas que antes habían pertenecido a la corona de España. El barco hizo escalas previas en Río de Janeiro, y después de haber cruzado el estrecho de Magallanes, en Valparaíso. Enseguida, a la espera de órdenes superiores, debió permanecer prolongadamente anclado en la rada del Callao, desde diciembre de 1841 hasta comienzos de 1845, en que los despachos recibidos le señalaron su objetivo final que fue el tomar posesión de las islas Marquesas. En esta importante misión, el teniente de marina Max Radiguet actuó como secretario agregado al Estado Mayor del Almirante [X] Du Petit Thouars, encargado de redactar el informe oficial de la misión encomendada a su jefe. Durante su larga estada en la costa peruana, Radiguet tuvo oportunidad de vivir casi constantemente en Lima, la capital de la nueva república independiente y de efectuar observaciones y juicios sobre la condición social del país, que había de cautivarlo por su exotismo costumbrista y por la sugestión de su personalidad y carácter especial.

Era Radiguet un joven oficial de marina que apenas frisaba en los 25 años, cuando llegó por primera vez a Lima, en la navidad de 1841. Encontró un país un tanto caótico, en la época de los gobiernos efímeros y del apogeo de Vivanco, afectado por luchas políticas intestinas, con serios problemas de desorganización administrativa y en estado de postración económica. Los golpes de estado se sucedían unos a otros y el enfrentamiento de facciones hacía vivir a sus habitantes tiempos de inestabilidad y angustia. Pero la capacidad de comprensión humana de Radiguet, su tolerancia y sensibilidad, le permitieron prescindir de la anécdota fugaz o del cuadro momentáneo, adentrar en la esencia espiritual de los peruanos y descubrir los valores permanentes, en medio de la fugacidad de las situaciones efímeras. Sus impresiones de viajero fueron consignadas primeramente en artículos sobre asuntos pintorescos que envió por un lapso que va de 1844 a 1854 a diversas revistas francesas. Posteriormente constituyeron, corregidos y ensamblados y puestos al día, la materia del libro que tituló *Souvenirs de l'Amérique Espagnole* (Recuerdos de la América Española), aparecido en 1856, uno de los más amenos y mejor escritos relatos de viaje sobre el Perú y los peruanos.

CARÁCTER DE LA OBRA

Max Radiguet ha sido uno de los viajeros franceses más afortunados en su visión de la realidad social del Perú, en un momento determinado de su historia. El encanto de su prosa y el vigor de su genio literario lo han puesto en primera fila dentro del conjunto de los viajeros franceses que

han escrito sobre el Perú, no obstante que éstos forman legión y que desde distintos ángulos, trataron de las peculiaridades de esta tierra peruana.

A la obra científica de Castelnau y Orbigny, tan documentados y profundos conocedores de las realidades latinoamericanas [XI] se ha adicionado, en la primera mitad del siglo XIX, los libros llenos de encanto imaginativo y de recursos de estilo y agudezas de ingenio debidos a la pluma de Paul Marcoy (Lorenzo Saint Crieg) y Max Radiguet. Fueron éstos, sin duda alguna, talentos singulares, verdaderos artífices del buen decir. Sin los desbordes fantasistas de Marcoy, supo Radiguet trazar con palabras y también con los colores de su ágil e igualmente atractivo pincel, un cuadro muy vivo de la sociedad peruana en la década del 40. Llegado por primera vez a Lima en 1841, residió en ella aunque con breves ausencias entre esa fecha y 1845, cada vez que se lo permitieron las tareas del buque en el cual servía como oficial de marina. Así pudo narrar acontecimientos vividos en la etapa republicana que corresponden a ese lapso, los que complementó con los datos de una diligente pesquisa sobre los antecedentes de aquéllos, con semblanzas de los personajes actuantes en la vida política, con informaciones de primera calidad tomadas de personas de fe, con documentación fidedigna y con ese don de observador acucioso que lo caracterizaba. Todo está volcado en una prosa amena y sugestiva, digna de un cronista cultivado y de un espíritu de notoria sensibilidad como Radiguet que no llegó nunca a trastocar los hechos ni a fantasear sobre las realidades, como sucede en los relatos de Paul Marcoy, y que se limitó a comentar con recato no exento de gracia cuanto observaba en las costumbres y los usos de los limeños.

Las circunstancias no permitieron a Radiguet que se alejara de la ciudad capital, por lo que su relato no pretende dar la noción total del Perú, mas sólo una imagen de Lima republicana de la mitad del siglo XIX. Es verdad que en ese momento el resto del Perú contaba poco en los azares de la política peruana, salvo la aguerrida Arequipa. Pero de ésta no deja Radiguet de mostrarse bien enterado y sus informaciones justas y ponderadas ofrecen bastante índice de suplementaria información para el cuadro trazado de la sociedad peruana.

RADIGUET Y HALL

El mismo Radiguet observaba en algún párrafo de su libro el carácter practicista e insistentemente mercantilista de muchos de los viajeros que lo habían antecedido en su visita al Perú. Se refería sin duda a las relaciones de viajeros de comienzos del siglo que coinciden con la época de la independencia [XII] o sea a sus propios connacionales como Julián Mellet, René P. Lesson y otros marinos, muchos norteamericanos y sobre todo los ingleses que fueron en su mayor parte o agentes de empréstitos o mineros o comerciantes, a quienes interesaba el Perú como zona de influencia para presentes y futuras concesiones o establecimientos de explotación económica. Sin embargo, entre ellos hubo excepciones y la mayor de éstas pudo ser el célebre relato de Basil Hall, viajero escocés, quien visitó el Perú en 1821 y que tiene algunos puntos de contacto con Radiguet. Era Hall también marino, desprendido de una misión técnica, a

más de escritor de profesión como Radiguet. Pero estas son coincidencias adjetivas, pues la similitud fundamental reside en la actitud crítica de ambos, en la capacidad de observación directa, minuciosa, en la apreciación objetiva y en el juicio ponderado que no se apoya en prejuicios o en moldes europeos, sino que pretende presentar las peculiaridades del país observado con respeto por sus valores autóctonos e íntimos, aun en medio de la anotación de sus miserias o defectos. Tampoco absuelven de las flaquezas pero las explican con tolerancia. Pero ante los hechos y situaciones ejemplares, ante lo original, lo ingenioso o el acierto no vacilan en señalarlo generosamente. La justeza de los comentarios, las finas semblanzas de los personajes, las descripciones de hechos y situaciones y el interés por las expresiones populares acusan en Radiguet y en Hall una previa y vasta preparación cultural. Ésta los hubo dispuesto para informarse concienzudamente y para realizar la tarea de escribir sus libros y a la postre habría de promover la difusión coetánea de sus páginas y la supervivencia espiritual que los hace gratas y perdurables muestras del talento humano.

RESONANCIAS INTELECTUALES

Con relación a este autor es necesario desmentir una afirmación infundada y destruir una superchería literaria. Pero al mismo tiempo, es posible señalar alguna otra resonancia literaria de su obra e insinuar también algunas perspectivas tal vez imaginarias pero más fundadas.

Por muchos años se tuvo a Radiguet como inspirador de la pieza teatral de Merimée sobre la Perricholi y el ambiente colonial peruano, pero no parece posible considerar que Próspero Merimée hubiera tenido como fuente a Radiguet ya que [XIII] *La Carroza del Santísimo Sacramento*, comedia que dio fama europea a la Perricholi, apareció en El teatro de Clara Gazul, obra de Merimée, en 1826 e incluso había dado pie a comentarios de Goethe en sus *Conversaciones con Eckermann* de enero y mayo de 1827, marzo de 1830 y febrero de 1832; en tanto que la obra de Radiguet sólo aparece en volumen en 1856 y antes en revistas desde 1845. Por lo demás, Harri Meier en un agudo ensayo ha probado que la fuente principal de Merimée fue el relato de viaje de Basil Hall, vertido al francés en 1825(1) y al alemán el mismo año.

La página en que Radiguet describe una pelea de gallos parece la fuente de inspiración inicial de una notable narración de la literatura peruana del siglo XX, *El caballero Carmelo* de Abraham Valdelomar.

Algún parentesco podría encontrarse entre aquella descripción del vencedor que logra Radiguet:

«Posó sus patas sobre el cadáver de su víctima, levantó el cuello con fiereza, lanzó sobre la asamblea una mirada insolente y, magnífico como un héroe de la Iliada, lanzó su grito de victoria como un desafío...».

y ciertos pasajes del excelente cuento de Valdelomar cuando compara también al Carmelo con «un armado caballero medieval» o cuando describe: «el gallo se incorporó...» «abrió nerviosamente las alas de oro,

enseñoreóse y cantó»... «aquel héroe ignorado, flor y nata de paladines».

No sería descaminado imaginar que Valdelomar -durante su estada en Francia o Italia, entre 1913 y 1914-, pudo haber leído el libro de Radiguet y que bajo la impresión de aquel relato escribiera luego en Roma, El Caballero Carmelo, tal vez su obra narrativa más lograda. Todo ello pudo ser, pero no hay comprobación documentada. Se trata de una simple conjetura. Y en plan igualmente imaginario cabe pensar en el posible impacto de la lectura de Radiguet, notable escritor y dibujante, que hermanó en su obra el Perú con la Oceanía, Lima y las islas Marquesas, sobre el destino del pintor francoperuano Paul Gauguin, quien fue nieto de peruana (Flora Tristán), vivió de niño en Lima por los años en que Radiguet residió [XIV] en estas tierras y quien, más tarde, abandonando Francia, fijó su residencia en Tahití. Es probable que el gran pintor leyera esas páginas de Souvenirs y también las de Les derniers sauvages que ellas le abrieran el horizonte de su destino genial.

LA INQUIETUD SOCIAL EN RADIGUET

Como la obra se publicó en edición definitiva, un decenio después de escrita o de realizado el viaje (1841-1845) que le dio origen, Radiguet alcanzó a introducir algunas adiciones pertinentes a las que se hace mención en la introducción. Allí se deja constancia de que el país ha entrado (por 1856) en época más próspera con la explotación del guano y que su administración se ha mejorado con la acción de orden en los gobiernos de Castilla, signo de estabilidad después de la anarquía que Radiguet vivió en años anteriores. Anota también la intensificación del tráfico comercial a causa del descubrimiento del oro en California que había introducido mayor movimiento en los puertos chilenos y peruanos.

Radiguet advertía hace 120 años el peligro de la introducción de lo que él llamaba «el yanquismo» (p. XI, Avant-propos, ed. 1856), en los países latinoamericanos o sea la acción de «el peligroso vecino, la raza angloamericana que un día podrá desbordarse más allá de sus límites sobre su territorio. Esta nueva conquista puede desplazar la lengua castellana pues la divisa de los americanos del norte (grow them!) implica si no la absorción, la destrucción» (p. 230, ed. 1856). De allí su consejo idealista de que se vuelquen estos pueblos confiadamente a los países neo-latinos y propicien una inmigración europea y sobre todo francesa que las preserve de esos peligros.

En buena cuenta, Radiguet resulta un adelantado del «arielismo» que patrocinará medio siglo más tarde un latinoamericano ilustre, el uruguayo José Enrique Rodó, con su famoso ensayo Ariel en el cual oponía a las fuerzas del norte -simbolizadas en Calibán- la afirmación de la actitud espiritual de los países latinoamericanos, simbolizados en Ariel. Sin embargo, la crítica peruana de la obra de Radiguet no ha reparado sino en el aspecto sugerente de sus descripciones costumbristas, de sus delectaciones pintorescas acerca de las limeñas y los limeños o los usos locales, como si fuera sólo un escritor localista que no hubiera ahondado en otras facetas de mayor [XV] contenido social o histórico. Parece procedente insistir en esta hora de revisiones, en los otros aportes de la

obra del insigne viajero francés que dejan al descubierto, sin acritud, muchos aspectos negativos del Perú en su época y que señalan con penetración y proyección hacia el futuro algunos fundamentales asuntos de crítica menos efímera, soslayados por cuantos anteriormente extrajeron de sus páginas sólo aquello que convenga a su concepción interesada en un Perú feudal y centralista, aristocratizante y recortado.

De acuerdo con lo expuesto por el propio Radiguet en la introducción de su obra, se han consignado en su libro las observaciones pintorescas de las costumbres sociales del país visitado que quedaron un tanto al margen de las noticias oficiales y datos científicos o profesionales de sus informes que forman parte del Álbum de la misión naval a que pertenecía.

El viajero se esforzó en despojarse de prejuicios europeístas y quiso ver con ojos tolerantes las características peculiares del Perú, sus aspectos particulares, apartándose en lo posible de juzgar el país solamente desde el punto de vista de sus intereses comerciales, económicos o industriales, pero sin dejar de señalar sus aspectos negativos conjugados con los brillantes y positivos, sus miserias contrastadas con sus grandezas.

El énfasis en lo mercantilista había sido la tónica dominante en los viajeros de los años anteriores o sea en el primer cuarto del siglo XIX. En contraste y en oposición a ellos, Radiguet se interesó por captar otros valores de tipo espiritual, sus recuerdos poéticos, las esencias típicas en medio de sus anécdotas. Le preocupa consignar las diferencias más que las similitudes, la vida auténtica y secreta, los caracteres distintivos en un pueblo con raíces profundas adentradas en las antiguas civilizaciones indígenas.

De otro lado, en Lima halló a la notable y tradicional ciudad de la América del Sur que todavía conservaba las huellas de su antiguo esplendor en costumbres, usos y arquitectura. Por eso Raúl Porras Barrenechea ha podido afirmar que Radiguet es «uno de los creadores de la leyenda de Lima como 'la perla del Pacífico' y como centro de la cortesanía y cultura americana del sur». [XVI]

RESTANTE OBRA DE RADIGUET

Después de su libro sobre América Latina, publicó Radiguet un estudio sobre las costumbres de la América del Norte (1857), su libro de memorias sobre la ocupación de las islas Marquesas titulado *Les dernières sauvages* (París, 1861) con 16 ilustraciones del autor y finalmente un cuarto libro titulado *A travers la Bretagne* (París 1865) que está formado por apuntaciones impresionistas de la región bretona, en que nació. Colaboró asimismo en la composición del Álbum de viaje de «La reine Blanche», adicionado con cartas geográficas y dibujos que Radiguet trazó para ilustrar el informe oficial, en que naturalmente no pudo desenvolver su plena aptitud creadora, restringida en ese caso por las exigencias profesionales u oficiales. Sus colaboraciones en famosas publicaciones periódicas como *Revue de París*, *Musée des familles*, *Magasin pittoresque*, *L'illustration*, *Revue des deux Mondes*, *Revue Moderne*, *L'Océan*, *France Maritime*, aparecieron frecuentemente firmados con los seudónimos René de

Kerelian, Stéphane Rénal y René de K.

Por los datos de sus últimas publicaciones que abarcan hasta 1875, podemos calcular -a falta de otra referencia y del silencio sobre ello en las reseñas biográficas que hemos consultado- que su fallecimiento ocurrió alrededor de 1880.

Esas postreras publicaciones versan significativamente sobre materia artística lo que indica que en los años de madurez, afloró la vocación íntima de pintor y dibujante que había descubierto en sus años de juventud al contacto con el ambiente exótico de la América del Sur y las islas del Pacífico y especialmente con el del Perú. Y pudo volver plenamente a esa vocación una vez que hubo cumplido sus años de actividad en la marina de guerra francesa, por cuya labor y méritos le fue concedida la condecoración de la Legión de Honor.

Además de exquisito escritor, Radiguet ha dejado muestras de su talento como dibujante eximio. Sus crónicas del Perú (y sobre todo de Lima) y del Brasil, de Chile y de la Oceanía, publicadas en diversas revistas francesas, fueron usualmente ilustradas con dibujos a pluma muy donosos. En Lima visitó frecuentemente la Biblioteca y el Museo, que por entonces ocupaban un mismo local. Allí encontró alguna vez, al pintor alemán Juan Mauricio Rugendas que allí examinaba [XVII] algunas piezas de la cerámica antigua del país o algún cuadro notable. Fue un encuentro romántico que Radiguet narra con gracia, describiendo la figura romántica del pintor alemán. Sus ilustraciones pueden hallarse en las páginas de las colecciones de *Le Magazin Pittoresque*, de la *Revue des Deux Mondes* y de *L'Illustration*. En esta última revista, de 1854, apareció un grabado de Radiguet con la figura de la Perricholi, que constituye una atractiva figura, llena de sugerencias y delicadeza, un tanto idealizada como era usual en la época, agradablemente ambientada, para la cual le sirvió de modelo una de las tantas jóvenes limeñas, cuyo perfil y encanto trazó también literariamente en muchas de las páginas de su hermoso libro. Al lado de otras correspondencias en periódicos franceses pueden hallarse sus grabados «Vestido de viaje» y «Caballero peruano» e incluso, algún bosquejo del paisaje o de monumentos o muestras de arquitectura típica.

La vocación pictórica de Radiguet refleja también en su estilo literario plástico y objetivo, que se recrea en mostrar, con delectación minuciosa, calles, conventos, costumbres, tipos populares, personajes notables, mujeres hermosas, en coloristas y amenas descripciones que recuerdan los trazos del dibujante que no teniendo a la mano el carbón o el color, recurre a las palabras más precisas y sugerentes para trazarnos cuadros o bosquejos impecables.

Radiguet fue además el traductor exquisito al francés de un relato clásico de la literatura peruana del siglo XIX, «El niño Goyito» de Felipe Pardo y Aliaga, que lo agrega en apéndice de los *Souvenirs*, como muestra del talento literario de los peruanos.

LA PRESENTE EDICIÓN CASTELLANA

Al cabo de más de un siglo de su aparición, en Francia, podemos ofrecer por vez primera una versión castellana completa de la parte

peruana del célebre libro de Max Radiguet titulado originalmente *Souvenirs de l'Amérique Espagnole* (Paris, Michel Levy Frères, Libraires Editeurs, 1856, 308 p.).

De la edición original francesa hemos extraído los capítulos referentes al Perú. Los relativos a Chile y Brasil no tienen el encanto ni la importancia y extensión que los restantes referentes a nuestro país.

[XVIII]

Nos hemos permitido, con el propósito de adaptar el libro al interés de los lectores peruanos de hoy, introducir las siguientes modificaciones de la edición original:

1) El traslado del título de la sección de capítulos referentes al Perú -«Lima y la sociedad peruana»- al libro mismo, en razón de que se conforma mejor con su naturaleza, se explica mejor al suprimirse de la edición las partes chilena y brasileña y nos permite sustituir el título original «Recuerdos de la América española» que no correspondía al contenido restringido a la parte peruana. De otro lado la denominación «América española» resulta hoy una tanto obsoleta e impropia.

2) La supresión de la parte boliviana (Cobija, en el capítulo «Intermedios», p. 231-246), la brasileña (p. 249-289) y la chilena («Valparaíso y la sociedad chilena», p. 1-45), que ya han sido traducidas y publicadas aparte en los respectivos países.

3) La supresión del prólogo general que sólo contiene datos personales y apreciaciones ya consignadas en el resto del libro. Los datos personales se han incorporado, por lo demás, a nuestro estudio preliminar.

4) La supresión de los apéndices y algunas notas que fueron destinadas sólo para información de lectores europeos, los que consideramos innecesarios para lectores peruanos, o latinoamericanos (p. 291-306) e incluso la versión francesa de un texto literario peruano «El niño Goyito» de Felipe Pardo y Aliaga y otro texto debido al viajero inglés W. B. Stevenson.

La traducción del libro es obra encomiable, de Catalina Recavarren Ulloa, conocida escritora peruana de valiosa producción literaria.

Expresamos nuestro especial agradecimiento al Dr. Félix Denegri Luna, alto exponente de la historiografía peruana, quien proporcionó los originales de la versión castellana que utilizamos en esta edición.

Igualmente expresamos nuestra gratitud al Banco Central de Reserva del Perú, sin cuya ayuda no hubiera sido posible la edición que entregamos a los lectores peruanos.

ESTUARDO NÚÑEZ [XIX]

BIBLIOGRAFÍA DE MAX RADIGUET

LIBROS Y FOLLETOS

Souvenirs de l'Amérique Espagnole: Chili-Pérou-Brésil... Paris, Michel Lévy Frères, 1856, xvi, 308 p., 18 cm.

Les derniers sauvages, souvenirs de l'occupation française aux îles

Marquises, 1842-1859... Paris, L. Hachette et Cie. [1861], 328 p., 18-1/2 cm. (Collection Hetzel).

Le Champ de Mars à vol d'oiseau. Exposition Universelle 1867, Paris, 1868, 12°.

Les derniers sauvages; la vie et les moeurs aux îles Marquises (1842-1859). Illustrations inédites de l'auteur, avant propos de Jean Dorsenne. Paris, Duchartre et Van Buggenhoudt [1929], 2 h., ix, 240 p., 1 h., xvi láms., incl. front. 21 cm. (Collection Laque Orange; aventures et voyages).

Viajeros en Chile, 1817-1847 [por] Samuel Haigh, Alejandro Cadcleugh [y] Max Radiguet. Santiago de Chile, Ed. del Pacífico, [1955], 254 p., 19 cm. (Presencia del pasado, 6).

Contiene: Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817, por S. Haigh.- Viaje a Chile en 1819, 20 y 21, por A. Caldcleugh.- Valparaíso y la sociedad chilena en 1847, por M. Radiguet.

Les derniers sauvages; souvenirs de l'occupation française aux îles Marquises, 1842-1859... Paris, Editions Anthropos, 1967, 330 p., láms. 19 cm. (Textes et documents retrouvés).

Edición facsimilar de la de Hetzel de 1861.

CONOCIDOS POR REFERENCIA

Etudes de moeurs sur l'Amérique du Nord. Paris, 1857.

A travers la Bretagne. Paris, 1865.

L'École de M. Toupinel. Paris, 1870.

Reflets de tableaux connue. Paris, 1874.

Lettres sur te salon de 1875. Paris, 1875. [XX]

CAPÍTULOS

Lima en 1844... En Raúl Porras Barrenechea. Pequeña Antología de Lima. (1535-1935). Madrid, 1935. p. 282-301. Lima, 1965. p. 282-301.

Lima. En Lima. Concejo Provincial. Festival de Lima; edición antológica. Lima, 1959. IX: 109-126.

Transcrito de: Raúl Porras Barrenechea. Pequeña Antología de Lima.

Las Limeñas. En Cultura Peruana. Vol. XVII, N° 114. 1957.

Las limeñas según Radiguet; un artículo traducido y publicado en Arequipa en el año 1847. Lima, 1958. 17 p. ilustr. 21 cm.

Antes del título: Néstor Puertas Castro [editor]

Las limeñas. En Lima. Concejo Provincial. Festival de Lima; edición antológica. Lima, 1959. IV: 31-44.

INÉDITOS

Album de voyages de la Reine-Blanche. (3 vols. en folio). MS inédito existente en el Depósito de Cartas y planos de la Marina. (París). [En colaboración]

Conocido por referencia.

SOBRE EL AUTOR

[Max Radiguet]. En Antonio Garland. «Ecrivains et voyageurs français au Pérou». Revue de l'Amérique Latine. Año I, vol. III, N° 9. Paris, 1922.

[-----] En Raúl Porras Barrenechea. Fuentes Históricas Peruanas. Lima, 1955, p. 315. Lima 1963. p. 315.

Párrafo crítico.

[-----] En José de la Riva Aüero y Osma. Obras completas. Lima, 1963. t. III, p. 291.

Mención crítica.

[-----] En Rubén Vargas Ugarte, S. J. Manual de Estudios Peruanistas. Lima, 1959. p. 326-327.

Párrafo bibliográfico-crítico. [XXI]

Célebre retrato de Max Radiguet, en actitud de conversar con una dama limeña,
pintado en Lima por Juan Mauricio Rugendas, en 1843. Tras del árbol,
el autorretrato del pintor.
Cuadro de propiedad del Embajador Gonzalo Pizarro C.

[1]

Libro primero

[3]

La vida. Las costumbres y las mujeres de Lima

Entre las grandes ciudades de la América meridional no hay otra que haya quedado más fiel que Lima a las viejas costumbres españolas de antes de la independencia. Hay todo un mundo aparte, toda una civilización elegante y refinada, y nada recuerda en el resto del Perú, esos refinamientos. Lima, sin duda tiene su importancia como centro de la República peruana; pero no ver de la ciudad de los Reyes, sino ese aspecto es imponerse la penosa tarea de juzgar la sociedad limeña, tal vez si por su lado menos atrayente. Si se quiere saber lo que hay en esa sociedad, aun en pleno siglo diecinueve, de gracia inimitable y de originalidad pintoresca, es a la vida diaria que hay que interrogar, es la existencia misma del limeño que hay que compartir de alguna manera, ya bajo el techo de su casa hospitalaria, ya en medio de esas fiestas de cada día, que dan a la capital del Perú, un carácter tan encantador de esplendor y de animación jovial. Los recuerdos que nos ha dejado Lima, tal como la hemos visto en estos últimos años, especialmente bajo la presidencia del general Vivanco, harán penetrar, lo esperamos en una de las más inteligentes y más amables poblaciones del nuevo mundo. Si siguiéndonos a través de las escenas y de los incidentes de una larga estada en Lima se llegara a formar una idea justa de los lados débiles como de los lados brillantes de la civilización peruana, estos recuerdos habrían alcanzado su meta, y tal

resultado bastaría a nuestra ambición.

Todo viaje, toda estada en país desconocido, puede de alguna manera dividirse en tres períodos muy distintos: el período de la sorpresa, primero; el de la curiosidad después, y en fin, el de la reflexión y de la crítica. El momento de la llegada tiene sus alegrías y sus emociones fugitivas que hay que notar de paso, y que no se volverán a encontrar. En los días más tranquilos que siguen a la instalación, el viajero sufre poco a poco el ascendente de la sociedad que lo rodea; no se contenta ya con ser espectador de sus fiestas o de sus trabajos, siente la necesidad de mezclarse y asociarse a ella. En fin, cuando la vida [4] diaria le ha revelado todos sus secretos, es la vida moral e intelectual la que quiere conocer; y así se completa poco a poco, un conjunto de emociones sin las cuales no se puede juzgar sanamente las costumbres ni los intereses de una población extranjera. Esos tres momentos que se encuentran en todo viaje y que he tratado de describir, marcarán las divisiones propias de mi relato. [5]

- I -

Callao. La bahía. El Castillo. Rodil. Salteadores

Habíamos entrado a la rada del Callao en una noche de serenidad magnífica. El soplo casi insensible que nos empujaba hacia el fondeadero, parecía expirar justo en el momento en que la fragata dejaba caer su ancla a dos cables de la costa. Delante de nosotros, la ciudad sembrada de puntos luminosos, perfilaba sobre un fondo de oscuridad azulada, la línea quebrada de sus techos, y sobre un plano más cerca, un gran número de naves, erguían hacia el cielo la fina silueta de sus arboladuras. Hacia la medianoche, bancos de neblina aparecieron como por encanto, luego aproximándose, se unieron esfumando el contorno de las tierras vecinas; luego éstas se borraron y nuestro horizonte, encogiéndose poco a poco, dejó la fragata como una crisálida envuelta en una nube espesa. Una línea fosforescente se mostraba sólo a breves intermitencias acompañada de un estruendo semejante al de una fusilería: era la ola que reventaba sobre una escarpa en la que las piedras se entrechocaban, rodando con su movimiento de ascensión y de retirada.

Al levantarse el sol, fuimos despertados con un estruendo tan extraño, cuanto aturdidor. Subimos al instante sobre el puente donde nos esperaba un espectáculo bastante imprevisto. La vasta bahía, silenciosa y triste unas horas antes, estaba llena de movimiento y de ruido. Millares de pájaros llenaban el espacio a todas las alturas y a todas las distancias, y la mirada hubiera vanamente escudriñado la extensión para no encontrar sus filas interminables que se desgranaban en rosarios gigantescos, o sus batallones numerosos que picoteaban el cielo y se desparramaban [6] sobre el mar como espesos copos de nieve. Se hubiera dicho que toda la población alada del océano Pacífico se había dado cita en el Callao. A nuestro alrededor pavoneábase el pesado pelícano, estorbado por su pico deforme y desmesurado, al cual una banda traviesa de pájaros más pequeños, venían a arrancar el pábulo. El obeso y estúpido pingüino replegaba sus alas demasiado cortas, después de haber tratado en

vano de tomar vuelo; el damero ostentaba un brillante plumaje de plata y ébano el petril de voz estridente; la gaviota blanca y ligera como una nube, se recreaba alegremente sobre la ola y llenaban el aire de chillidos agudos que entrecortaban aquí y allá, notas guturales y nasales. Era un bullicio que rompía el tímpano, un movimiento perpetuo que daba vértigo. Todo ese pueblo turbulento y goloso, era atraído hacia la rada, por el paso regular de una especie de sardina cuyos numerosos bancos visitan en determinada época del año las costas del Perú, y hormiguean en las aguas del Callao. Sin embargo, el sol, del que se percibía desde por la mañana el disco rojo y sin rayos, a través de una espesa capa de nubes, derritió ese obstáculo y arrojó inopinadamente sobre el agua su luz triunfante. Toda la población emplumada se conmovió, las vociferaciones redoblaron, y numerosos grupos volaron amedrentados; algunos instantes más tarde, la brisa de la tierra venía a escamar la superficie de las olas y ocultar así el pez, a los apetitos del enemigo, cuyas bandas decepcionadas y confusas, huyeron y desaparecieron luego del horizonte.

La bahía del Callao reúne condiciones poco frecuentes en la costa occidental de la América del Sur, donde no existen casi, sino radas foráneas. Es vasta y segura, las naves pueden recorrerla sin temor, quedar en el muelle en cualquier tiempo con seguridad, ejecutar en todas las estaciones sus trabajos de reparación y carenaje. Es suficientemente abrigada en el sudeste y en el sudoeste por una lengua de tierra, algunas rocas y dos islas, principalmente la de San Lorenzo. Su abertura principal, (pues existe un pasaje poco frecuentado, al sur de la punta del Callao), se extiende del oeste al noroeste; pero los vientos que soplan de esa parte, no permitiéndose jamás la menor extravagancia, no inspiran ninguna desconfianza. La isla de San Lorenzo forma el lado derecho de esa entrada. San Lorenzo es una tierra árida, desolada, gris como la ceniza y rayada de barrancos; ni un árbol, ni un átomo de verdura sobre esos flancos calcinados por un sol tórrido; tomando eso en cuenta, jamás ninguna tierra fue más digna de llevar el nombre del [7] mártir de Valérien(2). Ahí se recluían a los negros culpables de algún delito; los únicos seres que la pueblan hoy día, son las vacas marinas, a las que se oyen bramar por las noches, en tropas numerosas, sobre la vertiente occidental del islote. Vista desde el anclaje, la ciudad del Callao no ofrece nada de notable: es una línea de casas grises, monótonas, construidas al nivel del mar, y apenas dominadas por el campanario cuadrado y tosco de la iglesia. En la extremidad sur de la ciudad, aparece, en el mismo plano, la blanca construcción de dos fuertes de fachada circular, ligados entre sí por una serie de baterías dispuestas según los accidentes del terreno, para inspeccionar la bahía y la mayor parte de los puntos de desembarque. La planicie se extiende del este al norte, salpicada aquí y allá por conjuntos de árboles y atravesada por el Rímac, que viene a desembocar en la rada, a la derecha del Callao; luego, más lejos, en la extremidad de una cinta de verdura trazada por el curso fértil del río, se ve elevarse en medio de negros y largos macizos de sauces, los numerosos campanarios de Lima, color violeta o bermejo según los juegos de la luz. Más lejos aún, altas montañas enérgicamente acentuadas, rompen las nubes y hunden en las profundidades del horizonte, sus diversos planos azulados e inciertos.

En cuanto nos fue posible comunicarnos con tierra, me hice desembarcar sobre un muelle, donde compañías de trabajadores negros e indios, apilaban, cantando, numerosas cajas y fardos que, carros planos deslizándose sobre un ferrocarril, llevan hacia las tiendas de la Aduana.

Algunos soldados desarreglados y sórdidos, vestidos con casaca gris y adornos verdes, cubiertos de una especie de gorro blanco que una cinta verde anuda a la base como la corbata de nuestros padres, vigilaban la operación con un abandono lleno de mansedumbre, lo que nos pareció muy atractivo para los contrabandistas. La actividad reinaba por todas partes; las lanchas y las barcas llegaban en fila, cargadas desmesuradamente y se chocaban en desorden al fondo del asa que el muelle contoneaba en media herradura, entre sus muros y la tierra, para facilitar las operaciones de desembarque. Los marineros extranjeros juraban por todos los diablos; los trabajadores del puerto, respondían invocando a todos los santos; las grúas y las palancas levantaban con horribles rechinamientos, los fardos enormes; y el muelle, ya estorbado por las cajas de fierro y las [8] calderas a vapor, desapareció bajo un montón de bultos extranjeros. Ese muelle es una de las más hermosas obras efectuadas bajo el virreinato de Don Manuel de Amat.

La calle principal del Callao, la más comercial y más frecuentada, corre paralela a la ribera; es empedrada, con piedras colocadas en la tierra como huevos sobre su punta. Las casas que la bordean, construidas con adobes, tienen por techos simples esteras dispuestas sobre un lecho de cañas y revestidas por una capa de cal destinada a preservar el interior de la humedad de las neblinas, y contra los rayos del sol. Estas viviendas, tienen generalmente un solo piso, a lo largo del cual corre una galería, abrigada a ciertas horas del día por cortinas de lona rayada en colores vivos; tiendas con artículos variados ocupan de ordinario el piso bajo. Las otras construcciones del Callao son generalmente muy bajas; y las calles están dispuestas de tal modo que durante la mayor parte del día, el sol derrama ahí, una luz implacable. Recorriamos sin embargo, la ciudad, hundiéndonos hasta los tobillos en una polvareda llena de restos infectos, que dan vida a toda clase de plagas. Las casas bloqueadas con cal o embadurnadas de amarillo, estaban cerradas y silenciosas como tumbas. Era la hora de la siesta. Aquí y allá, burros pelados y sarnosos, estaban inmóviles en la sombra estrecha que proyectaba por casualidad, un pedazo de pared; y filas negras de gallinazos, dormían posados sobre una pata al borde de las terrazas.

Las puertas de la iglesia estaban abiertas, y allí entramos. La nave no ofrece ningún interés respecto a la arquitectura, y la decoración interior responde a la mediocridad de la fachada. Saliendo de la iglesia nos dirigimos al Castillo. Era proceder en orden, en esa antigua colonia española donde, como en todos los países sometidos al Escorial, la iglesia y la espada, el sacerdote y el soldado, después de haber sido las más enérgicas armas de conquista, quedaron como principales elementos de poder, empleados por los conquistadores del nuevo mundo para asentar y perpetuar su dominación. Cuando nos disponíamos a atravesar el puente levadizo bajado sobre una fosa, delante de la entrada abierta y abovedada de la ciudadela, un grupo bastante original se ofreció a nuestra vista. En la cima de un montículo pedregoso y oscuro, que atigraban aquí y allá,

algunas bandas oscuras de verdura, un soldado estaba sentado; delante de él, una cholita, el cuerpo negligentemente caído, la mano pérdida en las ondas de una cabellera estrellada de flores de jazmín, y el codo apoyado en las rodillas [9] del soldado, escuchaba sonriente alguna confidencia amorosa, arrancando con sus labios los pétalos de una flor de granada. El hombre llevaba la casaca gris y el gorro blanco de cinta verde; la mujer tenía el torso drapeado con un chal escarlata y su fustán remangado, dejaba advertir un pequeño pie calzado de raso blanco, un tobillo fino y una pierna irreprochable. El soldado se había improvisado una sombrilla anudando las puntas de un pañuelo a las extremidades del caño de su fusil, apoyado éste por la mitad, en el codo de su bayoneta. Esta pantalla proyectaba sobre el rostro cobrizo de la india una sombra vigorosa, semejante a las que Eugene Delacroix hacía caer con tan suave atrevimiento sobre la cara de sus personajes. Nos cuidamos mucho de prolongar esa contemplación que amenazaba volverse inoportuna, y dejando a la joven pareja entregada a las dulzuras de su conversación, entramos en el Castillo.

Todas las obras situadas al sur de la ciudad están encerradas en el Castillo. Los dos fuertes y las baterías de las que ya hemos hablado, lo defienden del lado del mar; espaldones y fosas profundas con escarpas y contra escarpas, hacen su principal defensa del lado de la tierra. En el recinto de la ciudadela se levantan macizas casasmatas, las únicas que se pueden construir con los materiales poco resistentes del país. Esos reductos donde pueden abrigarse numerosos defensores, sirven actualmente de calabozos, como pudimos convencernos echando nuestras miradas en un respiradero semicircular, cerrado por una espesa reja de fierro, y destinado a alumbrar una profunda galería abovedada fétida y lúgubre. A lo largo de los muros húmedos y negros, corría un cordón de bancos de madera, sobre los cuales se percibía una docena de esteras, lecho ordinario de los presos. Algunos utensilios groseros e indispensables estaban esparcidos por el suelo. Por el momento ese sepulcro estaba vacío: desde la mañana se habían llevado a esos tristes huéspedes, hacia diferentes trabajos públicos, en los que se les empleaba. Por supuesto todo estaba en desorden: viejos cañones de fundición y de bronce, los unos rojos de herrumbre, los otros verdes de óxido de cobre, anclas rotas, ruedas de engranajes, barriles desfondados, yacían medio sepultados en la polvareda. Casi todas esas construcciones amenazan ruina, y numerosas estacas sostenían el vientre rechoncho de los muros, cuya caída parecía inminente.

El último episodio de la lucha de los españoles sobre el [10] suelo peruano, uno de sus más gloriosos recuerdos, se liga al Castillo. Fue en esos muros que el coronel Rodil, con una guarnición de menos de mil hombres resistió, alrededor de dos años, a los esfuerzos de los patriotas, de los cuales cuatro mil hombres de tropa, sitiaban por tierra; mientras que una escuadrilla de cinco o seis naves de guerra lo bloqueaban del lado del mar. A pesar de que en esa época, San Martín y su auxiliar, el célebre aventurero, Lord Cochrane, habían ya proclamado la independencia del Perú, la partida de la tropa libertadora, había dejado caer momentáneamente, a Lima y Callao, en poder de los españoles. Pero los éxitos de Bolívar en el Alto Perú, coronados por la brillante batalla de Ayacucho, que aseguraba sin rodeos el triunfo de la causa liberal, determinaron al General en jefe

español, Canterac, a ofrecer una capitulación definitiva, en la que uno de los artículos establecía que la fortaleza del Callao sería devuelta a los independientes. El coronel Rodil, hombre de una bravura y una fidelidad digna de los tiempos antiguos, mandaba entonces en el Callao a los restos de la tropa real. Resuelto a defender hasta el último extremo los derechos de la corona, se encerró con los suyos en el Castillo, conservando la quimérica esperanza de ver llegar días mejores para una causa que, en su abnegación, se obstinaba en no creer desesperada. El Castillo fue puesto en estado de sitio, por los patriotas; pero la plaza estaba suficientemente provista de víveres, y nada debilitó, durante meses, la determinación de los sitiados. Más tarde las provisiones comenzaron a faltar, la llegada de refuerzos españoles se volvía problemática, se sintió brotar vagos síntomas de descontento. La inquebrantable firmeza del jefe, los hizo quedar en la sombra, y fortaleció la voluntad de ceder entre los subalternos. Imperaba la escasez; pero cuando la guarnición hubo devorado hasta sus bestias de carga, fue la hambruna. Rodil comprendió entonces que el peligro no estaba solamente afuera; y la energía del desespere, alcanzó en él, proporciones casi salvajes. Se rodeó de gentes abnegadas, hizo reunir su personal, y después de haber expuesto las dificultades de la situación, siguiendo con la mirada sombría el efecto producido por sus palabras, quiso recoger el sentimiento de cada uno respecto a la resistencia o a la capitulación. Cuarenta hombres, más o menos, y algunos oficiales, opinaron por el último partido y salieron de las filas. Una risa amarga y feroz se mostró en la faz bronceada del jefe; los que conocían al hombre comprendieron, aunque demasiado tarde, que acababan de armarles una trampa. El momento era decisivo, la revolución rugía, un instante de duda, y todo lo [11] que Rodil había desplegado de valor, agotado de expedientes, sufrido de angustias, iba tal vez a volverse inútil. Era necesario tomar un partido, ese partido fue terrible. Rodil declaró rebeldes y traidores al rey y a la patria, a los partidarios de la capitulación, y usando su poder supremo, los hizo fusilar en el acto. Esta medida que excede tal vez, a los límites de firmeza, pero que encuentra una disculpa en el fanatismo de la devoción, produjo una reacción saludable. Los soldados, en un impulso espontáneo, juraron defender, hasta su última gota de sangre, la bandera de la madre patria; la confianza volvió al alma de Rodil, y la vida del Castillo tomó nuevamente su doloroso curso. ¡Vida horrible! Cada día aumentaban los horrores del hambre y traía una nueva tortura. Los sitiados sostuvieron aún su miserable existencia a expensas de animales inmundos; luego no les quedó para vivir, sino el producto insuficiente de la pesca, que se ejecutaba con grandes trabajos, bajo el cañón del fuerte. En fin, una epidemia engendrada por las emanaciones pestilentes de los cadáveres sin sepultura y las inmundicias amontonadas, vino a caer sobre la guarnición y traer el abatimiento a su último período. Todo lo que la energía humana puede soportar de atroces privaciones y dolorosas miserias, había sido agotado por los heroicos defensores del Castillo que quedaron sin fuerzas contra esta última calamidad. Además las municiones se terminaban; toda esperanza de socorro había desaparecido; y prolongar una resistencia sin un fin útil, en esa posición desastrosa, se convertía en un acto de abnegación insensata. Era necesario pues, ceder al implacable decreto de

la Providencia. Rodil sentó las bases de una capitulación honrosa, que fue aceptada el 23 de enero de 1826, el Castillo abrió sus puertas a las fuerzas patriotas, y la bandera de España, flameó por última vez sobre el suelo del Perú.

Cuando dejamos la ciudadela, el sol doraba la ciudad con sus rayos oblicuos, y desaparecía detrás de San Lorenzo, cuya masa violeta se destacaba sobre un horizonte ardiente como una hoguera. Los trabajadores del muelle volvían a sus casas, y los habitantes salían de la atonía en que les había hundido la temperatura del mediodía. Por todas partes, las cortinas pintorreadas de los balcones, volvían a subir gritando sobre sus rodillos, y las mujeres sentadas en el umbral de las puertas para respirar el primer frescor de la tarde, vigilaban a sus chicuelos desgreñados que se revolcaban en la polvareda, sin espantar en lo menor a las bandas de gallinazos ocupados en despedazar perros muertos. Nuestro paseo por las calles, a [12] esa hora en que la ciudad respiraba, nos permitió apreciar, al primer golpe de vista, el conjunto de la población del Callao, que se compone de blancos y más particularmente de cholos y de zambos. El cruce de esas tres razas primitivas, ha multiplicado al infinito los matices de la piel, y sólo el ojo ejercitado de los habitantes del país puede distinguir infaliblemente, el tipo original de los diferentes individuos. Los cholos y los zambos, se distinguen menos por el color de piel que por la forma de cara: aquellos tienen la frente estrecha, las mandíbulas pesadas y salientes, los ojos vivos y negros y achinados, y los cabellos lacios y brillantes como azabache; su fisonomía llena de dulzura, lleva el sello de la melancolía y de la resignación. El zambo tiene la tez más oscura, los cabellos crespos, los labios espesos. Se buscaría en vano la belleza plástica de los habitantes del Callao: son en su mayor parte pequeños y mal venidos; pero a falta de esa belleza precisa, determinada, que sorprende de repente la vista, se encuentra a menudo en las mujeres indias, una clase de gracia de la que se siente el encanto, como un rayo del alma, atravesando la envoltura material, viene a iluminar su fisonomía. El traje de la gente del pueblo, es en el Callao, como en todas las ciudades de la costa del Perú, el mismo que en Chile. Es, para los hombres, un poncho de lana sobre un pantalón de tela gruesa. Las mujeres, también se drapean el busto con un chal de color escarlata, y mezclan a su cabellera claveles o flores de jazmín; su calzado, más elegante que confortable, se compone a menudo de medias de seda listada, de color carne, en un zapato de raso blanco.

Aquí, el techo del hombre del pueblo, es siempre hospitalario para el extranjero; un rostro risueño, le acoge a su entrada; un deseo de felicidad, lo acompaña a su salida. El interior de las viviendas es generalmente simple, y modesto sin ser miserable; el mobiliario de la pieza principal es ordinariamente una cama, adornada con cierta afectación, una mesa en la que un ramo de flores, recién cortadas, ocupa el centro; un sofá cubierto por una funda de indiana estampada, luego, aquí y allá, banquitos toscos. A veces, una hamaca destinada a la siesta, une los ángulos opuestos de las paredes blanqueadas con cal, contra las cuales, se percibe siempre, colgada a un clavo, la indispensable vihuela destinada a encantar las horas de ocio.

Se necesita poco tiempo para explorar la ciudad del Callao. [13]

Regresábamos después de algunas horas de paseo a la «Fonda de la Marina», donde habíamos elegido domicilio, con esa tristeza, que acompaña ordinariamente, toda curiosidad decepcionada, cuando percibimos un numeroso grupo, que se apretaba a la entrada de una casa de donde escapaba, mezclada a clamores discordantes, el estremecimiento cadencioso de las guitarras. El espectáculo debía ofrecer un serio interés, a juzgar por la actitud de la gente que ocultaba la escena. Todos, el cuello estirado, las narices dilatadas, los labios estremecidos hundían miradas ávidas en un departamento alumbrado no sé por qué luz amarillenta y vacilante. Unos aplaudían con la voz y con el gesto a los actores invisibles; otros lanzaban algunas palabras al concierto vibrante del interior, y todos los rostros, negros como ébano, rojos como el bronce florentino, amarillos como el ámbar, llevaban la ardiente y salvaje expresión de la codicia como una jauría que el chicote del picador, contiene delante de la ralea. Queríamos también nuestra parte de emoción; pero vacilábamos en conquistarla ensayando abrir una brecha en esa muralla viviente. Un arriero, cuyas formas hercúleas, así como su profesión, lo tornaban muy apropiado a ese género de ejercicio, vio nuestro apuro, y se ofreció mediante algunas piezas de monedas, hacer el oficio de «chivo» en nuestra intención. El trato hecho, las cláusulas fueron ejecutadas con una conciencia escrupulosa. Pudimos entonces comprender esa apasionada atención, esos estremecimientos febriles de la asistencia: jamás drama coreográfico alguno, había traducido tan enérgicamente los ardores insensatos del amor, como aquel que se ejecutaba bajo nuestros ojos.

La orquesta, si se puede llamar así, a la fuerza instrumental que lanzaba a los bailarines el movimiento rítmico, se componía de dos guitarras, de las que se hacían vibrar todas las cuerdas a la vez; de una mesa sobre la cual se tamborileaba con los puños; y de un coro de voces discordantes. La acción tenía por intérpretes un negro y una zamba. El hombre, desnudo hasta la cintura, parecía orgulloso de su busto, donde se seguía el juego de sus músculos a través de una piel oscura y lisa, como esas piedras que la mar rueda hacia la ribera. La mujer llevaba un fustán muy adornado y coloreado de rojo y naranja; ella había dejado caer el chal de lana azul que estorbaba su pantomima, y su camisa sin mangas estaba apenas sujeta en los hombros por el lazo mal anudado de un pasador. Habíamos llegado al desenlace de una resbalosa; tal nos pareció [14] al menos, ser el baile ejecutado. Tuvo lugar una pausa, durante la cual, coristas y bailarines pidieron al licor plateado del Pisco, un aumento de energías y nuevas aspiraciones. A una nueva señal de la orquesta, el negro y la zamba se aproximaron y colocados uno frente al otro, tomaron ambos una actitud fieramente provocante de desafío, mientras el coro entonaba la canción siguiente:

«Tú dices que no me quieres;

¿por qué no me quieres di?
Yo dejo de ser querido
sólo por quererte a ti
ahora zamba y cómo no».

La mujer tenía en la mano derecha su pañuelo desplegado al que un

gesto circular, imprimía un movimiento de lenta rotación que parecía hacer un llamado a la pareja. Éste, los codos hacia fuera y las manos apretadas sobre las caderas, se aproximó bamboleándose con confianza; la bailarina entonces, con un movimiento lleno de coquetería, comenzó una serie de resbalones y piruetas con la intención evidente de evitar las miradas de su compañero, quien por su parte, se agotaba en vanos esfuerzos para mirarla de frente. Luego cansado de una maniobra estéril, se puso a saltar para su propia satisfacción y simulaba todo el aspecto de la indiferencia. La zamba se le reunió al instante, zapateando con una encantadora seducción; luego retrocedió, volvió aún y reconquistó su prestigio, produciendo tesoros de gracia y flexibilidad. El negro encadenado de nuevo detrás de ella, imitaba lo mejor que podía sus fantásticas evoluciones. Ora ella se mece lentamente como el pájaro que planea y oscila antes de desplomarse; ora ella se agita como el pez que un ruido espanta. Sus movimientos, a veces de una regularidad perfecta, se transformaban de repente, se volvían vivos, desiguales, incomprensibles. A medida que la acción se desarrollaba, los guitarristas rasgueaban sus instrumentos con más furor; el choque cadencioso de los puños hacía estremecer los pomos sobre la mesa sacudida, y la asistencia, a una sola voz, cantaba gritando:

«Quisiera ser como el perro

para amar y no sentir,
el perro como es paciente
todo se le va en dormir;
ahora zamba y cómo no!» [15]

El baile tomó luego, un carácter más vehemente, las piruetas y los resbalones dejaron lugar a gestos apasionados, a posturas lascivas, a imprecaciones más y más ardientes impetuosas. Las miradas de los bailarines, remachadas la una en la otra, se devolvían sus relámpagos; sus rodillas se entrechocaban, sus riñones se estremecían como galvanizados y enérgicas palpitations, hacían ondular su pecho. Al fin, un estremecimiento febril, recorrió el cuerpo del negro. Se hubiere dicho que concentraba en una suprema aspiración magnética, todo el poder de su voluntad. La zamba se erguía contra esa llamada fascinadora; pero sus pasos inciertos la volvían a traer hacia aquel que ella quería huir; desmelenada, jadeante, vencida, acabó por caer entre los brazos del negro que la levantó, triunfante y la depositó, medio desmayada, sobre un sofá, en medio de una explosión de aplausos.

Ya habíamos visto lo suficiente para comprender la repugnancia que experimentaban las mujeres de sociedad, al ejecutar en los salones peruanos ciertos bailes nacionales. Dejamos a zambos y zambas, continuar sus piruetas, ante un círculo de aficionados más sensibles que nosotros, al encanto de ese extraño espectáculo y volvimos a la «Fonda de la Marina». Situada cerca del puerto, a la entrada de la calle principal, esa fonda era el establecimiento -en su género- el mejor acreditado de toda la ciudad, gracias a la dirección vigilante de un hospedero que sabía juntar a una habilidad sacada de las mejores tradiciones parisienses, un amor al orden, a la limpieza y al confort, verdaderamente británicos. Fue en esa hospedería, refugio inapreciable para los oficiales de todas las naves de

la rada, que fuimos a terminar la tarde, e informarnos de los medios de comunicación ordinarios entre el Callao y Lima. El resultado de las preguntas dirigidas a ese respecto, al amo de la casa, fue que nos sería fácil alquilar a cualquier hora del día, caballos y coches, los primeros mediante una piastra, los segundos mediante un cuarto de onza; pero que el medio de locomoción más económico y menos aventurado, (esa palabra, fue pronunciada con una intención manifiesta), era el ómnibus que hace el viaje tres veces al día. Nuevas explicaciones del hospedero, nos hicieron comprender que no había ninguna exageración en la palabra aventurado, que nos había hecho sonreír. Ese paseo de dos leguas, atraviesa una llanura descubierta, sobre un camino incesantemente batido y a menudo agobiado por muy molestos encuentros. Las numerosas crisis revolucionarias que se han sucedido en el Perú desde la [16] emancipación, han creado ahí, toda una población de soldados sin bandera y sin sueldo regular, que comparten gustosos, su vida, entre las aventuras en los grandes caminos, y las hazañas de la guerra civil. Felizmente hay medio de escapar a los requerimientos de esos camineros: esos salteadores del camino a Lima, no atacan si no a los viajeros aislados y a los coches particulares, respetando el personal más importante del ómnibus.

Entre los habitantes de la fonda, se encontraban algunos que habiendo tenido que verse con los salteadores, pudieron darnos algunos detalles sobre el modo de operar. Son toda cortesía con los que no pretenden defenderse o sustraerse por la fuga a sus exigencias; pero infeliz del viajero, por resignado que sea, si no tiene una bolsa llena que ofrecerles. El cicatero, (así se llama al viajero sin dinero), debe estimarse muy feliz si escapa con algunos puñetazos, y corre grandes riesgos de ser abandonado en campo raso, inconvenientemente desnudo. En cuanto a la resistencia, ha sido rara vez coronada por el éxito, para que se sienta uno animado, a una lucha en la que las armas son necesariamente desiguales. El segundo de una nave mercante, acababa de pagar con su vida, una tentativa de ese género, en el momento, en que llegábamos al Perú; y durante nuestra estadía en Lima, la suerte nos hizo encontrar a un capitán inglés, al cual su bravura temeraria, casi costó la vida a su compañero de viaje. Ese capitán, oficial por sus aventuras, después de haber puesto, en diferentes países, su espada al servicio de diez partidos contrarios, había venido a ofrecerla a los turbulentos del Perú, y había querido inaugurar su estadía en ese país, con un rasgo de audacia. Para ese caso, se armó de un arsenal, y llamando con sus deseos un encuentro peligroso, dejó el Callao en un coche, en compañía de un pacífico tendero de Lima. La suerte le sirvió a pedir de boca; un accidente sobrevino al carruaje, y mientras el cochero se ocupaba en componerlo, una media docena de individuos, cayeron sobre el coche, como buitres sobre su presa. Los ladrones eran numerosos, pero el inglés era valiente. «¿Qué quieren?», dijo éste. «Su plata», dijo el salteador, bajando su escopeta. Era el momento de ahorrar palabras; la pistola del inglés se encargó de la respuesta y una bala derribó al agresor. «Anda puerco», gritó luego al cochero, el hijo de Albión, preparándose para hacer uso de una segunda pistola; pero luego, el tendero limeño, que había perdido la cabeza, detuvo el brazo del conductor gritándole con voz lamentable: «¡Para, amigo! ¡por Dios para!». La frase se perdió en una descarga de escopeta

que arrancaba [17] y clavaba en el fondo del coche, una oreja del infeliz tendero. Un segundo tiro de pistola hecho por el inglés, derribó a un segundo saltador; los otros titubearon. El cochero se había puesto en la silla estimulado por la voz enérgica del inglés, más que por los ruegos desesperados de sus compatriotas, levantó sus caballos, partió a toda velocidad, y aunque algunas balas agujerearon el fondo del coche, se pudo llegar a Lima.

No quisimos en absoluto, hacer alarde de valentía sobre el suelo peruano; juzgamos superfluo afrontar a los salteadores, y, para evitar en lo posible aumentar una nueva anécdota burlesca o dramática a los ricos anales de La Legua(3), fuimos a retener nuestros asientos en el prosaico vehículo que tiene la reputación de conducir su personal completo hasta la capital. [18]

- II -

Un ómnibus peruano. Hermano de la Buena Muerte. Cholita. Paisaje. Oficiales. La Legua. Entrada a Lima

Al día siguiente, al toque de diez, estábamos reunidos en la oficina del ómnibus. El cochero, negro vigoroso y brutal, estaba ya trepado en su asiento y se divertía en forma de pasatiempo, en azotar a su tiro, que, impaciente y atormentado, pataleaba, coceaba, mordía y se zarandeaba sacudiendo sus ataduras. No tuvimos si no el tiempo de depositar en la oficina, nuestro medio peso duro de plata, precio del viaje, y de lanzarnos confusamente, en el coche ya lleno, que partió enseguida como llevado por hipogrifos, y rodó por un empedrado feroz, con gran ruido de vidrios trepidantes y errajes desunidos. A la salida del Callao, por fin, el pesado vehículo entró en una polvareda compacta que sofocó sus ruidos, y cambió sus baches bruscos y sofrenados por caprichosas ondulaciones: se hubiese dicho una nave zarandeada por las olas.

Todo el mundo fumaba en el momento en que subíamos al coche. Cegados, sofocados, aturdidos, nuestro primer cuidado fue, desde luego, forzar un poco ese muro viviente que nos encajaba; y cuando habíamos conquistado el lugar que nos correspondía, nos apresuramos en bajar el vidrio que estaba detrás de nosotros, a fin de absorber lo menos posible el humo de tabaco que nos envolvía. Tomada esa precaución, la nube se entreabrió y vimos aparecer a nuestros compañeros de viaje. Algunos de ellos llamaron sobre todo nuestra atención; primero dos oficiales peruanos. El mayor, sombrío, terroso, austero como un monje de Zurbarán, desaparecía hasta los bigotes en su abrigo; el otro, rozagante, crespo, simpático y rubio como Van Dyck, llevaba una gorra rosada galoneada de oro, un poncho blanco a largas franjas, resguardaba del polvo su frac celeste, [19] del cual no se percibía sino las mangas bordadas de soutache; un pantalón color amaranto con bandas de oro y botas grises, completaban su traje. Un tercer personaje estaba enteramente vestido de negro; una cruz escarlata le cubría el pecho, dos cruces iguales adornaban su abrigo a la altura de los hombros; su sombrero de ala ancha, cubría no solamente sus rodillas sino también las de su vecino. Era un hermano de la Buena Muerte, cofradía religiosa cuya principal atribución consiste en amortajar a los cadáveres.

No tenía además el aspecto para su misión: al ver su cara jovial y rubicunda hubiera podido preguntarse como Hamlet: «¿Tendrá el sentimiento que necesita, ese bribón?» desde el momento de la salida, charlaba sin tregua con sus vecinos, mientras acumulaba, en no sé qué misteriosas cavidades de un rincón de su boca, un humo que soplaba después por las narices, en nubes interminables. Sus dedos no cedían en actividad a su lengua. Era un placer ver con qué destreza práctica envolvía cigarrillos para ofrecerlos a una vecina, de la que se hizo el complaciente proveedor. Ésta, cholita joven, tenía también la cabeza descubierta, y su sombrero de paja de Guayaquil radiante, bajo sus cintas cerezas, desafiaba en amplitud y contrastaba con el fieltro oscuro del reverendo hermano. El mismo desacuerdo reinaba entre su traje y el atavío fúnebre del cofrade; su crespón de la China matizado como un cantero, su fustán de rumboso color rosa, el oro de sus aretes, el vivo resplandor de sus cintas y de sus flores, todo esto coronado por el óvalo anaranjado de una cabeza joven, adornada con una trenza negra, con visos de zafiro habría encantado la mirada y alegrado el corazón, sin la vecindad del monje, cuya charla desenfundada, venía sin cesar a cansar nuestros oídos. Teníamos además que luchar de tiempo en tiempo, contra un inoportuno de otra clase: era un perro chino que, un marinero que hacía viaje a Lima, había traído en el ómnibus, y que se escapaba continuamente de las manos de su dueño, para venir a morder nuestros vestidos. Cubierto por un pelaje gris acero, brillante y raso como el de un pericote, llevado sobre cuatro patas finas, tiesas, cortas y puntiagudas como pies de marmita, ese animal era el digno hijo de un país que parece tener el privilegio de producir todas las cosas excéntricas de la creación.

El ómnibus rodaba sobre una arena gris como la ceniza y sembrada de guijarros; el coche no afrontaba muy valientemente esos obstáculos: oscilaba y se zarandeaba de la manera más inquietante, y a cada nuevo bache, el perro lanzaba los más desagradables gemidos de eunuco. Habíamos dejado a la derecha, [20] a un cuarto de legua de la ciudad, un cubo de albañilería coronado por una cruz de fierro. Durante la noche del 28 de octubre de 1746, un navío llevado por las olas, dicen que fue depositado en ese lugar, marcado desde entonces con el signo de la redención, sin haber perdido su equipaje. A la izquierda, percibíamos los arbustos que bordean el Rímac y los terrenos pantanosos que lo avecinan. Toda aquella primera porción del camino, está geométricamente dividida por paredes anchas, construidas en tapias; tierra mezclada con paja y que seca al sol, guarda la forma de la caja donde se la ha apretado, la altura de esos cercados varían de uno a dos metros. Nada más triste y monótono que esos límites de propiedades que parecen ruinas de alguna vasta ciudad destrozada por un cataclismo. Aquí y allá, entre esos cercados, aparecen matorrales ceñudos y polvorientos; el suelo está apenas mosqueado de plantas que sirven de pasto a unos cuantos toros flacos. Por el camino, van burros en tropel, en medio de una nube, transportando a Lima los bultos desembarcados en el Callao, otros llevan paja picada menudo o alfalfa, encerrada en redes de mallas anchas. Casi todos se arrastran bajo un peso exagerado, y el palo de los arrieros es impotente para apurar su marcha. De tiempo en tiempo, una de esas infelices bestias, cae jadeante en el camino, los golpes no le arrancan una queja, pero tampoco le hacen

dar un paso; esos verdugos, los abandonan entonces a los arrieros de los convoyes siguientes, y éstos vuelven a comenzar la paliza hasta que el burro se resuelve a levantarse o morir. Los esqueletos y las osamentas regadas, atestiguan que numerosos retrasados han servido de pasto a las aves de rapiña.

Ninguna brisa temperaba el calor agotador de la mañana, el cielo estaba azul como el mar, del que se veía desenrollarse en el occidente, el mantel infinito, todo esmaltado de velas blancas, que, semejantes a gaviotas, circulaban a través de los grandes navíos oscuros y adormecidos. En fin, cerca de nosotros y turbando únicamente, con su grito fúnebre, el triste silencio del tranquilo éter, un gigantesco cóndor, bajaba hacia un cebo invisible, los circuitos desmesurados de su redondeado vuelo. Habíamos dejado tras de nosotros la triste aldea de Bella Vista: una población mísera en la que apenas unas cuantas casuchas color lodo, las únicas cuyas paredes no fueron derrumbadas por el cañón del Callao, durante las luchas por la Independencia. Un poco más lejos vimos erguirse un bosque de verdura sombría, que encuadraba las murallas nuevas y almenadas de un cementerio, y pasamos cerca del único árbol que [21] se encuentra durante la primera legua a partir del Callao. Ese árbol servía de resguardo a una pequeña mesa cubierta con un paño, sobre la que se percibían dulces espesos de maíz cocido molido y mezclado con miel (mazamorra), botellones de chicha coronados de espuma: todo, malamente guardado por una vieja zamba, que dormía confiada, la frente sobre sus rodillas.

Nuestra calidad de viajeros franceses nos había hecho el objeto de agasajos del grupo. El cofrade nos había ofrecido cigarrillos; pero ese tabaco que él amontonaba y ponía en la palma de su mano, para echarlo después en una hoja de maíz arrollada entre sus dedos de una limpieza dudosa, nos inspiró una desconfianza que era justificada ampliamente por la naturaleza de su profesión. Aceptamos más gustosos los cigarros del oficial afeminado, y esa cortesía, hizo nacer un acercamiento que autorizó la conversación. Tratábamos con un joven de maneras elegantes y de un espíritu culto, que debía más bien su grado, (cosa bastante común en la república peruana) a su nacimiento más que a sus servicios militares. Espiritual y burlón, dirigió su verba satírica contra los acontecimientos recientes de su país, de los cuales hacía resaltar la fase burlesca. Su burla no era mala, era natural en la extrema alegría de su carácter: de tiempo en tiempo, fastidiaba a su vecino enfurruñado que gruñía o reía en su abrigo; luego, después de haber persuadido a la cholita, para sacarse sus aretes en caso de un mal encuentro, la dejó perpleja contándole hasta dónde llevaban esos indecentes salteadores, sus pesquisas indiscretas con personas de su sexo; tanto, que la joven no encontrando un amparo seguro para sus joyas, decidió devolverlas a su sitio. A nosotros nos hablaba de su patria, con respeto, como un hijo habla de su madre; de sus gobernantes con ironía, de las mujeres de Lima, con viveza, pero, hay que decirlo, con ciertos aires de triunfador. Él, tenía a su favor, sobre todo, el secreto de esos exordios oratorios que mantienen el espíritu alerta y le permiten coger al vuelo las más fugitivas insinuaciones, las reticencias más desapercibidas. Después de una anécdota escandalosa, en la que se trataba de un coronel que, queriendo llevar un oficial a su partido, le había

ofrecido su mujer, su único tesoro, decía él; el oficial serio, creyó su deber salir de su mutismo y hacerle algunas observaciones. «¡Bah!» dijo otro, «es un hecho admitido en la historia contemporánea del Perú». No obstante, el joven burlón pareció tomar en cuenta el aviso y se volvió menos expansivo. [22]

Así charlando, llegamos a La Legua, es decir a medio camino de Lima. En ese lugar se levantó una encantadora iglesia del Renacimiento, que, dedicada a Nuestra Señora del Carmen, es, de parte de la gente del mar, sobre todo, el objeto de un culto especial y de una ferviente devoción. Los temblores más que el tiempo, han hecho caer aquí y allá, ángulos de albañilería, y han cubierto de rajaduras su fachada embadurnada con falsos colores, muda acusadora de la parsimonia de los fieles y de la incuria de la administración. El coche pasó frente a esa iglesia y se detuvo delante de una pulpería(4) vecina que parecía haber sido construida allí expresamente, para fornecer a más de un viajero grave, la ocasión de transmitir a la posteridad, una invariable reflexión sobre la diferencia de clientela de los dos establecimientos. Mientras que el tiro tomaba unos minutos de descanso, soplaba en sus arreos orlados de espuma blanca como la del jabón, los viajeros bajaron y se dirigieron a la pulpería. Era una casucha baja, jorobada, cubierta por un techo chato, agujereada en su piso bajo por una ancha abertura que servía de mostrador, sin que fuera necesario penetrar en el interior. Un alero de caña sostenido por estacas, de las cuales una muy alta se convirtió, a plena luz, en asta de una bandera, cerraba contra el sol esa abertura, donde se percibían panecillos mal cocidos, dulces, naranjas, chicha, y sobre los estantes, varios pomos con forma más o menos extraña, contenían esos licores vulgares llamados en Francia: Perfecto Amor, Licor de los Valientes, etc. El aguardiente de Pisco, de esa pulpería, que goza de una excelente fama, atrajo al mostrador a la mayor parte de nuestros compañeros de viaje. Algunos arrieros, el poncho sobre el hombro, la frente ceñida por su pañuelo rojo, descansaban cerca de sus mulas cargadas, y se reían de un negro que rasgueaba su mandolina, cantaba a toda fuerza y bailaba solo a pleno sol. Otros dos personajes, quemados y huraños como beduinos, desnudos como lazaroni, se habían acurrucado en el polvo y se repartían una sandía, de la que mordían la tajada escarlata, mientras hundían sus dedos en una escudilla llena de mazamorra, que excitaba la codicia de un grueso perro. Éste, sentado sobre su cola, miraba reverentemente la escudilla, y parecía escandalizado de ver palomas, menos circunspectas, venir ahí, a picotear en las barbas de sus dueños.

Después de una pausa de diez minutos, el cochero nos gritó que volviéramos a nuestros asientos. Como volvíamos a subir al coche, el amortajado vino a ofrecer a la cholita, que no [23] había bajado una copa de pisco. Nos la presentó llena diciendo: «Caballeros, ¿quieren ustedes hacerme el favor?...». Le agradecemos discretamente; ella resistió y su rostro bermejo se tiñó de púrpura, como una naranja madura. «Esta clase de cortesía, no se rechaza, por lo corriente», nos dijo el joven oficial. «Ustedes hieren a esta pobre niña, que está toda confundida». Tal no era nuestra intención; así que tomamos ligero la copa, para mojar en ella nuestros labios, y lo devolvimos disculpándonos por no estar aún iniciados en los modos galantes y cordiales del bello sexo peruano.

Sin embargo, los dos comilones de sandía, a los que no habíamos mirado sin inquietud sus fisonomías, pasablemente sospechosas, habían venido a hundir una mirada investigadora en el coche. Felizmente el conductor no juzgó a propósito, prolongar esa parada, y el ómnibus partió, dejando tras de sí, como una locomotora su humo, una larga nube de polvo en la que desaparecieron nuestros dos contempladores. La conversación prosiguió más animada, pero esta vez fue el oficial que nos interrogó sobre Francia. París era sobre toda la meta de sus aspiraciones; era para él el único punto brillante sobre el mapa del viejo mundo. Un viaje a París nos ha parecido siempre el sueño de oro de todo Americano que se precia de civilización; jamás, ningún árabe persiguió con tanto ardor, un proyecto de peregrinaje a la Meca. Una vez en tren de conversación, el joven oficial dio libre curso a su palabra un tanto vagabunda. Su verba agresiva se volteó contra los Chilenos, esos rivales naturales de los que todo peruano gusta tanto murmurar. De repente, una cerrada maleza de cañas situada a la izquierda del camino, atrajo la atención del conversador. «¡Jesús hijita!», exclamó, dirigiéndose a la india, «es este el momento de poner en lugar seguro, todos sus perifollos; estamos en la corta garganta. ¡Ay de usted, si como aseguran, esos picarones se llevan a las muchachas bonitas!».

El oficial severo, alzó los hombros y gruñó en su bigote, entre dos bocanadas de tabaco, esta única palabra: «¡Loco!». En cuanto a la cholita, interrogaba con la mirada a su vecino, el amortajador, quien imaginándose que ella reclamaba su protección, tomó un aire de los más belicosos y dijo, presentándole dos puños formidables: «¡A su disposición, señorita!». Nos apresuramos también en ofrecerle nuestros servicios; ella aceptó con una efusión de la más ingenua seriedad. La parte del camino que atravesábamos había sido el teatro de numerosos [24] pillajes; ningún sitio de la planicie que se extiende de la ribera a los contrafuertes de la Cordillera, es en efecto el más apropiado a las emboscadas. A la derecha y a la izquierda se extienden cañaverales tan impenetrables como una escobilla de grama; por todas partes por donde ni existen pequeños senderos señalados por el uso, ellos se arrastran a través de esa madriguera, viniendo a desembocar a la orilla de la mata, en boquetes estrechos, oscuros, misteriosos, como los de las bestias feroces, que ofrecen así, un asilo, sea para el acecho, sea para esconderse instantáneamente de las persecuciones, en caso de resistencia seria. A menudo, aseguran que un incendio es prendido con el propósito de desembarazar el camino de esa peligrosa vecindad; pero la planta viviente, arrojando con vigor nuevos retoños, parece como el fénix, renacer de sus cenizas.

Sin embargo, la cholita volvía a tomar su seguridad, pues ningún síntoma inquietante se manifestaba. Ningún ruido, ningún movimiento perturbaba la perfecta tranquilidad del campo; ni un soplo de aire inclinaba la cuna de las cañas empolvadas de blanco por el polvo, y el ómnibus se arrastraba penosamente en su nube, mientras el cochero silbaba una resbalosa y chicoteaba a sus caballos a modo de acompañamiento. Pronto pudimos reconocer que nos aproximábamos a Lima. El campo cambiaba de aspecto; no era aún la fertilidad, pero ya no era aquella desoladora monotonía que entristece la mirada, durante las tres cuartas partes del

camino. Algunas chacras enseñaban su techo gris en medio de un bosque de higueras o naranjales; platanales, campos de maíz y alfalfa, recortaban a lo lejos, en la planicie, figuras geométricas. Al fin entramos en una avenida de sauces que juntando sus ramas, forman una bóveda de verdura y vierten sobre el camino una sombra espesa, de la que se aprecia el beneficio después de dos horas de verdadera tortura. Entre el camino y las alamedas paralelas, afectadas a los paseantes, corren acequias que fertilizan una infinidad de plantas y de flores silvestres; y de distancia en distancia, se abren anchos óvalos, rodeados por pequeños muros de ladrillos a lo largo de los cuales corre un cordón de bancos. Esos óvalos, habían sido juzgados necesarios, para facilitar la evolución de los equipajes, en una época en que la ciudad de Lima competía en esplendor, con las más ricas ciudades del viejo mundo. ¡He aquí, que por esta calzada, antaño ocupada por carrozas; se arrastraban solos, en raras épocas del año, algunos vehículos con caballos flacos, todos lastimosos, al lado del ómnibus que cumple, a menudo en una completa soledad, su servicio cotidiano! [25]

El coche rodaba sobre el pavimento, con un ruido que interrumpía toda conversación; pero tenía delante de mí, para distraerme, una curiosa página, en las que se me aparecía confusamente la expresión del sentimiento popular en este país, por tanto tiempo entregado a la anarquía: era una larga pared cuyo enlucido de yeso rayado, garabateado, destrozado en todos sentidos, exhibía un batiburrillo de croquis jeroglíficos o impuros gritos de partidos o inscripciones burlescas en contra o a favor de Torrico, La Fuente, Vivanco y otros agitadores o pretendientes al poder supremo, todas cosas bien poco halagadoras, temperadas felizmente por algunas banalidades amorosas y por algunos nombres de mujeres de aquellos que sólo la lengua española sabe crear. Dejamos sobre nuestra derecha cercados en que los árboles se curvaban por el peso de los frutos, en que el limón brillaba entre el follaje oscuro y el naranjo parecía escalar a propósito las paredes para arrojar a los paseantes sus flores y sus perfumes. Tocábamos en una tierra generosa y mientras dedicábamos un recuerdo al virrey Abascal, que, queriendo proporcionar a los viajeros el beneficio de la sombra, se proponía prolongar hasta el puerto del Callao la avenida y las acequias que la bordean, nuestro ómnibus torció bruscamente hacia la izquierda, dirigiéndose hacia un gran pórtico decorado, con bastante elegancia, con molduras en estuco. Una gran puerta cerrada por dos hojas pintadas de verde ocupaba el centro; tenía a los lados dos puertas más pequeñas, una de las cuales estaba abierta: era la portada del Callao, principal entrada de Lima. Desde que atravesamos el pórtico, satisfechas las formalidades del impuesto, nos dirigimos por una larga calle bordeada de paredes en que había pintadas fachadas de casas, es decir, que por medio del estuco de diversos colores que las cubría, se había simulado puertas y ventanas. Esta especie de calles de Lima, tristes y sombrías como una mala decoración de teatro vista a pleno día, empezaba a inquietarnos, cuando entramos en una calle de casas verdaderas. Algunos minutos después, el ómnibus nos depositó en la calle de Mercaderes, la más comercial de la ciudad donde, después de habernos despedido de nuestros compañeros de viaje, que nos hicieron toda clase de ofrecimientos de servicios, nos

apresuramos a hospedarnos, goteando de sudor y cubiertos de polvo, en la «Fonda Francesa», donde éramos esperados por el amo de casa(5) bueno y digno compatriota establecido en Lima desde varios años. [26]

- III -

Plaza Mayor. Saya y manto. Nacimientos. Nochebuena

Habíamos entrado en Lima la víspera de Navidad. Los repiques de las innumerables iglesias de la ciudad, llamaban a los fieles a los oficios; pero, por algunos sonidos vibrantes y de buen quilate, cuántas voces roncadas, asmáticas y rajadas, pertenecientes sin duda a fragmentos de bronce, lanzaban unos bruscos clamores desde lo alto de los campanarios, donde murmuraban secretamente, una salmodia arrogante y amenazadora. Poco acostumbrados a tan extraños repiques, no pudimos luego, defendernos de una cierta impaciencia muy justificada por ese caos de ruidos despiadados. Después, sin embargo, acabamos por encontrar en esos repiques desordenados y salvajes, que se renovaban a diario (pues en Lima se honra oficialmente a casi todos los santos del calendario), un singular encanto, del cual, los austeros repiques de nuestras fiestas religiosas, no pudieron nunca despertar el recuerdo.

La Fonda Francesa, donde habitábamos, estaba situada en el centro de la ciudad, en la calle de Bodegones, a dos pasos de la Plaza principal o Plaza Mayor. Como el «Palais Royal» en París, esa plaza rodeada de portales exclusivamente dedicados al comercio, es la cita habitual de los extranjeros y de los ociosos. Fuimos ahí, a buscar nuestras primeras impresiones. La circunstancia era favorable. Cuando se quiere, de un vistazo, coger la vida limeña en su aspecto más original, es en plena fiesta religiosa que conviene llegar a Lima, y es a la Plaza Mayor donde hay que acudir.

El aspecto que ofrecía esa plaza el día de nuestra llegada, no defraudó nuestra expectativa. La muchedumbre aflucía por todas las calles contiguas. Como un enjambre de mariposas dispersas por un accidente, mujeres rozagantes y coquetas, luciendo [27] a la vista los más violentos matices del raso y de la seda, coloreaban la vasta plaza y convergían todas hacia la Catedral, festoneando las gradas del peristilo o colgando en los pórticos sus racimos vivientes. Por primera vez, desde nuestra salida de Francia, teníamos bajo la vista, una ciudad y una población verdaderamente originales, y ese espectáculo nos sorprendía tanto más, por cuanto se ofrecía a nosotros bruscamente, como si hubiéramos visto levantarse el telón de un teatro de París sobre una ciudad española del siglo dieciséis, animada por un pueblo de convención.

La Plaza Mayor, colocada al centro de Lima, si se comprende en la ciudad el arrabal de San Lázaro, forma un cuadrado perfecto, del cual la Catedral y el Arzobispado, ocupan el lado oriental, en el norte se encuentra el Palacio Nacional, residencia ordinaria del Presidente de la República; los otros dos lados están ocupados por casas particulares, cuyos pisos superiores adornados por balcones corridos semejantes a baúles esculpidos y pintados contra las paredes, vienen a apoyarse sobre los portales donde negociantes, extranjeros en su mayor parte, exponen los

productos de la industria europea. Al medio de la Plaza se levanta una fuente de bronce coronada por una Fama cuyo pie sale de un chorro líquido que se quiebra cayendo sobre dos bandejas de tamaño desigual, y viene a llenar un ancho pilón... La Catedral, gracioso monumento del Renacimiento, está flanqueada por dos torres enriquecidas, como el resto de la fachada, por columnitas, nichos, estatuas, y balcones. Todo el edificio está embadurnado de colores donde dominan el rosado, el verde, el amarillo y el azul... El Palacio Nacional se halla también revestido con una capa de ocre amarillento, con un aspecto bastante desagradable; los pilares de los portales están cubiertos con una capa roja ladrillo; en cuanto al piso que los cubre, vigorosamente matizados de tonos quemados y violáceos, está ocupado en su mayor parte por los balcones de madera, de los que ya hemos hablado, especie de cofres misteriosos, pintados de verde botella y de rojo oscuro. Imagínense ahora, ese caos de colores chocantes, chillones e indecisos, aclarados por una luz viva, que proyecta en ese vasto cuadro así pintorreado una muchedumbre deslumbrante, y se tendrá una vaga idea del espectáculo que ofrece la Plaza Mayor de Lima, un día de fiesta y de sol.

La seda y el raso son las únicas telas que las limeñas no desdeñan emplear para su saya y manto tan célebres, y nombrados [28] así porque los principales elementos de ese traje excepcional son una falda y una manta(6). La solemnidad de la Navidad, nos permitía observar fuera del pintoresco traje de las mujeres de la ciudad los vestidos más simples, pero no menos graciosos de las cholitas y de las zambas de caras morenas o cobrizas, encuadradas en un inmenso sombrero de paja adornado con cintas. Los hombres también se mostraban en la Plaza, pero en pequeño número. La mayor parte de los ciudadanos, tristemente vestidos a la europea, se paseaban bajo los portales. Los campesinos y los monjes, aportaban, solos, su contingente de originalidad al espectáculo que nos sorprendía: los primeros con sus ponchos pintorreados, casi semejantes a las dalmáticas de la Edad Media; los segundos llevando el hábito de su orden. Era, por ejemplo, los franciscanos en ropa blanca; los dominicanos en ropa blanca y muceta negra, los hermanos de la Buena Muerte; luego, otras cofradías religiosas con hábitos grises y marrones. Se les veía atravesar la Plaza a cada instante, y varios entre ellos se mezclaban familiarmente a los diferentes grupos de mujeres. La animación tomó un carácter más violento a la salida de los Oficios; desde que la Catedral comenzó a vomitar por todas sus puertas; olas de gente, mil clamores se elevaron. Músicos negros, con el pretexto de implorar la caridad de los fieles, iniciaron en complicidad, un bullicio bárbaro. Los vendedores de lotería, gritaban la suerte; las mistureras alababan sus flores; los tamaleros y las fresqueras cuyas mesas ocupaban el centro de la Plaza, ofrecían con éxito, aquéllos, [29] sus guisos incendiarios; éstas, sus bebidas refrescantes. Visto así, superficialmente, rodeado de prestigiosos accesorios, este pueblo nos pareció el más favorecido del mundo. Los hombres, el cigarro o cigarrillo en la boca, se complacían con la suave voluptuosidad del fumador. Había en todas las mujeres que se agitaban, charlaban, y si puede decirse así, se pavoneaban, tanto de juventud como de gracia y de elegancia; sus miradas tenían tanto fuego; sus acentos, tanto encanto; su desenvoltura, tanta sorprendente liviandad; parecían vivir con tal desprecio de las cosas

positivas, con una tan completa ignorancia de las miserias de este mundo, que emanaba de ellas, como un rayo de felicidad del que nos sentíamos penetrados. Nada en esa población rozagante y radiante, podía advertirnos que estuviéramos en una ciudad atormentada y empobrecida por treinta años de luchas anárquicas.

Los nacimientos parecían acaparar aquel día todo el favor popular. Se llama nacimiento a la leyenda del cristianismo, armada en relieve, expuesta bajo los pórticos de algunos conventos y también en casas particulares, bajo los auspicios de algunas viejas beatas. La muchedumbre visitaba los nacimientos, en forma de procesión; nosotros seguimos instintivamente, una de esas corrientes, y nos encontramos pronto, rodeados de un gentío que sitiaba un vestíbulo en el que se apretujaban, como en la puerta de uno de nuestros teatros el día de un espectáculo extraordinario. Las mujeres, sobre todo, ponían una perseverancia heroica para penetrar en el interior. No fue sin trabajo que llegamos nosotros también hasta el nacimiento; pudimos, aún, dar un vistazo, tan bamboleantes estábamos por el vaivén de los curiosos. El nacimiento no es como, aún hoy día, en algunas ciudades de nuestras provincias, la escena de la Natividad circunscrita en un pequeño cuadro; es la historia completa de Nuestro Señor, llenando un vasto espacio en altura y extensión según lo exija la forma del local que lo contiene. El drama se desenvuelve sobre un terreno accidentado que comienza en el establo de Belem, y termina en el Gólgota. Montañas áridas, rocas amenazadoras, frescos oasis, aldeas, ríos, torrentes, todo aquello colocado con orden, y pintado en colores naturales. Estrellas de «bricho» centellean en el azul del cielo; una de ellas, la más brillante, suspendida por un hilo, guía a los magos hacia el Niño Dios, y como todas las imágenes son movibles, la escena recibe frecuentes modificaciones: así, los reyes y los pastores que en los primeros días del Adviento, se encuentran muy lejos de Belem, tocan, la víspera de Navidad, al [30] umbral del establo. Se pasa sucesivamente, en revista, la masacre de los inocentes, la degollación de San Juan Bautista, la huida a Egipto y todos los episodios de la Pasión.

Los armadores de esos nacimientos, son verdaderos artistas populares, que rivalizan entre ellos en imaginación, en ingenuidad, algunas veces también en erudición. Hay, entre los diferentes barrios de la ciudad, rivalidad por los nacimientos. Éstos son más ricos, aquellos más completos, otros más ingeniosamente compuestos. Entre los que visitamos, notamos uno que ocupaba un espacio de treinta metros; es verdad que a la Historia Sagrada, habían creído necesario añadir temas sacados de nuestra época, tales como los diferentes oficios de la arquitectura moderna, escenas de la vida limeña, y hasta peleas de gallos, estos últimos, tal vez, recordando al delator de San Pedro.

Si nuestro primer día en Lima había sido bien colmado, la noche que iba a seguir, la Noche buena, no sería, para nosotros, menos rica en curiosos espectáculos. En cuanto llegó la oscuridad, el aire resonó de extrañas músicas y locas canciones, grupos de negros de los dos sexos, escoltados por un gentío ruidoso, recorrían la ciudad blandiendo antorchas que agitadas por el movimiento de la marcha, hacían bailar sobre las paredes blancas, gigantescas siluetas. De tiempo en tiempo, los porta-antorchas se detenían, y la multitud formaba un círculo, al centro

del cual comenzaban danzas sin nombre, al son de una orquesta diabólica, cuyos principales instrumentos eran anchos tubos de hojalata cerrados en las extremidades por tapas de cuero, atravesadas por un cordón con nudos; éste, jalado con fuerza en uno u otro sentido, arrancaba a los cilindros una especie de ronquido extraño y sordo que recordaba sin embargo al sonido de la trompa. En algunos patios, el populacho tenía entrada libre, los bailarines estimulados entonces por la esperanza de una retribución, se entregaban a sus violentos ejercicios con una furia sin igual, se desligaban de toda tradición y se volvían verdaderos improvisadores de pantomimas bárbaras y lúbricas, entremezcladas con contorsiones dignas de un clown. Si es que acaso, una de esas actitudes burlescas e inesperadas, brotaba de un supremo esfuerzo, la asistencia estallaba en hurras frenéticos, y las monedas llovían en el círculo. Las luces extrañas y vacilantes, extrañamente volcadas sobre esas posturas y esas muecas de chimpancé, contribuían sobre todo a dar al espectáculo un carácter de sorprendente salvajismo. Sólo el agotamiento [31] ponía fin a esas coreografía furibunda; los actores volvían a tomar entonces su recorrido a través de la ciudad, no sin hacer frecuentes pausas en las pulperías, donde tomaban las fuerzas suficientes para mostrarse ante un nuevo público. Algunas veces, dos grupos rivales se encontraban frente a frente; los retruécanos y las injurias volaban primero de un grupo al otro como preludio; luego llegaban a las manos, para arrancarse las antorchas cuyas quemaduras ardientes, hacían surgir aquí y allá, gritos agudos mezclados con imprecaciones; y muy rara vez se separaban sin algunas escenas de pugilato; todo esto con gran satisfacción de los espectadores.

Durante toda aquella noche, la Plaza Mayor estuvo animada por una muchedumbre ruidosa. Antorchas y braseros, lanzaban a las fachadas de alrededor, grandes claridades fugitivas y siniestras. Los vendedores de comestibles, negros y cholos, circulaban a través de torbellinos de humo atizando las llamas, atormentando las sartenes, las ollas, los escalfadores, donde se oía chillar la manteca y crepitar las frituras y las tostadas. A través del vapor espeso y nutritivo que llenaba la atmósfera, se veían guirnaldas de salchichas y de embutidos, uniendo las extremidades de largas pértigas fijas en el suelo; cordones tendidos, soportaban jamones, aves crudas, desplumadas y despedazadas. Se preparaban también diferentes platos nacionales, tales como el picante, cuyos principales ingredientes son: carne de chanco ahogada, pepas, nueces molidas, todo violentamente condimentado con ají, el tamal, mezcla de carne picada finamente, maíz y miel, que se vende en forma de pasta; en fin, el pepián, especie de guiso compuesto de arroz, de pavo o gallina, cocida con ajos.

Mientras que en la Plaza se apretaban alrededor de muestrarios culinarios, las puertas de la Catedral permanecían abiertas; el interior apenas vislumbrado a través del humo rojizo del incienso y de los cirios, rebosaba de fieles. Los, que no pudieron entrar, estorbaban las gradas del peristilo donde arrodillados y recogidos, seguían con fervor el oficio de media noche. La voz de los chantres mezclada a los sonidos graves de los órganos, bajaban a veces hasta nosotros en ráfagas armoniosas, que se perdían en los ruidos confusos, ocasionados por los llamados culinarios de afuera. Se hubiera dicho esos cuadros primitivos, donde paisajes llenos de

terror extienden sus profundidades siniestras, frente a las perspectivas luminosas del paraíso. Cuando la noche tocaba a su fin, y las campanas se [32] ponían en movimiento, los fieles hambrientos dejaron la iglesia, la escena tomó un nuevo aspecto. Los cocineros al aire libre se multiplicaban para distribuir a los transeúntes, platos nacionales envueltos en pancas de maíz. No hubo luego ni un pie cuadrado de suelo donde se encontrara sitio. Todos los consumidores acurrucados en el polvo, devoraban su pitanza a cual mejor, con muecas feroces. Los fresqueros y los vendedores de chicha desplegaban al mismo tiempo una actividad sin igual; pasaban por encima de los diferentes grupos, el barril a cuestas, botella en mano, y vertían por doquier vasos fabulosos. Semejante velada no hubiera terminado ciertamente, en Francia, sin aullidos báquicos, sin peleas y sin riñas; pero la borrachera es un crimen casi desconocido por los verdaderos peruanos. Cuando dejamos la plaza, repleta de esta manera por tan irritantes olores, la agitación no había apaciguado. De vuelta a la Fonda, mucho tiempo después, oíamos desde nuestra ventana zumbar la Plaza Mayor como una inmensa colmena, mientras que los serenos gritaban a los ecos de los alrededores la hora de la noche y el estado del tiempo: eran las tres.

Al día siguiente la plaza estaba cubierta de más hojas que las que hace llover el viento en un bosque, durante una noche de otoño; eran las anchas envolturas de maíz en las cuales se venden los diversos alimentos peruanos. Los cordones que la víspera, extendidos en orden corrían cargados de comestibles, o uniendo las extremidades de estacas, arrastrábanse aquí y allá, como aparejos de una nave desamparada, sobre un montón de tablas, de bancos y de barriles derribados confusamente. Los gallinazos en bandas, se disputaban los restos de la comilona popular a lo largo de los braseros aún humeantes. La Noche Buena acababa de terminar; pero en las locas alegrías, en las piadosas solemnidades de esa noche de fiesta, habíamos podido coger un contraste que debía sorprendernos sin cesar durante el resto de nuestra estada en Lima, el contraste del ardor sensual y de la exaltación religiosa, de la locura y del recogimiento, de la indiferencia y de la pasión. Dominado por un fondo de dulzura y elegancia natural inseparable del carácter peruano, ese extraño contraste es tal vez la expresión más verdadera de la civilización limeña. [33]

- IV -

Limeños y limeñas. Saya angosta. Maricones. El tamalero. La suerte. El mercado. El puente del Rímac. La oración

¿Cuál es la vida diaria en Lima? Es la pregunta que se dirige todo viajero apenas instalado en la ciudad de los Reyes. Para responder a ella no tengo sino que llevar yo mismo aquella vida ociosa y alegre, seguir a la sociedad limeña en las plazas y en las calles adonde el amor al far niente, la lleva sin tregua; penetrar enseguida en las reuniones íntimas, observar en fin a la familia bajo el techo hospitalario que la cobija.

Después del chocolate espumante y de las dos tostadas, desayuno frugal de los países españoles, mi jornada se abría y comenzaba cada mañana con un paseo en la Plaza Mayor. El movimiento diario se coloreaba de infinitos matices. Gracias a las tapadas se volvía a encontrar ahí, a

pleno sol, el atractivo picante y el encanto misterioso de un salón de baile de máscaras. No nos cansábamos de admirar esos trajes raros, en medio de los cuales el vestido europeo, hay que confesarlo, hacía una muy triste figura. Ese vestido en el Perú no es sino el índice de una condición elevada, y el limeño se siente feliz cuando puede dejar el poncho para seguir las modas francesas. Las mujeres se resisten felizmente a esa influencia extranjera y se las ve ostentar con una encantadora coquetería, en medio de todos esos peruanos vestidos a la europea, las irresistibles seducciones del traje nacional.

Las limeñas salen casi siempre solas, y cualquier paseante puede dirigirles la palabra: lo peor que puede pasarle es caer en el vacío, o soportar un epigrama. Pero las tapadas son, generalmente, las que toman la iniciativa; sobre todo si un extranjero ha inflamado por cualquier motivo su curiosidad, averiguan todo lo que le concierne: por pocas confidencias indiscretas que [34] haya tenido, no dejará de sorprenderse al oír una voz desconocida revelarle íntimas particularidades de su vida, aunque a menudo, colocadas en la antípoda del lugar en que sucedieron. El traje de saya y manto, que en su origen estuvo destinado a servir ideas de castidad y celos, ha llegado por una de esas contradicciones, a proteger costumbres diametralmente opuestas; su uniformidad hace de la ciudad un vasto salón de intrigas o de ingeniosas maniobras que burlan la vigilancia de los más fieros Otelos. Los escándalos, las aventuras regocijantes, los equívocos burlescos, no pueden faltar con tales elementos. A veces un interés misterioso exige el incógnito absoluto a una dama de alto rango: entonces se reviste de una saya andrajosa, transforma por diferentes artificios su figura y con la ayuda de ese disfraz engaña también aun la mirada ejercitada de un marido, hasta el punto de que se ha visto a uno de éstos, olvidando la rigidez de principios pregonados bajo el techo conyugal, perseguir con declaraciones ardientes y avances temerarios a una tapada que lo fulminaba descubriendo un rostro de esposa irritada ante la oferta de un incienso ilegítimo. En las circunstancias ordinarias, la manta no aparece tan inflexiblemente cerrada. Una limeña bonita, encuentra en su camino mil pretextos para descubrirse, al fin de recoger al paso una mirada de admiración o una alabanza entusiasta. Nunca debe desconfiarse bastante del exceso de severidad en el recogimiento del manto, sobre todo si, en oposición a la costumbre de las limeñas de llevar los brazos desnudos, una manga larga viene a ajustarse sobre el guante, de modo que no se pueda ver por parte alguna el color de la piel. No dudéis: la manta traidora esconde entonces a una africana, negra como la noche, achatada como la muerte, ante la cual sería por lo menos superfluo derrochar las perlas de su galantería. Como se ve, saya y manto han consagrado en Lima la libertad de las mujeres; no tiene para ellas sino ventajas, y para los hombres desagradados. Todo concurre en la ciudad a justificar el dicho peruano: «Lima, paraíso de mujeres; purgatorio de hombres; infierno de borricos». En la limeña hay a la vez, de la avispa y del colibrí. Tiene, como la primera, un fino corpiño y un dardo que es el epigrama; y del segundo, el color brillante, el vuelo caprichoso y desigual, y de ambos, un amor inmoderado al perfume y a las flores. Se la ve bajo los portales revolotear codiciosamente de un cesto a otro de las mistureras, y a veces le ocurre acosar a un transeúnte de cierta calidad con toda clase de

zalamerías y gentilezas para obtener de su generosidad algún ramillete ansiado. En la época en que la maniobra de que hablamos florecía con un [35] brillo que se va extinguiendo cada día, se llamaba «Calle del Peligro» al sitio ocupado por las ramilleteras. Las sirenas ejercían seducciones tan irresistibles, que los cicateros, para evitar este pasaje peligroso daban vueltas inmensas, o si por aventura se aventuraban, no era sino después de haberse tapado prudentemente las orejas, como los marineros de Ulises en el Mar Tirreno.

Aunque la mayoría de las limeñas hayan adoptado la saya actual, que se llama desplegada, se ve todavía pasar bajo los portales mujeres fieles a la saya angosta, la única que estuvo en uso hace treinta años. Este vestido curioso, descende desde la cadera hasta el tobillo, dibujando las formas y las líneas con una conciencia de las menos castas; la abertura inferior es tan estrecha, que la mujer puede apenas llevar un pie delante del otro al caminar. Subir el día domingo a la hora de misa, a las gradas de la Catedral, constituía para las mujeres así vestidas, un verdadero ejercicio de destreza, en el que, los extranjeros, sobre todo, tomaban un vivo interés. Unas sobresalían en esa ascensión difícil, que resultaba para otras, una penosa labor.

Ya que esta particularidad nos ha traído hablar del traje, es preciso decir una palabra del calzado pues éste es en Lima, lo que en ciertas provincias de Francia es el sombrero o el tocado: la piedra del toque de la elegancia, el arma sin resistencia de la seducción. Adoptando el zapato de raso blanco, se han aceptado rigurosamente las consecuencias onerosas de este lujo exagerado. Una verdadera limeña preferiría caminar sobre las manos, antes que presentarse en público con un zapato de dudosa limpieza. Viendo pasar por las calles tantos zapatitos de una blancura inmaculada, no podemos dejar de inquietarnos por su existencia efímera, y más aún, al pensar cómo pueden pies tan delicados, con sólo tan frágil envoltura, desafiar sin ser quemados ni adoloridos, el rudo y ardiente contacto del pavimento, en tanto que los productos más sólidos de la industria de San Crispín, nos ponían al abrigo de tales inconvenientes. La explicación del enigma habría que buscarla en un sabio estudio del modo de caminar unido a una extrema ligereza. El pavimento hace una guerra de exterminio tan declarada a los zapatos de raso, que existe un mercado especial de este artículo, al que va todos los sábados la más encantadora parte de la población a hacer su provisión de la semana. Las mujeres que no han podido reunir la suma necesaria para obtener este indispensable complemento de la toilette, tienen esa tarde, un acceso [36] fácil, entonaciones acariciadoras, y un dejar hacer bastante alentador. Falta de zapatos de raso blanco ¡cuántos pasos falsos se han dado por ti en Lima la tarde de los sábados!

Y sin embargo, ¿quién lo creyera? En esta tierra de la Lindeza, en medio de esa adorable población de sílfides, se ha formado una sociedad para desafiar el poder de la mujer, para burlarse de sus encantos, para negar sus preciosas cualidades y atributos. Esa sociedad, cuyo origen se remonta casi a los tiempos fabulosos de la historia del Perú, lleva en Lima el nombre de «los Maricones» y ya existía con otro nombre en tiempos de los Incas, habiendo tomado una extensión tan inquietante, que muchos jefes, entre ellos Tupac Yupanqui y Lloque Yupanqui, tomaron las armas

contra ellos y los persiguieron sobre diversos puntos del Imperio. Durante tres siglos, el Virreinato no fue más feliz en su lucha contra los Maricones. Fue, dada la irrupción de las ideas y costumbres europeas, que al comienzo de la emancipación, se rompió en cierto modo el velo que ocultaba a la nación los extravíos y los libertinajes de la sociedad tantas veces perseguida. En nuestros días, la extraña sociedad de Maricones, no está destruida, pero sí agonizante: hemos podido ver a menudo en la Plaza Mayor a sus últimos representantes.

Uno entre ellos, gozaba sobre todo, en Lima, de una escandalosa popularidad; era un tamalero gordo, imberbe, rozagante como una soprano. Ese individuo llevaba un sombrero de paja de Guayaquil y un ancho mandil blanco de cocinero. A pesar de estar continuamente en ejercicio de la mañana a la noche, como ciertos pasteleros de nuestros boulevares; su charla aún más inagotable que su mercadería, encantaba a un auditorio que, sin tregua, parado delante de él, la boca abierta, como delante de un gran orador, aumentaba de manera que interceptaba el paso. Su voz de mujer, clara y vibrante, decía con mucho espíritu la anécdota del día, criticaba las costumbres y se permitía a veces despropósitos políticos. Las tapadas eran particularmente el punto de mira de sus mordaces alocuciones, las interpelaba al paso y las perseguía con sus burlas; pero a menudo también, ellas le replicaban con éxito: ellas encontraban para soportar esos retos frívolos, un vigor y una originalidad de salidas que arrancaban a los espectadores, ruidosas y simpáticas manifestaciones. Esa guerra de epigramas, donde brillaba la incansable fecundidad del tamalero, [37] se prolongaba de ordinario hasta el momento en que otro espectáculo venía a atraer a los curiosos y dejar en el aislamiento a los partidos beligerantes. El comercio del tamalero tenía su interés, decían, en esos escandalosos torneos que llamaban la atención sobre la mercadería. Ese industrial debía también a su verba de improvisador, dos o tres fortunas, que el «monte»(7), cuya pasión llegaba al frenesí, había sucesivamente consumido.

No pasábamos nunca delante del mostrador del tamalero, sin hacer tristes reflexiones sobre la lastimosa influencia que ejerce en el Perú, la fiebre del juego. En ninguna otra parte se persigue con una ceguera más obstinada, la de esa de ojos vendados; los juegos de azar, las apuestas y la lotería, hunden el sueldo penosamente adquirido del arriero harapiento, del sereno quemado por el sol y del minero empalidecido por las tinieblas, sin contar el botín del salteador. En las clases altas, las ruinas y las fortunas que el juego origina, son tan comunes, que se habla de ellas con indiferencia. Las mismas mujeres, no están libres de ese mal endémico, pero sin embargo, el juego no parece serles accesible sino en circunstancias excepcionales. En tiempo ordinario, ellas se sujetan a perseguir los favores de la «suerte». También algunas oraciones a los santos, algunas invocaciones a las ánimas, algunas falaces promesas a los espíritus celestes, se encuentran escritas sobre los registros de los vendedores de lotería, que recorren las casas de la ciudad, y hacen poner frente a los números escogidos, una frase cualquiera, destinada a servir de control en caso de similitud de nombres. «Mi padre Santo Domingo»; «El alma del arzobispo»; «Para festejar a un santo», tales son las divisas que se reproducen más comúnmente cada mes en el periódico oficial, frente a

los números premiados. El sorteo de esa lotería hebdomadaria, no es sin interés; se hace con cierto aparato, en plena Plaza Mayor, en un escenario levantado, semejante a los que se construyen para nuestros regocijos populares. El primer plano está ocupado por tres inmensas esferas, a las que una manizuela imprime un movimiento rápido de rotación. En segundo plano se instala un despacho o jurado compuesto de notables y presidido por un oficial civil. Cuando llega la hora del sorteo, la muchedumbre se apretuja alrededor del escenario. La mujer vestida de seda no se preocupa, en absoluto, en ese momento, del negro sórdido que la codea: lo importante del asunto, es conservar un buen [38] sitio; los campesinos a caballo, en la aglomeración, se enderezan para ver mejor, sobre sus amplios estribos moriscos; burgueses, militares, gente de todas condiciones y de todos los colores, están entremezclados esperando la señal. La dan al fin: cuántas manos blancas hacen la señal de la cruz, cuántos labios murmuran padrenuestros interesados, un esfuerzo supremo conmueve aún a la muchedumbre, cada cual puede sentir latir el corazón de su vecino. Todas las miradas se dirigen hacia ese escenario, que por doce agraciados (es el número ordinario de los premios), va a hacer nacer tan numerosas decepciones. En medio de un silencio lleno de ansiedad, tres niños hacen funcionar las esferas, luego, en el momento en que se detienen, abren una ventanilla de resorte, y hunden el brazo, y los tres a un tiempo, como autómatas, levantan sobre sus cabezas, para no dar lugar a sospechas de fraude, un número tomado de cada esfera, y lo depositan bajo los ojos del jurado, que proclama el número y la divisa del agraciado. La operación se termina en medio de un barullo general: éste, hace compartir al público su buena fortuna; aquel, casi no consigue disimular su penosa figura; otro, en fin, acusa altamente de la injusticia de la suerte, lo que no impide a los unos y a los otros, ir a depositar en manos del primer vendedor llegado, el real, precio de un número, para el sorteo del mes siguiente.

La Plaza Mayor es la cita de los limeños ociosos. Si se quiere sorprender algunos rasgos de actividad, es en un pequeño número de calles vecinas a esa Plaza, que hay que ir a buscarlos. Aquí, mil aspectos pintorescos esperan al viajero. La arquitectura de esas casas de un piso y de techo plano, bien que uniformes en apariencia, es diversa para quien la observa de cerca, por mil detalles graciosos. Aquí son miradores y campanarios que se destacan sobre el cielo; allá, balcones salientes que proyectan sobre las paredes, vigorosas sombras y cuyos ángulos superpuestos por la perspectiva, semejan las gradas de una gigantesca escalera. Aquí y allá, las cortinas de los balcones a medio levantar, dejan ver alguna encantadora joven, con una rosa o un clavel en la sien. Hasta los gallinazos, que, semejantes a enormes motas negras, inmóviles y en grupos sobre los techos de las casas, parecen destinados a coronar ese raro conjunto. El medio de la calle está ocupado por acequias, a menudo bastante anchas, y que se atraviesan sobre pequeños puentes de madera. La calzada está pavimentada con pequeñas piedras y bordeada por veredas de lozas quebradas y desunidas. Si uno se aleja de las calles centrales, no se encuentra ni siquiera [39] su color, y acompañando sus retruécanos con un ruido de campanillas que indica que el agua está a la venta.

Es siempre a la Plaza Mayor, donde hay que regresar, por lo tanto, cuando se quieren recoger realmente todas las extrañezas de la vida

limeña. Uno de los mercados más curiosos de Lima está en esa Plaza; se vende más o menos de todo, pero entre otras cosas, frutas, flores y legumbres. Los vendedores están sentados bajo bastidores de caña que forman con el suelo un ángulo abierto a voluntad, por un palo ahorquillado y bajo estereras de juncos trenzados que sostienen estacas, formando dosel. Se ven también erguirse caprichosamente, vastas sombrillas de paja de maíz o de tela de color; atravesadas al centro por una larga estaca clavada al suelo; todos estos débiles albergues, bañan en sombras violetas a los vendedores y a sus mostradores de diferentes especies de frutas, que la boca de las canastas, volcadas como cuernos de abundancia, desparraman en torrentes sobre toscos tapices. Algunas mujeres acurrucadas, los brazos escondidos bajo el chal de lana azul o rosa, con el que cubren la parte baja de la cara, llevan sobre su cabeza, una vasta canasta chata, que, llena de yerbas y de flores, semeja a lo lejos, un tocado fantástico. Inmóviles e impasibles, bajo ese fardo, durante largas horas, ellas parecen sufrir una mortificación voluntaria, a manera de los faquires hindúes. Por todas partes se veían enormes jarros de barro rojo, cestas verdes, canastas de junco de formas raras, llenas de legumbres secas, de ajíes y de coca, hoja maravillosa que los indios mascan con una especie de cal, y que hace olvidar en las marchas obligatorias, el hambre, la sed y el cansancio. Los vegetales de los dos hemisferios, abundan y son, por consecuencia de bajos precios. Un personal extraño, ruidoso, atareado, va y viene; regatea, compra en diversos mostradores. Son los indios de la sierra, caras rojizas y quemadas, el pañuelo anudado sobre la oreja y cubiertos con un sombrero de paja en forma de pan de azúcar; las zambas de cabellera trenzada con mil pequeñas soguitas a manera de los sicambros; los sacerdotes seculares que llevan el sombrero de don Basilio, que parece una piragua volteada, los hermanos limosneros de órdenes mendicantes, el limosnero en mano, aprovechan todas las ocasiones para explotar a un público supersticioso; las tapadas de pie de raso, que están por todas partes donde hay hombres; luego, galantes oficiales, el kepi sobre el ojo, el bigote levantado, el poncho blanco a largas franjas sobre el hombro, la espuela en el talón; si ellos tuvieran al Perú en el bolsillo; no tendrían aire más triunfador. Todo [40] ese vestigio de pavimentación: se camina en una polvareda infecta, mezclada de inmundicias y restos sin nombre, pero no es hacia las extremidades de la capital, que el europeo debe dirigir su paseo: las calles de Mercaderes y de los Plateros, purificadas por las acequias, los Portales de la Plaza Mayor, podrán únicamente, revelar el movimiento diario y las costumbres de esa seductora ciudad. Allí los pisos bajos, ocupados por las vitrinas de los vendedores de novedades, y por los hoteles, atraen, como en nuestras capitales de Europa, a los paseantes y a los ociosos. Los cigarreros tienen en las esquinas, pequeños talleres, donde confeccionan con una singular rapidez, excelentes cigarros, a precios moderados. Cada esquina tiene también su pulpería, especie de taberna mal afamada, frecuentada sobre todo por los cholos, los zambos y los negros. Las industrias limeñas parecen desdeñosas de llamar la atención con carteles. Aparte de los barberos, que parecen haber conservado el monopolio de ciertas operaciones quirúrgicas, y que exponen en un panel pintado al óleo una mano armada con el escalpelo, vecina de un brazo y una pierna, de donde brota la sangre; no se encuentra casi

carteles sino bajo los Portales. Son a veces pretenciosas alegorías: un trovador «pendulado» arranca el velo de una mujer roja, coronada con plumas y acurrucada a sus pies: es Colón descubriendo la América. Una banda de rinocerontes pone en fuga a elefantes. (El cartel de una tienda vecina y rival, representa un grupo de elefantes). Se ven en fin otros que son de una impertinencia manifiesta: un salteador, la cuchilla en la cintura, la escopeta en puño, que se prepara a asaltar a los transeúntes.

Las principales arterias de la capital, sobre todo las que desembocan en un comercio, son en días no feriados, el escenario de una actividad que se transforma a veces en estorbo. Los campesinos conducen ahí, rebaños de vicuñas y alpacas de largas sedas negras, llevando pasto en redes, y legumbres o frutas en canastas de junco trenzados. Grupos de mulas, huyendo precipitadamente bajo el chicote de los arrieros, las atraviesan, derribando aquí y allí, algunos peatones sorprendidos e impotentes para resguardarse. Aguadores negros circulan todo el día por la ciudad, montados sobre el flaco lomo de sus mulas, cuyo basto está dispuesto de manera adecuada para recibir dos barriles llenos de agua que se hacen contrapeso; se van, la nariz al viento, las piernas colgadas, el bastón sobre el hombro, interpelando en alta voz a los indios o a la gente de [41] allí ríe, habla, pelea y jura; los negros sobre todo gesticulan y vociferan con tal vehemencia, que sus voces cubren las de los mercachifles y de los pregonadores de suertes. Cholitas a caballo dominan el gentío, donde se abren, difícilmente, paso; luego, en varios puntos, se ven en grupos, balancearse elegante, dulce y fina, sobre un cuello de cisne, la encantadora cabeza empenachada de las llamas blancas o brunas que hacen sonar sus campanillas.

A las seis de la tarde, después del cierre de las tiendas, el movimiento de la ciudad cambia de aspecto: caballeros y calesas se dirigen al barrio de San Lázaro, situado hacia la ribera derecha del Rímac, en tanto que los peatones ascienden, para verlos pasar, las aceras del Puente de Monteclaros. Se entra por el lado de la ciudad, por una especie de arco triunfal, coronado por un ático triangular al lado de los cuales se elevan dos torrecillas adornadas por molduras y relieves en estuco. El Puente, de cinco arcos, está construido de piedra; sus pilares están defendidos, río arriba, por puntas de mampostería que rompen la corriente del río. El parapeto forma, siguiendo las sinuosidades de estas escolleras, espacios rodeados de bancos para los paseantes. Se encuentra difícilmente un espacio desocupado en estos bancos, o un apoyo contra el parapeto, pues los extranjeros, los tenderos y sus dependientes, vienen aquí para olvidarse de la práctica de sus negocios y sentar cátedra con el cigarro en la boca. Es aquí también donde se forjan las noticias y se comentan todas las habladurías escandalosas.

Este punto de reunión está perfectamente escogido: se respira ahí, durante los fuertes calores, un aire refrescado por las aguas del Rímac, que gruñe en torrentes sobre su lecho de piedra, sobre todo en la época del deshielo en la cordillera. Un paisaje lleno de variedad distrae y ameniza la vista. Las casas muestran de este lado, sobre el río, galerías de madera de arcos redondos o trebolados. Sus pisos inferiores que se apoyan sobre pilares hundidos en el agua, tienen al borde de la calzada, cobertizos en los que las lavanderas limpian y hacen secar la ropa. En

todas las aberturas se ve una cortina de tela pintada, visillos de cutí de algodón rayado, que flotan al viento, algún trapo rojo que sale como una lengua de la boca abierta de un tragaluz, y luego, dominando esta larga serie de fachadas, amarillas, grises, desmoronadas y a veces ruinosas, las cúpulas, los campanarios y los miradores (belvederes) se destacan vigorosamente sobre un cielo generalmente purpúreo en el horizonte, [42] casi siempre verde en el cenit. Es la hora en que los campesinos y los mineros venidos a la ciudad por negocios, vuelven a sus chacras y a sus cerros, montados unos sobre caballos de raza andaluza, al flanco de los cuales baten los estribos de madera macizos y grabados al buril; otros sobre mulas con collares de cascabeles y en la frente flecos y borlas, como los jefes de los incas. Algunos coches de extranjeros pasan llevados por un elegante tiro de caballos; pero las calesas limeñas son jaladas por mulas o por pequeños caballos, cuya flacura y mala alimentación, descubren a malos palafreneros. Las calesas no tienen sino dos ruedas; pero, en revancha, éstas son enormes y giran alrededor de un eje que desborda la caja en más de un pie y medio. Esta disposición, debida sin duda, a la forma y a la profundidad de las acequias, da a las calesas las garantías de equilibrio necesarias. El cuerpo del coche, barnizado de verde o de cabritilla, está decorado con guirnaldas doradas. El cochero monta el caballo enganchado fuera de las varas y lleva una librea, que siempre parece hecha para la talla de otro. Las mujeres de la clase superior usan sólo calesas y se pasean en ellas sin sombrero y vestidas a la francesa, pues la saya y el manto no se llevan sino a pie, y hasta la puesta del sol. Las Amazonas se exhiben también coquetamente, cubiertas con una torta de paja coronada de flores y la parte alta del cuerpo envuelta en un pequeño poncho, azul oscuro, bordado con trencilla y cortado en flecos en su parte inferior.

Cada vez que me hallaba sobre el puente, al terminar el día, veía renovarse un espectáculo que me sorprendió la primera vez que se produjo. En tanto que el movimiento y las conversaciones bulliciosas estaban en todo su apogeo, se dejó oír un toque de campana. La fórmula mágica que inmovilizó a las gentes de la célebre durmiente de los cuentos de hadas, no hubiera ejercido ninguna acción más inmediata. Todas las frentes se descubrieron y se inclinaron; todas las conversaciones se extinguieron, sin acabar siquiera la frase comenzada; los caballos de los caballeros y de los coches, se detuvieron por sí solos; los hombres que por su vestido, parecían ser peruanos, cayeron prosternados al suelo; sólo algunos hábitos negros quedaron en pie, pero inclinados como en la elevación de la misa. Una calma de muerte había reemplazado al rumor de los vivos. Únicamente la campana vibraba en el aire y el Rímac rumoreaba a nuestros pies. Esto duró dos minutos. Yo me había quitado maquinalmente el sombrero e interrogado a mi vecino. Éste no me respondió. Un momento después, una campana vocinglera esparció [43] su tintineo. Todos se levantaron; peatones, caballeros y coches continuaron su paseo, el ruido de las conversaciones recobró su fuerza. La vida y el movimiento acaban de renacer instantáneamente... Sólo entonces pude saber que acababan de tocar el «Ave María». Después de este día pude ver, cualquiera que fuese el punto de la ciudad en que me encontrase, producirse el mismo efecto al primer toque de la oración de la tarde. Esta adoración espontánea y colectiva de sesenta

mil almas, estaba impregnada de una majestad solemne y verdaderamente conmovedora; parecía haber en el aire, en ese momento, una especie de electricidad de la fe religiosa. En cuanto a mí, experimentaba una de esas emociones dulces, tiernas, indecibles, que transportan a las épocas de juventud, florecidas de santas creencias y que hacen descender en el alma como un rocío de pensamientos consoladores y suaves. Me gustaba, sobre todo, oír tocar el Ave María en las horas de abatimiento, cuando los ojos de mi imaginación, vueltos hacia la patria, apenas la entreveían entre las más fabulosas lejanías. [44]

- V -

Los salones. Hospitalidad. Las limeñas en su intimidad. Comidas populares. La ascensión. El picante. Artificios de coquetería

Cuando se está cansado de todo ese ruido, de todos esos espectáculos de la calle, se encuentra cierto encanto en descansar en medio de una familia limeña, en averiguar si la vida íntima ha guardado en la capital del Perú, algunos rasgos de ese color morisco impreso en los monumentos y en los trajes limeños, por las primeras inmigraciones andaluzas. Los rasgos de esa civilización casi oriental, de los primeros emigrantes españoles, no se conservaron, hay que decirlo, en las costumbres peruanas. La familia de Lima, no conoce las susceptibilidades hurañas que la tradición presta a los moros y a los españoles de Andalucía; no es misteriosa: la mujer goza de una entera libertad y si uno de los dos sexos baja la frente ante el yugo conyugal, no es ciertamente el más débil ni el más tímido.

La casa limeña está en cierto modo, abierta para todo el que llega; nada más simple y fácil que la introducción de un extranjero, cualquiera puede presentarlo, casi sin previa autorización, y a partir del momento que sigue a la enérgica fórmula española: «La casa a la disposición de usted», el visitante apenas conocido, llega, de buenas a primeras, a tener ahí sus entradas tan francas como el más antiguo amigo de la casa. Presentándose ahí, mañana y tarde, la cordialidad de la acogida no se desmiente nunca, ni la franqueza para con los huéspedes, cuya presencia no parece nunca distraer de sus costumbres y de sus ocupaciones diarias, lo que induce pronto a medir las relaciones con el encanto e interés que se encuentra ahí, y no con los escrúpulos de nuestras conveniencias europeas. Esa gracia hospitalaria es tan inveterada en Lima, que numerosas familias, en vía de adoptar las costumbres y las formas [45] de nuestra civilización francesa y británica, en lo que tenemos de egoísta y restringida, no han llegado a modificar sensiblemente una virtud de la que los extranjeros conocen el precio.

El mobiliario limeño es en general de una extrema simplicidad: algunos sofás de crin, sillas, taburetes, una alfombra o esteras de juncos trenzados, un piano, una mesita portando un ramo recientemente cogido o una fuente de plata llena de una mezcla de flores deshojadas, forman todo el lujo de la pieza principal, que se encuentra en alto, y cuyas ventanas están dispuestas de manera de combatir, por corrientes de aire, los ardores del clima. Las ventanas bajas están cerradas por ligeros

enrejados, a veces también por una serie de pequeños barrotes pintados de verde. El dormitorio encierra ordinariamente, todas las elegancias del mobiliario. Los espejos son pocos y de pequeña dimensión; las cortinas, cortinajes y demás frivolidades que transforman en bazares nuestras viviendas francesas, son poco corrientes en Lima, donde serían además una anomalía con el clima y las costumbres del país. Las mujeres casadas y las jóvenes, indistintamente reciben las visitas, y la introducción de un extranjero, a pesar de inesperada, no parece nunca ni sorprenderlas ni traer entre ellas la menor contrariedad; le hacen una acogida simpática y simple y le autorizan casi desde el principio, a dejar de lado las insipideces ridículas de la ceremonia; de manera que al fin de la primera entrevista, él se encuentra tan cómodo, como entre antiguas amistades. Para completar la ilusión, su nombre de bautizo, que la eufonía limeña reviste de un encanto tan particular, regocija su oído a cada interpelación. El visitante por su lado, teniendo delante una joven o una matrona de la edad más avanzada, no debe jamás de aplicar a su interlocutora los sustantivos de «señorita» o de «niña». Las limeñas son tan sensibles a esa adulación exagerada, que, se asegura, jamás mujeres de sociedad han soportado con más resignación la implacable invasión de los años. Así, para disimular el «irreparable ultraje», encuentran ellas, a menudo, recursos en los cosméticos más excepcionales y a veces en las más ridículas estratagemas.

El epíteto español «bonita», está generalmente consagrado, cuando se habla de las limeñas. Se ven pocas, en efecto, que llegan a la hermosura. Pequeñas, más bien que grandes, son esbeltas y bien proporcionadas. En su rostro de rasgos regulares y finos, resaltan en medio de una palidez que no tiene [46] nada de enfermiza, y bajo el arco regular de las cejas, ojos negros de una movilidad febril, y un poder de ojeadas, sin rival. Sus manos y sus pies, son su orgullo, tienen toda la perfección deseada. La limeña ha conservado para su pie, una solicitud que, al comienzo de siglo era llevada hasta la idolatría. Entonces, las mujeres, en su intimidad, no llevaban zapatos ni medias; se maquillaban el pie por completo, como entre nosotros el rostro. Hoy día, por poco que la naturaleza haya dado, atolondradamente, un largo un poco exagerado, a esa extremidad, una mujer no titubea en sacrificarse a la dimensión; y se tortura con un calzado muy chico a la manera de las chinas.

Las limeñas tienen renombre de hechiceras, que parece proverbial en las repúblicas circundantes; jamás un extranjero dirá: «He ido a Lima», sin levantar esta interrogación inmediata: «¿Y de las limeñas?». Las respuestas son (todas) unánimemente favorables a esas sirenas de la América del Sur. Los viajeros de todos los países, en el retrato que esbozan, celebran hasta la envidia, su gracia, su elegancia, su gentileza, y sobre todo, la fecundidad y flexibilidad de su espíritu, tan inagotable en verba burlona y sarcástica para las enemistades, como en palabras cariñosas y en atenciones ingeniosas, para los afectos. No hay flema, por británica y rebelde que sea, ni organización refractaria capaz de resistir el asalto que les libra un grupo jovial de limeñas, susurrando su dulce idioma.

Han puesto en duda, a menudo, la simpatía de los criollos para con los europeos y especialmente, para los franceses. Es posible que en alguna

otra época, inspirándose en tradiciones españolas poco favorables a estos últimos, sobre todo; y más a menudo aún, humillados por el fausto ultrajante de ciertos improvisados, en los que el orgullo y la insolencia impedían hacer olvidar un bajo origen, los peruanos hayan derramado, a veces, su amargura, su asco y su desprecio. Hoy día, esas causas de desavenencias se han reducido considerablemente. La multiplicidad de nuestras relaciones con el Perú, ha vulgarizado ahí, las ideas francesas y casi no se ven levantarse esas fortunas escandalosas tan comunes en otra época. Los pocos comerciantes extranjeros que se enriquecen, deben sus éxitos a un trabajo consciente y obstinado. Ya no hay más esos industriales sin escrúpulos explotando a una población confiada, burlando su credulidad y jactándose con cinismo de sus fechorías. Si la raza no se ha extinguido completamente [47] aún, al menos, se vuelve día a día, más rara y más pudiente; el buen sentido de los peruanos, además, ha hecho justicia y no envuelve la masa de emigrantes en su reprobación. Debemos decir, por lo tanto, que existe a veces en los actos y las palabras de los limeños, ciertas contradicciones que parecerían justificar el reproche de falta de sinceridad que se le supone; pero ese matiz de su carácter, muy espiritualmente indicado por un escritor de Lima, tiende sobre todo a una pueril manía de nacionalismo (esta es la expresión de que se vale), nacido a raíz de la Independencia. No es raro ver a tal individuo, vivir en relaciones frecuentes e íntimas con los extranjeros, desear presentarse con ellos en los círculos y lugares públicos, engalanarse a cada instante con sus numerosas amistades transatlánticas y profesar, según la disposición de espíritu e interés del momento, un supremo desdén hacia los objetos de su frecuentación y de su solicitud ordinarias. Las mujeres sobre todo, que más que en otras partes, buscan la intimidad de los extranjeros, no dejan exhalar su humor de un modo violento, al menor resentimiento. Con qué alegría maligna y burlona, gritan: «¡Ay niña, extranjeros yo, con que no puedo verlos ni pintados; con que hasta me parecen animales!». «Lo repetimos sin embargo, el nacionalismo de los limeños, no se basa en ningún principio fijo y existe sólo en estado de manía».

Como en todos los países españoles, la música y el baile, son las artes que encuentran en Lima más adeptos entre las mujeres; sus disposiciones naturales se unen al sentimiento más exquisito, para suplir a los maestros que les faltan. Son pocas en la sociedad que no saben tocar convenientemente el piano y se cuenta cierto número que se han elevado a un talento de primer orden. Las partituras de todas las escuelas, le son familiares, pero sus preferencias son para la música italiana. La ópera italiana establecida en la capital del Perú, hace varios años, debió naturalmente, desarrollar el gusto de las limeñas por las melodías de Rossini y de Bellini. Las voces frescas y límpidas, no son raras en Lima y nosotros hemos oído a mujeres de sociedad, ejecutar con legítimo éxito, los trozos más difíciles de obras de renombre. En cuanto a la coreografía, ella no muestra sino furtivos fulgores; zamacueca, la resbalosa, el zapateo y otros bailes nacionales llenos de carácter encuentran apenas hoy día, intérpretes en los salones. Eso se debe sin duda, a las triviales exageraciones que las bajas clases les han hecho sufrir. Las jóvenes bailarinas, viendo asomar [48] en los labios de los hombres una sonrisa

equivoca, acabaron por sospechar que atribuían a sus inocentes pantomimas, un sentido sospechoso y desde entonces, tuvieron que renunciar a esas ocasiones de presentar en público, tesoros verdaderamente incomparables de gracia y de flexibilidad. El historiador viajero Stevenson, constataba ya, hace veinte años, con una satisfacción bastante divertida, que nuestra monótona cuadrilla, que ellos llaman «la agradable contradanza», comenzaba a destronar en el Perú a las danzas nacionales; el progreso está ahora casi cumplido. Fuera de la contradanza española, especie de vals de tiempo lento con gran número de figuras, los bailes del buen mundo limeño no difieren sensiblemente de los nuestros, y si se quiere recoger en ese género algunos trozos de color local, hay que buscarlos sobre todo, en las clases populares.

Las mujeres de mundo están en su interior vestidas a la francesa, con una elegancia esmerada. Las modas parisienses, tienen alas para franquear el Atlántico y las cordilleras: en Lima se implantan más fácilmente que en algunas provincias de Francia. El único que no se introduce con facilidad y en esto las mujeres dan prueba de gusto, es el sombrero, pues nada podría valer lo que el tesoro natural de sus cabelleras, cuyas ingeniosas combinaciones varían hasta el infinito y de las que una flor, es siempre el atrayente e indispensable accesorio.

El amor inmoderado por los ramilletes y los perfumes se extiende a toda la población. Es preciso que una casa sea muy pobre para que no se encuentre en ella una cesta de flores y un pomo de agua rica. Es una galantería muy usada en el pueblo, la de adornar el ojal y perfumar el pañuelo del visitante. En las grandes circunstancias, en las épocas de bautizo o de aniversario, el lujo supremo consiste en repartir a los invitados manzanitas verdes, en las que se han hecho incisiones con elegantes arabescos, llenas de polvo de áloe y entrecortadas aquí y allá con clavos de olor. Estos diversos ingredientes, cuya humedad es mantenida por el jugo de la fruta, desprenden un olor de lo más agradable; o son también naranjas colocadas en redcillas de filigrana de plata, y, sobre todo, largas pastillas de incienso cubiertas de papel metálico color de fuego y en las que la canela y las perlas de diferentes matices figuran graciosas espirales. En uno de los extremos se abre una gavilla chispeante de filetes de lama de oro y de plata, sembrados de grano de vidrio, que simulan zafiros, rubíes y esmeraldas. A menudo los hilos metálicos sostienen escuditos de diez francos, [49] que concurren al ornamento de estas baratijas y les dan un valor más efectivo. Los conventos de mujeres tienen el monopolio de estas costosas inutilidades, cuyo difícil trabajo va a consumirse en algún brasero para echar un poco de humo oloroso. Las esclavas remueven entonces las cenizas para retirar los escuditos, si sus amas, respetuosas del buen tono, no los han desprendido antes. Entre los limeños, lo necesario, casi siempre sacrificado a lo superfluo, no existe sino en límites muy restringidos. En cuanto al confort, sólo ha penetrado en algunas residencias excepcionales. Las costumbres de sobriedad características de este pueblo están de acuerdo maravillosamente con su necesidad de lujo y de ostentación. En general, la única comida seria que se hace al día se compone de uno o dos platos, y raramente se bebe otra cosa que agua; un potaje, especie de sustancia espesa, en que el pan ha reemplazado a la carne, el puchero y la olla clásicos de la cocina

española, siguen siendo los platos de resistencia en las clases elevadas. Sobre las mesas más modestas aparecen los guisos nacionales, en que los condimentos juegan siempre un implacable rol. En muchas casas, cada miembro de familia come a su manera y a sus horas, porque el orden y la regla no son las virtudes dominantes de los hogares peruanos.

Algunas circunstancias raras han grabado en mi memoria el recuerdo de una comida, en la que se me ofreció un lugar sin premeditación, debo confesarlo. Uno de esos azares, que las costumbres limeñas hacen nacer a sus pasos, me puso en relación, en el circo de Acho, con una tapada; yo obtuve autorización de su gracia para acompañarla hasta su casa. Entramos en una casa de modesta apariencia, y mi encantadora conductora, me presentó a su familia reunida, una madre, dos hermanos y dos hermanas, seis personas en total. Me acogieron con una cordialidad casi obsequiosa. Era la hora de la comida; de buen o mal grado, tuve que sentarme a la mesa. Los diferentes platos se componían de mazamorra, de tamal extendido en hojas de maíz, y de una especie de masa espesa formada de garbanzos, papas, maíz y carne picada. Al centro de la mesa se destacaba un inmenso, pero único vaso lleno de agua. «¿Dónde está, pues, la Asunción?», dijo la madre, cuando ya habíamos tomado asiento. «Aquí estoy», respondió mi compañera. Dirigí los ojos al fondo del cuarto, y vi a la Asunción en ropa blanca. Su saya color esmalte, de la que había soltado el pasador, acababa de caer a sus pies; en aquel momento, hacía caer de la misma manera su crespón de la China. [50] El ángel se despojaba de sus alas, pero en su lugar quedaba una encantadora mortal, que vino, la sonrisa en los labios, a sentarse frente a mí. La comida comenzó; cada cual agarraba con los dedos, quien la mazamorra, quien el tamal, y en rueda, bebían un sorbo en el vaso común.

Bajo el especioso pretexto de que no tenía apetito, había querido rehusar una porción de picante, pero tuve que ceder a las insistencias de mis huéspedes que llegaban hasta la tiranía, en sus atenciones hospitalarias. Apenas hube pasado esa composición, cuando su perfidia, velada bajo un sabor agradable, se reveló por entero. El ají del que estaba cargado, me incendió en un instante la garganta y el estómago. Quise beber, pero la vista del vaso me llenó de desaliento. Lo cogí sin embargo, cerrando los ojos en un gesto de desesperado, y lo vacié de un golpe. Nunca mejor que en ese instante, comprendí la hazaña de Bassompierre, bebiendo en los trece cantones. Estaba apenas repuesto de mi chasco, cuando una bolita de miga de pan vino a golpearme la cara. Hice primero, una bastante buena compostura, pero un segundo proyectil vino casi enseguida a reventarme en el ojo. Esta vez yo salté, y debí haber hecho, por lo que me pareció, una mueca bastante grotesca, pues la Asunción se desató en una risa loca que traicionó a la culpable. Mis huéspedes notando mi sorpresa, me invitaron a responder, asegurándome que la bolita era el guión del que se servían para unirse en la mesa las parejas simpáticas. Tal explicación no me dejó decir nada y la acepté gustoso. Nos levantamos al fin; los hombres envolvieron un poco de tabaco en hojas de maíz y lanzaban nubes de humo, a dar envidia; las mujeres echadas en una hamaca que unía en diagonal las extremidades de la pieza, cantaron romances acompañándose con una guitarra, y la velada se terminó con zamacueca que ellas ejecutaron, a mi pedido, con una desenvoltura

enteramente peruana.

Bajo el régimen español, en el tiempo de la mayor prosperidad de Lima, los gustos del lujo y del placer en la clase ociosa y opulenta, habían llegado como una fiebre a los últimos rangos de la población; en las mujeres sobre todo, se había vuelto una imperiosa necesidad. Citan, aún hoy en Lima, numerosas fortunas disipadas al soplo de sus caprichos. Las limeñas se glorifican de sus hazañas, como los guerreros del número de sus víctimas. Esas tradiciones de coquetería y de loca prodigalidad no han perdido del todo su imperio. El deseo de [51] agradar, las fantasías costosas y la miseria, entretienen en las bajas clases un comercio de galantería que es favorecido por la libertad de las mujeres y el precioso auxiliar de su traje; los lugares públicos no son los únicos sitios explotados por esas vírgenes locas; ellas se procuran miles de pretextos para entrar en las fondas y ponerse en contacto con los extranjeros, menos accesibles a la desconfianza que los hijos del país, y más fáciles a los arrebatos de amor propio y a la atracción pintoresca de una aventura imprevista. El respeto de la vejez, las alegrías de la familia, que podrían combatir esa extrema liviandad de costumbres, son desgraciadamente desconocidos por las limeñas. Su vida toda exterior, se pasa en los placeres y se termina en medio de una triste indiferencia. Si en una casa un extranjero se levanta con respeto a la llegada de una mujer de edad, no es raro oír a una joven, decirle en un tono ligero: «No se incomode usted, esa es mi mamita». La madre no sufre en absoluto por esta manera de proceder, ella no tiene sino una ambición, la de ver a su hija rodeada y cortejada; también se presta ella de buena gana, a desempeñar el humilde oficio de una sirvienta junto a la niña que no ha sabido educar.

En esa clase, además, las viejas se preocupan poco de llamar la atención. Tan luego que la edad cruel las ha tocado con su dedo implacable, no pudiendo usar accesorios y artificios que da la fortuna para prolongar su juventud más allá de sus límites, ellas abdican valientemente, viven en el fondo de sus casas y se vuelven indiferentes a todo, aun a la muerte y a la miseria. Como esas figuras extras del teatro, se las ve atravesar el escenario en segundo o tercer plano, conversando con ellas mismas, ocupándose en los quehaceres de la casa. Solamente el éxito de sus hijas puede, en la calma de su tumba anticipada, hacer estremecer su corazón de alegría y de juventud, e iluminar su memoria con deslumbrantes recuerdos; a menudo entonces, el auditorio benévolo, al que la intimidad da confianza, se admira de los efluvios apasionados que pueden desprender aún esas hogueras apagadas en apariencia.

A pesar de la cordial acogida que espera al extranjero en todas las casas de Lima, la vida interior y diaria de los habitantes está muy lejos de ofrecer el interés que se liga a las escenas de su vida exterior, sobre todo cuando una fiesta religiosa o un movimiento político, viene a animar los aspectos. Me cansé pues rápidamente de mis estudios sobre el lado íntimo [52] de las costumbres limeñas. Otros espectáculos me atraían, y el recuerdo de las fiestas de la Noche Buena me hacían desear una nueva ocasión de mezclarme en algunas diversiones populares. En Lima felizmente, semejantes ocasiones nunca se hacen esperar, y pude observar pronto, bajo una nueva faz, esa singular civilización peruana, siempre tan seductora para contemplar en sus esplendores como en sus miserias; en la gloria del

pasado, como en las dificultades del presente.

Libro segundo

- I -

Los teatros. Las fiestas populares. Programa. La silla. La lanzada. Catástrofe. El toro ensillado. Riña de gallos. Coliseo

Después de esas tristes calaveradas anárquicas tan comunes en el Perú -Lima, semejante a breñas melancólicas que se llenan de repente de batir de alas y de alegres canciones, bajo un rayo de sol, entre dos chaparrones-; Lima la turbulenta, tomando en provecho el claro que separa dos revoluciones, se dedica con entusiasmo a sus fiestas y a sus espectáculos preferidos. Entonces, en una nube de incienso, sobre una litera de flores, al ruido de repiques, de fanfarrias y del tronar de la artillería, la ola de oro y de esmalte de las procesiones rueda a través de la ciudad; el entusiasmo retumba en la plaza de toros para el espada de renombre; o en el circo para la prima-donna preferida; y locas cabalgatas van a esas fiestas campestres, donde las hijas del sol, relámpagos en los ojos, perlas y rubíes en las sonrisas, cabellera al viento, derraman su ardor en las zamacuecas y en proezas hípicas. Me encontraba en Lima durante uno de esos períodos de calma, en los que la población descansa complacida de las agitaciones políticas en medio de fiestas populares. El Director Supremo de la República, el general Vivanco, personificaba en él, la civilización de su país en lo que ella tiene de más amable. Joven, elegante y de maneras distinguidas, no perdía ninguna ocasión de mostrarse en público y de tomar su parte en las solemnidades y diversiones de toda clase, a las que están convidadas frecuentemente las limeñas. Había pasado, apenas, unos cuantos días en la capital del Perú, cuando comprendí el interés que se liga a esas fiestas populares. Es en ellas donde el carácter nacional, se revela en toda la independencia de sus maneras; y esa vida excepcional debía enseñarme sobre la sociedad, más que la vida diaria. [56]

Una gran fiesta se preparaba en honor de doña Cipriana La Torre de Vivanco, mujer del Director Supremo, que acababa de llegar a Lima. Se anunciaba para esa ocasión una corrida de toros en la Plaza de Acho. La Plaza está situada sobre la ribera derecha del Rímac, cerca de una fresca alameda rodeada por el río, y es allí donde todos los lunes, durante la época de las corridas de toros, se apretuja una muchedumbre ávida. Me prometí no faltar a tan curiosa cita de todas las clases de la sociedad limeña. Algunos días antes de la fiesta, un cortejo deslumbrante y grotesco a la vez había recorrido las calles de Lima: eran toros cargados de guirnalda y seguidos de una banda de muchachos haraposos. Las notabilidades de la Plaza hacían gala, así delante de los pazguatos, y preludiaban sus ejercicios con una cabalgata que recordaba el aparato de los sacrificios paganos, con sus ídolos, sus holocaustos engalanados y sus victimarios. Nunca la Plaza de Acho había recurrido a un despliegue más completo de todos los artificios propios a excitar la curiosidad pública.

El programa, galantemente impreso en papel rosado, y esparcido a profusión por los empresarios, prometía maravillas, y frente a los principales ejercicios, se podía leer, según la usanza peruana una cantidad de pequeños versos, que no carecían de originalidad en su entusiasmo pintoresco. Se juzgará por el siguiente soneto, hasta donde la opera italiana, entonces de moda en Lima, era espiritualmente opuesta a la plaza de toros:

Que otros canten Norma y Julieta,

que canten Belisario y Romeo,
me importan sus arrullos como un rábano
y no gasto una moneda para oírlos.

Yo soy un poeta canallócrata,⁵
canto a los toros y me complazco en ello,
y con orgullo y entusiasmo veo
un espectáculo tan filantrópico y decente.

¡Y ellos lo llaman atroz!... ¡Que tontería...!
Pero que el infortunado Romeo se termine,¹⁰
que acomoden a Marino
y que su mujer, ¡pobre niña!,
sea también víctima de su destino.
No encuentran en eso nada de atroz
y la cosa parece irreprochable.¹⁵

El mismo programa contenía varias estrofas de veinticuatro versos cada una, donde respiraba el más vivo entusiasmo por el general Vivanco y doña Cipriana. El preámbulo destinado a llevar la alabanza del Director Supremo, dará una idea [57] de lo que son en Lima esos poemas de circunstancias, que bajo el velo del anonimato, cubren a menudo a escritores distinguidos del país:

Quiera Dios que pueda,
en versos llenos de miel,
depositar en el papel
sentimientos adecuados,
y de un modo armonioso,
con espíritu elegante,
dar expansión a mi voz
para cantar como cantan
el jilguero o el canario!
Pero yo que lanzo un grito,
que excede en extravagancia,
al primero que se lanza.
Para mí que el do, re, mi,
no difiere del fa, sol,
más que el sol, fa, del do, re, mi.
Yo que aunque poeta,
soy un hombre arriesgado y resuelto,
que anda siempre el saco al hombro

y la navaja en la mano,
yo que... pues chist! El empresario me acosa.
Debo escribir cualquier cosa.
Lo que vale es la intención.

Invocar a las musas ha pasado de moda,
el dios Apolo, el Parnaso, y aún el fogoso Pegaso,
huelen a mohó.
En el siglo diecinueve,
nadie se conmueve
a los relatos mitológicos.
Hoy día la verdadera lógica
es el cum quibus metálico.
El poeta está proscrito
porque en este siglo positivo
no se venden otras obras
que la guía del año o calendario.
(¡Ah! ¡Esta idea me consume
si nadie me leyese!)
Sin embargo, el empresario
a mi lado hace una mueca
y exclama, la mirada en fuego:
-¿Qué importa todo eso a nuestro programa?
Tenéis mil veces razón.
Escribiré cualquier cosa.
Lo que importa es la intención.

El gran día celebrado de antemano con ocurrencias poéticas, amaneció por fin, y la población entera se volcó hacia la alameda, que conduce a la plaza de toros. No quedó en la ciudad sino los gallinazos, pacíficos guardianes de las casas desiertas. La corrida no debía comenzar hasta las dos, pero desde el mediodía, la muchedumbre estorbaba con sus olas apretadas, todas las salidas de los arrabales. En la alameda, donde se respiraba un poco más holgadamente, todos los bancos estaban invadidos por tapadas, que, cansadas sin duda de las emociones de la Plaza, llegaban ahí, solamente para asistir a la entrada de los espectadores. De esa larga guirnalda risueña, turbulenta y florida, se escapaban de vez en cuando, interpelaciones, saludos y ruidosas carcajadas, dirigidos a los caballeros que atravesaban los pasillos; epigramas o graciosos cumplidos, acompañados de la donación de alguna flor significativa en el Selam. Hacia el medio de la alameda, se desembocaba [58] al fin en la Plaza de Acho; delante de un inmenso conjunto de albañilería que servía de recinto al circo, y del que, el gentío obstruía las puertas. Era esa la meta común; ahí pude penetrar no sin muchos golpes de codo, dados y recibidos, para ir a sentarme en el palco donde algunos amigos puntuales y prudentes, me habían guardado un sitio.

El extraño espectáculo al que iba a asistir, debía distinguirse por una fisonomía enteramente peruana, de combates de toros, tales como se les ha descrito mil veces. Se juzgará por algunos incidentes característicos, los únicos que quiero anotar aquí, de la fiesta dada en la Plaza de Acho.

El circo, más notable por sus dimensiones que por su arquitectura, puede contener más de veinte mil personas. Se conoce la disposición de esos teatros populares de España y de los países españoles. Alrededor de la arena, una fila de oscuros palcos, por encima de un muro de albañilería, por encima del cual los espadas o los capeadores de a pie pueden saltar, en caso de persecución peligrosa, para escapar del toro furioso; más arriba, las gradas que se levantan en anfiteatro, hasta los palcos. En medio del circo, un grupo de columnitas, soportan un pabellón morisco llamado «templador», refugio de los extras del combate; en fin, al lado del toril, tres puertas: una destinada a los toros, la otra al guardián, y la del medio, la mayor, a los actores de la lucha. He ahí cuál era la disposición de la Plaza de Acho, disposición cuyo principal mérito era el agrupar al público en un orden de lo más pintoresco. Nada puede dar una idea del deslumbrante espectáculo que ofrecía ese vasto anfiteatro, el día que el presidente Vivanco y su esposa debían asistir a la presentación solemne, tan pomposamente anunciada en las calles de Lima. Desde nuestra llegada fuimos deslumbrados por el brillo del sol, por el movimiento de esa multitud cuyas orbes multicolores y móviles, iban ensanchándose en las gradas contiguas a la arena hasta las alturas del circo, semejantes a las fantásticas creaciones de un gigantesco caleidoscopio. ¿Cómo dar una idea de esa batahola turbulenta en la que se apretujaban todos los vestidos del Perú, desde la elegante saya de las limeñas, hasta el simple traje de las mujeres del campo o de las pequeñas ciudades vecinas, a las que un gran sombrero de paja florido y encintado, sombreaba el rostro bruñido por el sol? ¿Cómo dar una idea, sobre todo, del rumor confuso que llegaba a nuestros oídos, mezclando en un extraño contraste las quejas con las carcajadas, las imprecaciones con los silbidos, y dominado de [59] tiempo en tiempo por el extraño grito de los vendedores de dulces y cigarrillos? Pero de repente, un gran silencio sigue a todo ese bullicio; las fanfarrias han anunciado la llegada del Director Supremo. El presidente Vivanco ha entrado con su mujer y los oficiales de su séquito, de gran gala, a un palco magníficamente tendido de terciopelo carmesí. Una detonación resonó en el templador, cuya veleta fue puesta en movimiento por un cohete que lanza silbidos de culebra amedrentada bajo la luz sin rival del sol. Es la señal de la fiesta. La puerta de la arena se abre y entonces se suceden en el orden acostumbrado, todos los episodios sangrientos o bufos prometidos a la curiosidad de los aficionados limeños. Primero, es el personal del coso que desfila ordenadamente; seis caballos engalanados, de patas delgadas, de brusco y vivo andar, están enganchados en un bastidor guarnecido de correas y de ganchos destinados a arrastrar a sus víctimas. Tras ellos vienen cuatro capeadores a caballo, dos capeadores a pie, tres rejoneadores, tres espadas, tres puntas(8), y el cortejo está completo. Casi todos estos personajes llevan saco y pantalón de terciopelo verde botella y el cinturón rojo sangre de buey; y el sombrero negro, de anchos bordes, como los carniceros de ciertas provincias de Francia. Se inclinan delante del Director Supremo, y se retiran luego; como un levantar de telón, un batallón de cazadores (el glorioso batallón de cazadores, dice el programa) viene a ejecutar una serie de inocentes maniobras cuyo orden y precisión no quitan, desgraciadamente, el soberano fastidio. Tanto, que el público impaciente

reclama a grandes gritos a los toros, y el glorioso batallón, a una señal del intendente de policía, hace su retirada en medio de una gritería ensordecedora. Terminada la comedia, comienza el drama.

Las primeras corridas, reprodujeron sin gran originalidad, todos los incidentes ordinarios. Maniqués derribados, haciendo salir entre los cuernos del salvaje agresor, piezas de artificio, cuyos ardientes mordiscos lo exasperan; caballos destripados, jinetes perseguidos y desviando al animal furioso, a fuerza de destreza y ligereza, en fin, el golpe mortal dado a la bestia por el desjarretador, al ruido de las fanfarrias, la distribución de las recompensas hecha en el acto, todo aquello hubiera [60] podido pasar en España, tan bien como en el Perú. Lo que nos pareció esencialmente marcado con un sello nacional fue las extrañas destrezas que vinieron, aquí y allá, a variar la monotonía un poco clásica del combate. Cito al azar, algunos de esos episodios característicos.

Durante la primera distribución de piastras, un negro, había venido a poner una silla en la arena. Un espada mexicano, debía venir a sentarse ahí, a veinte pasos del toril, a esperar la salida del animal y matarlo sin dejar su asiento.

Pasaron algunos instantes sin que el mexicano apareciera, y un movimiento general anunciaba la impaciencia mezclada de ansiedad, con la que la muchedumbre esperaba su llegada. Por fin, él se presentó, fieramente sobre la arena, como un primer actor delante de las candilejas. Se hizo un prolongado silencio. Una capa roja se enrollaba alrededor de su brazo izquierdo, que, semejante al asa de una urna, se apoyaba sólidamente en su cadera; un pequeño sombrero negro, de bordes redondos, ornado con una cinta de terciopelo y algunas motas de seda, sombreaba su rostro amarillento como el sándalo, donde brillaban miradas de águila. El mejicano parecía en la fuerza de la edad; esbelto y quebrado, avanzaba balanceándose con indiferencia, como un hombre seguro de sí mismo. Después de haber saludado al palco de honor, tomó una espada ancha, apoyó la punta contra una de las columnas del templador, la hizo curvar en uno y otro sentido, como para probar el temple; luego vino a la silla, la examinó y aseguró con un cuidado meticoloso sobre el suelo. Tomada esta precaución, se sentó, el pie derecho adelante, el otro bajo él y fuera de las patas delanteras de la silla. Llevó el busto adelante, empuñó con la mano izquierda colocada hacia atrás, uno de los barrotes del espaldar, posó sobre sus rodillas su mano derecha armada, y, la mirada fija, inmóvil, esperó. Como él, todos los espectadores parecían petrificados. Tal vez el único hombre que estaba tranquilo, era el mismo que causaba tan dolorosa inquietud en la Plaza de Acho. La impasibilidad del mexicano no se desmintió, cuando el toro, de un terrible cabezazo, lanzó, violentamente contra la pared, la puerta que acababan de entreabrir. Vio lanzarse a todo galope, sobre sí, a su terrible adversario, sin parecer más conmovido que un jugador que se prepara a ensartar un aro; sólo su mirada tenía una fijeza pavorosa en el momento en que, bajando la punta de su espada, extendió el brazo, volteando el puño. El toro en su carrera furiosa, llevó el fierro, del [61] que no se veía sino el puño, adornado de una dragona roja. La mano que agarraba la silla, le hacía describir apenas un cuarto de círculo. El hombre no se levantó, sino para evitar un nuevo ataque;

pero el animal estaba tan gravemente herido, que tropezaba a cada paso; doblando las rodillas a la segunda estocada, para esperar el golpe de gracia del desjarretador. Un inmenso «hurra», había saludado esa audaz y brillante estocada; la plaza temblaba aún bajo las trepidaciones, y los pañuelos flotaban sobre las cabezas como la espuma sobre un mar furioso, cuando el mexicano se acercó para recibir la recompensa(9), esta vez bien merecida, tanto que la hicieron doblar y triplicar con voz unánime.

Sin embargo, dos hombres armados de pesados mazos golpeaban ya, con golpes repetidos, sobre una estaca cuadrada de la cual las tres cuartas partes desaparecieron luego bajo tierra. En cuanto juzgaron que la estaca podía ofrecer un punto de apoyo de gran resistencia, cesaron de golpear. Un zambo vino entonces, y depositó en la arena un tronco desnudo, que, de doce a quince pies de largo, iba angostándose como un cirio, del extremo más ancho al otro, en el que se encajaba un fierro acerado. Esta pica enorme y pesada, era lo que el programa llamaba la lanzada. El zambo la echó sobre la arena, la base apoyada contra la estaca, la punta volteada hacia la puerta del toril; luego, arrodillándose y tomando la maza con las dos manos, levantó la extremidad aguda de manera de abrir un ángulo con la tierra, del cual, él levantaba o bajaba a voluntad el lado móvil, como lo hubiera hecho con la rama de un compás. Después de haberse familiarizado, así, con su instrumento, se levantó, quitose el poncho, tiró su sombrero de paja a diez pasos tras él, y echó sobre su espalda y alrededor de su brazo derecho, para no molestar en nada sus movimientos, la capa roja del matador. Seguíamos con interés esos preparativos: era fácil comprender lo que iba a pasar, y temíamos por el toro; pero uno de nuestros vecinos nos explicó que si por desgracia, tal lanzada era mal dirigida, el hombre estaba perdido.

El momento había llegado, los cobres enmudecieron, un [62] silencio inquieto y solemne descendió de nuevo en el recinto. El zambo puso su rodilla en tierra, hizo la señal de la cruz, levantó la punta de la lanzada poco más o menos a la altura de la papada de un toro ordinario, e hizo señas de abrir el toril. De repente un cabezazo hizo caer la puerta y el toro, atormentado, aguijoneando, furioso hasta la rabia, corrió con una rapidez loca hasta el hombre de la capa roja; pero fue detenido en su carrera fulminante, por el fierro de la lanzada, que penetrándole a la altura de la axila, con un ruido siniestro que no pudimos oír sin estremecernos, vino, desgarrando el cuero, rompiendo los nervios y los huesos a su paso, a salir hacia los riñones. El choque fue tan terrible que el animal, retrocediendo varios pasos, arrastró con él ese árbol que le atravesaba como un asador. Su cuarto posterior se sostenía apenas sobre sus patas bamboleantes: quedó algunos instantes atontado, inundado de sudor y tiritando; se veía pasar bajo sus ojos, color lapislázuli, vagos tonos de ópalo; abrió la boca para bramar pero no dejó oír sino un ronquido supremo, vomitando un flujo de sangre negra; luego cayó pesadamente sobre la arena, para no levantarse más.

Esta vez el entusiasmo de la concurrencia, ya no conoció límites; pataleaban, vociferaban; los pañuelos y los sombreros chicoteaban el aire. No estaba aún repuesto de la penosa impresión que me había causado ese último ejercicio, cuando otra emoción vino a suceder a la que me agitaba. Un grupo de imprudentes curiosos, entre los que se encontraban los pobres

cazadores, cuyas maniobras habían servido de preludio a la corrida, había escalado el techo que cubría una parte de la Plaza, frágil muralla de yeso que no pudo resistir mucho tiempo a la presión de esa masa humana y acabó por dañarse, arrastrando en su caída a las infelices víctimas de un exceso de curiosidad. El grito de temblor se elevó al instante; el pavor de los temblores pesa siempre como una triste amenaza sobre las diversiones de los limeños. La alarma felizmente, no tenía nada de seria. Disipada la primera sorpresa, comenzaron a recobrase; la calma se restableció en la parte de la Plaza que había quedado intacta; sólo el teatro del siniestro conservaba una fisonomía llena de dolorosa agitación. El mal, por grande que pudo ser, estaba sin embargo lejos del nivel de la impresión sentida; veinte o treinta pies del techo se habían hundido, primero con lentitud, dejando rodar sobre la pared una avalancha humana. Entre los curiosos así precipitados, un pequeño número había recibido sangrientas heridas; la mayor [63] parte, agarrados a las cañas y fierros, habían bajado, más que caído, sobre los espectadores de las gradas, quienes creyéndose casi ahogados, habían lanzado gritos lamentables. Gracias a la rapidez con que los socorrieron, se llegó a restablecer el orden; los heridos fueron transportados fuera del coso; los espectadores asustados se tranquilizaron, y millares de voces se pusieron luego a gritar: «Que siga la fiesta», «Siga la fiesta», acompañando ese coro formidable con un tronar de pataleos. Hubiera sido tal vez imprudente resistir a la voluntad de esa muchedumbre exaltada hasta la furia: el Presidente, que iba a retirarse, cedió al pedido general. Salió, pero dando la orden de continuar la fiesta. Pronto se olvidó el deplorable intermedio y la corrida recuperó su entusiasmo. Se produjeron algunas proezas de un nuevo estilo, destinadas a sostener y reanimar el interés. Se vio por ejemplo, a un niño de siete años manejar un caballo impetuoso, y, con la habilidad y sangre fría de un capeador consumado, evitar varias veces a un toro furioso. Fue remplazado luego, por un joven colombiano, que se aventó sobre un toro ensillado de antemano y suelto en la arena. El rostro del extranjero, en el momento en que se sentaba en la silla, era de color cobre; pero las fantasías gimnásticas a las que se entregó incontenible, su salvaje e indómita montura, los saltos terribles y los bruscos quites que lo empujaban como si hubiera estado sentado sobre resortes violentos; le hicieron luego pasar del naranja al escarlata, y del escarlata al púrpura. Sobre todo cuando se prendió fuego a un artificio fijo a los cuernos del animal, éste, espantado por los cohetes, se meneó con tanta rabia, que para resistir esa equitación fogosa, brusca, desigual, desordenada, era necesario, seguramente, que el colombiano tuviera músculos de acero en un cuerpo de caucho. En el momento culminante de ese ejercicio endiablado, como el jinete lanzaba a manos llenas, flores que sacaba de una canasta, se volteó hacia nosotros y creímos que vomitaba sangre: era una enorme dalia que acababa de ponerse entre los labios. Su canasta una vez vacía, la cambió por una guitarra de la que hacía vibrar las cuerdas; y coronó sus excentricidades, picando con destreza, a pesar de las dificultades de la situación, una banderilla de fuego en un segundo toro, que hacía su entrada en escena.

Dos hombres fueron gravemente heridos, varios caballos fueron puestos fuera de combate, y trece toros agonizaron bajo nuestros ojos. Cuando

abandonamos la plaza, el día declinaba, y faltaban aún tres víctimas para la hecatombe de dieciséis [64] toros prometidos en el programa(10). Regresé por las calles de la ciudad, agotado y presa de mil emociones; todo aparecía rojo ante mi vista deslumbrada, mis oídos, estaban llenos de rumores. Creía ver fulgores sangrientos, vagar por las fachadas doradas por el sol poniente; me parecía que el Rímac nunca había sacudido con más rabia los guijarros de su lecho; pero, llegado a mi cuarto, bajo el golpe de una neuralgia violenta, sentí que ese deslumbramiento y esos ruidos del día, estaban en mí. Toda la noche sentí, sin tregua, la formidable algarazara de la Plaza, en medio de rayos y torrentes.

Las riñas de gallos, comparten con las corridas de toros el privilegio de atraer a la población limeña. Sin embargo la casa de gallos, nos ha parecido, particularmente frecuentada por las clases últimas de la sociedad. Sus aficionados son cholos, zambos y negros, que vienen a buscar, más que otra cosa las emociones del juego, porque rápidamente se cansan de las de la pelea. Un público en el que se cuentan tres ponchos por un traje, y diez caras de color por un rostro blanco, llena frecuentemente el recinto, encantador circo pequeño, con gradas y galerías. Algunas tapadas con sangre mezclada, se destacan, aquí y allá, sobre las bancas superiores. Un árbitro, imparcial como Minos, reglamenta las apuestas y juzga los casos difíciles. Cualquiera individuo tiene el derecho de presentar un gallo, sobre el que funda sus esperanzas. Los empresarios le ponen un adversario criado en el establecimiento. Todo esto, en presencia de los apostadores. Luego que se ha puesto una pareja de futuros atletas a la vista de la concurrencia, cada cual se esfuerza para designar al campeón, al que confía su fortuna. Durante esos aturdidores preliminares, no es raro ver negros sórdidos que sacan del bolsillo de un pantalón roto, un brillante puñado de onzas que puede ser considerado como el producto de una hazaña sobre la ruta del Callao. Al fin, las apuestas se cierran: dos hombres sostienen los gallos armados para la lucha, es decir con la navaja amarrada al espolón; se les hace picotearse mutuamente, lo que no tarda en ponerlos furiosos. Apenas están parados en la arena, se atacan con rabia, raspando el suelo; las plumas erizadas, los ojos sangrientos como rubíes, el ala arrastrada como un broquel, hasta el suelo. El primer choque es terrible: [65] cada picada hace volar una nube de plumas; la sangre brota bajo las navajas de acero. A veces, extenuados, se detienen, luego regresan al combate con una furia que parece excitar los epítetos y las exhortaciones de la galería. Uno de los gallos, cae por fin sobre el flanco: el vencedor se aproxima entonces, clava el espolón sobre el cadáver, endereza furiosamente la cabeza, echa sobre la concurrencia una insolente mirada, y, soberbio como un héroe de la Iliada, lanza un grito de victoria.

Es un singular contraste el de los espectáculos favoritos de los limeños, con la dulzura que es peculiar de su carácter. A pesar de la ausencia casi completa de policía, nada es tan raro como un asesinato en la capital del Perú. Los robos a mano armada sobre los grandes caminos y las raterías en las ciudades, son los únicos delitos que se tienen que reprimir ahí con alguna frecuencia. Los terribles espectáculos de las corridas son pues, para el peruano, mucho más una escuela de audacia, sangre fría y destreza, que una enseñanza de insensibilidad. Nuestros

teatros, donde a menudo se presentan bajo una forma atrayente, las más culpables teorías, han despertado instintos criminales que por mucho tiempo aún, quedarán desconocidas para los aficionados de la Plaza de Acho y de la Casa de Gallos.

Además, la población de Lima no es extraña a regocijos más refinados que los de esas representaciones febriles. Sigámosla al Coliseo. Es un edificio que no tiene ninguna apariencia exterior. Se entra por una pequeña puerta abierta en una pared de yeso, coronada de noche por un farol; enseguida se atraviesa un patio, se sube una gradería que llega a alguna abertura practicada en una pesada albañilería en forma de horno de cal. Se atraviesa un corredor bastante mal alumbrado, pero lo suficientemente ancho para resguardar un vestido negro de las frociones (sic) calizas de las paredes, y se encuentra uno en la sala. Es de forma ovoide y el proscenio, en su mayor diámetro, es perfectamente visible desde los rincones más extremos: su disposición está muy bien hecha; su decoración muy conveniente. La platea estaba dividida en asientos, medio siglo antes de que hayan introducido esa innovación en los teatros de Francia. Las dos hileras de palcos, cada uno de los cuales puede contener ocho personas, están colocadas sobre un mismo plano vertical y por consiguiente en plena luz. El palco del presidente, vecino al escenario, ocupa una tercera parte del lado derecho de la primera galería, está cubierto de terciopelo carmesí con franjas doradas. El escudo de la ciudad que es de azur, con tres coronas [66] de oro, rematadas por una estrella radiante, se destaca en el frente del telón; luego a la derecha y a la izquierda, se lee sobre carteles, en gruesas mayúsculas negras: «NO SE FUMA AQUÍ», pero esa inscripción no parece colocada ahí sino para recordar a los espectadores, durante los intermedios, sus costumbres favoritas. Asimismo, tan luego cae el telón, cada cual se apresura a encender su mechero. Una compañía nacional y otra italiana, aparecen una después de otra, en el escenario del coliseo. Nuestros dramas y zarzuelas francesas no se presentan ahí sino doblemente alterados: por infidelidad de los traductores y la incapacidad de los actores. En cuanto a los sainetes que sirven de intermedio a obras más serias, no han tenido nunca para nosotros encanto ni atracción. Son casi siempre, farsas salpicadas de sal gruesa y llenas de situaciones anticuadas, de bufonadas pesadas, y cuyo personal heterodoxo se compone de maridos engañados, pegados y contentos; de ancianos estúpidos, libertinos y ladrones de escalantes y de gananciosas devotas y azotadas; de hijos pródigos y forajidos ingeniándose de mil maneras para forzar el arca paterna. Esos burlescos héroes se mueven con muchas muecas y carcajadas que encuentran eco entre la gente de medio pelo del auditorio. Asistiendo a esas representaciones que son, a lo más, dignas de entretener a los mirones boquiabiertos delante de los entablados de una barraca de feria, sentimos por todo ese espíritu pagado al contado, que, derrochado cada día por escritores llenos de verba en los periódicos, condimentaría convenientemente sainetes, en los que las costumbres peruanas podrían por cierto, ofrecer temas picantes y originales. Las líricas (es así como llaman en Lima a las cantatrices italianas) son las únicas que tienen el don de hacer afluir al coliseo una muchedumbre escogida que viene de buena fe a oír la ópera con toda atención. Una orquesta pasable, coros mediocres donde una docena de muchachos (esa edad

no tiene piedad), destrozan a cual mejor las más suaves concepciones; dos hábiles cantatrices, algunos cantantes celosos, tales son los principales elementos de éxito en la ópera italiana. La instalación de ese espectáculo, hoy en día en plena boga, puso al principio en conmoción a todas las conciencias timoratas de la capital del Perú. Sus dudas no persistieron después del éxito de la primera representación. La curiosidad, esa maga todopoderosa sobre el espíritu femenino, abrió a dos hojas las puertas del teatro; desde entonces el público elegante afluyó ahí, y durante nuestra estadía en Lima ese entusiasmo alcanzaba su mayor ardor. Pasamos más de una noche agradable en el coliseo. Si nuestro dilettantismo tuvo [67] a veces que sufrir, encontramos algunas compensaciones en las distracciones que nos brindaba el personal de la sala. Lo mejor de la sociedad ocupaba los palcos; y las mujeres se presentaban con el rostro descubierto, vestidas a la francesa con un esmero lleno de gusto y de distinción. En cada compartimiento se abría un risueño ramillete de graciosos rostros a los que prestaba un encanto particular el arreglo original y raro de una cabellera rubia o negra, torturada de mil maneras; cada limeña se peina más o menos a su modo y consultando en eso, mucho más al provecho de su fisonomía, que a las exigencias de la moda. En la sala del coliseo, a las presentaciones de las líricas, no se advertía una mujer entre doce a la que se pudiera negar sin severidad el epíteto de bonita.

El Coliseo es sobre todo la cita de la aristocracia: los limeños de origen español. Es en las fiestas populares donde se encuentran a los indios, a los mestizos y los negros, de los que nos queda por hablar, para completar en todo lo que está a nuestro alcance, este estudio de la sociedad peruana. [68]

- II -

La gente de medio pelo. Balsas. Soldados y rabonas. Los Amancaes

Por una de esas anomalías comunes a ciertos estados democráticos del Nuevo Mundo, existen en el Perú, a pesar de la Constitución igualitaria, fuertes diferencias entre las razas que componen la sociedad. El menosprecio del criollo blanco para el de piel cobriza y el odio del indio para el hombre de sangre azul, eran la tradición fundamental de la conquista; más tarde, los negros importados al país para ser diseminados en las haciendas de grandes propietarios, vinieron a agregar nuevos y más sólidos fermentos de menosprecio, a los ya existentes, y la fusión de esas razas dio lugar a un tropel de clases y castas, todas animadas entre sí por una antipatía virulenta, que no es el menor elemento de desorden al que parece entregada la república del Perú.

Son esas diferentes categorías de gentes de color, que los descendientes de los conquistadores, envuelven con desdén en esa calificación: gentes de medio pelo.

No pretendo describir las costumbres de la gente de medio pelo, ni de los negros, no habiendo estado en el caso de estudiar tan seriamente su vida íntima; pero ensayaré el hacer compartir al lector la impresión que he recibido de sus extrañas costumbres, cuando me fue dado encontrarlos en

los diferentes escenarios de sus trabajos y diversiones.

Entre la gente de medio pelo, se distingue sobre todo, el cholo, hijo del indio y del blanco; y el zambo, hijo del indio y del negro, en diferentes grados. El primero es de talla pequeña, su faz es algunas veces amarilla como el sándalo o bermeja como la naranja. Ojos un poco rasgados, una frente estrecha, [69] pómulos muy salientes, cabellos tiesos y negros, componen un conjunto muy poco agradable; pero la fisonomía del cholo lleva impresa una especie de melancolía misteriosa, que, en las mujeres, sobre todo, se convierte en seducción. Estas últimas están lejos de tener el orgullo y la vehemencia de las criollas blancas; su fisonomía de color sándalo, donde se abren dos ojos de un negro azabache, ligeramente levantados en los extremos, refleja la timidez, la resignación, y esa extraña expresión vagamente inquieta que no traiciona recuerdos dolorosos o presentimientos funestos. La dulzura y la indolencia, son los principales rasgos del carácter cholo. El zambo es a menudo vigoroso y de talla alta; sus cabellos crespos bajan sobre una frente estrecha, donde brillan ojos vivos e inteligentes; entre sus labios gruesos, siempre entreabiertos, se destacan dientes blancos y bien alineados, su fisonomía nada tiene de simpática, es expresiva y animada, a menudo también es dura y burlona. En cuanto a las mujeres zambas, su frente estrecha cubierta por una cabellera rebelde, a pesar de la solicitud de sus madres, quienes la trenzan en mil cuerdecillas, por no poder sujetarla en otra forma más elegante, y que desde su tierna infancia la levantan con esfuerzo, a fin de aumentar una línea a su frente estrecha que denuncia la sangre africana; su mirada provocadora; su boca sensual, su nariz de ventanas móviles: todo en las mujeres respira la pasión, en lo que tiene de impetuoso y bárbaro.

Desde la conquista del Perú, la raza blanca, casi no se ha alejado de la costa, y es la que puebla las ciudades del litoral. Las gentes de color, viven en la Sierra, donde son mineros, pastores, agricultores y algunas veces, tejedores. Los cholos se ocupan principalmente de la conducción de las mulas y llamas que transportan las mercaderías extranjeras y los géneros a través del país. Existen también, aquí y allá, en algunas caletas perdidas en la costa, algunas pobres aldeas cuya mísera población vive de la pesca, se ocupa, si hay ocasión, del embarque y desembarque de mercaderías y se prestan con gusto, el resto de su tiempo, a ciertas operaciones de contrabando. Pero, es la embarcación, la condición necesaria para todas esas ocupaciones; y no se encuentra en el litoral del Perú madera necesaria para construir una simple piragua. Los indios, se han visto así, obligados a recurrir a un medio de navegación muy primitivo y que será usado mucho tiempo aún, en el país: es el de las balsas. Varias pieles de vacas marinas, cosidas unas a las otras, forman vastos odres que se inflan luego, con aire, por medio [70] de una tripa, que se tuerce enseguida, para evitar el escape del aire introducido. Cada odre, semeja entonces a un cono, cuyas extremidades terminan bruscamente en punta. Una balsa está hecha por dos de esos conos, unidos por su punta, para abrir fácilmente las olas, y soportan una especie de piso triangular de lata, cubierto con pieles o esteras toscas. El indio que la conduce, está armado con un remo de dos palas; sentado en el ángulo agudo del piso, golpea vivamente el agua, a la derecha y a la izquierda, o imprime a la

balsa un rápido impulso en sentido contrario. Las balsas soportan pesos considerables, y su poco calado, les permite atravesar la resaca sin dificultad. Melancólicamente acurrucados en una de esas embarcaciones, de color rojo cobre, se me presentaron por primera vez los cholos del Perú. Nuestra nave había anclado a algunos cables de Iquique, donde debíamos pasar un día, y en mi impaciencia por bajar a tierra, me confié a esos extraños barqueros, que me depositaron sobre la ribera, más seco de lo que esperaba.

Iquique es un pequeño puerto peruano, situado al sur de Lima; la ciudad, sentada sobre una arena gris y fina, se destacaba apenas sobre el fondo ceniciento de los altos cerros que bordean el horizonte, hacia el este. Hacía un calor tórrido, y todo el paisaje parecía temblar, como si estuviese separado de mí, por un velo incandescente; también el guano que cubre con su manto de nieve las rocas negras de la ribera, formaba con esas tierras calcinadas un singular contraste. Esa especie de ciudades del litoral, dice claramente lo que deben ser las aldeas indias, medio enterradas en la arena, a los pies de las áridas gradas de la Cordillera, y separadas de las tierras fértiles, por veinte o cuarenta leguas de desierto.

La ciudad de Iquique estaba sumida en el estupor; un movimiento militar, había tenido lugar, y la rebelión había llevado a todos los hombres aptos para llevar armas. Una media docena de cholos, que un jefe de partido, desembarcado la víspera, había comprado a su causa, tenía su guarnición ahí.

El ejército peruano está compuesto, casi enteramente por gente de color, que la «leva», forma de reclutamiento militar usada en el país, reúne, a falta de noble vocación, en forma imprevista, bajo las banderas. Ahí reciben un sueldo, si no fantástico, al menos muy regular, un equipo miserable, y son sometidos a un régimen alimenticio, que sólo su sobriedad puede [71] aguantar. Las mujeres de los nuevos enrolados, llevando sus hijos y sus utensilios domésticos, los siguen entonces a sus guarniciones, y aún a sus campañas de guerra. Así, la mancha de un ejército peruano, tiene todo el aspecto de esas tribus primitivas que van en busca de un nuevo territorio. Esas mujeres de los regimientos, esas rabonas, como las llaman en el Perú, agarran a los soldados con lazos que a pesar de ser ilegítimos, no son por eso menos sólidos; ellas soportan sus brutalidades, comparten sus fatigas y sus miserias, sin repartir a veces la comida que han preparado, después de haberla conseguido a duras penas. La escolta de las rabonas ya es una garantía contra la desertión. Un soldado que puede llevar con él a la mujer querida, no está atormentado por el deseo de reunirsele. Desafortunadamente las dulzuras que aportan a la vida del campo, la compañía de las rabonas, no disminuye siempre el disgusto del soldado por el triste oficio que le imponen. También el ejército peruano, cuenta en sus filas con un buen número de individuos prontos a desertar en la primera ocasión. Un día de batalla, es sobre todo, favorable a sus designios. Luego que la fusilería se abre al lado del cañón como de costumbre el desorden se levanta en esas bandas indisciplinadas. Los partidos enemigos se reúnen, el tumulto y la confusión aumenta, y sirven a maravilla a los fugitivos que se desembarazan de sus armas y de sus municiones y regresan a sus antiguas costumbres. Particularmente, en esos

encuentros de guerra civil, se ve el espíritu militar conformarse con las pacíficas maneras del carácter nacional. El olor de la pólvora, casi no excita a los peruanos, y la heroica fiereza de la que hablan sus boletines, no los lleva nunca muy lejos. Muy diferentes a los pueblos adelantados, se preocupan mediocrementemente de fertilizar sus surcos con la sangre de sus enemigos; el guano les parece un abono infinitamente preferible. El campo de batalla pertenece, de ordinario, al partido que tiene la audaz curiosidad de avanzar para ver si acaso los tiros han dado en el vacío. La animosidad de los combatientes, no es muy seria. Saben además que sirven de instrumento a ambiciones mezquinas o a odios de atolondrados, para arriesgar sus vidas en esas locas calaveradas. La acción no es casi nunca mortal. Una batalla en la que una docena de soldados muerden el polvo, hace entonar las fanfarrias más triunfantes, al partido vencedor; luego fraternizan con los vencidos, quienes siempre vienen a aumentar sus filas. Esto, lo repito, es cuestión de las luchas civiles, tan frecuentes en el Perú. Las gentes de color que se mostraron valientes, incansables y sobrias, durante las gloriosas luchas [72] de la Independencia, volverán a mostrar esas virtudes del soldado, poniéndolas al servicio de una causa verdaderamente nacional.

Si se quiere captar bajo un aspecto más curioso el carácter de las gentes de medio pelo, es preciso buscarlas en las fiestas campestres. El abandono y la apatía que le son habituales, no se resisten a los platos condimentados, las bebidas fermentadas o espirituosas y al impulso de los bailes peruanos. Por el influjo de estos diversos incidentes, su fisonomía triste y resignada, cobra una expresión de alegría casi salvaje. Una fiesta celebrada en Lima, la de los Amancaes -el Longchamps de las gentes de color- puede más que nada, hacer apreciar esa transformación.

Como Longchamps, el lugar en que se reúnen tiene también una leyenda: un ermitaño murió ahí en olor de santidad; y al principio, era a su tumba adonde la multitud iba en peregrinación. Hoy, nadie piensa en el ermitaño, y el pretexto piadoso de la reunión ha sido reemplazado por un pretexto pastoral, más falaz todavía. Hacia la fiesta de San Juan, las montañas áridas que rodean Lima, se cubren de una rica cosecha de flores de un amarillo oro, como si los tesoros de la tierra surgiesen a su superficie. Esta flor, a la que denominan amancaes ha dado su nombre a la fiesta. La turba se traslada, para cogerla, hacia un punto de la montaña en que de ordinario crece en gran abundancia. Para llegar a ella, hay que atravesar una llanura cubierta de tiendas y de ranchos, de los que se escapa, mezclado al concierto burbujeante de las pailas y las cacerolas, el son de las guitarras y de los tambores. Cholos, zambos y negros, se detienen en la llanura. Ahí dan pábulo a sus robustos apetitos y se entregan a las coreografías más extravagantes. Sobre todo los negros, desnaturalizan las danzas graciosas y sentimentales del Perú, introduciendo en ellas las posturas grotescas y los impulsos desordenados de sus bamboulas africanas. Más tarde, la turbulenta zarabanda se dispersa por las colinas para coger los amancaes; después, a la caída del sol, toda esa población, afiebrada por los excesos del día, sube a caballo; las mujeres, pierna aquí, pierna allá, al uso del país, descubriendo hasta la rodilla, el molde irreprochable de su media de seda espejeante. Hay que ver entonces a zambas y a cholitas, ebrias de zamacueca y aguardiente de Pisco, la frente

bañada de sudor, los cabellos sueltos, las narices dilatadas, hundir la espuela en los flancos de sus caballos, [73] para hacerlos cabriolar o volver bruscamente sobre ellos mismos para no atropellar a un peatón, y después, lanzarlos de nuevo y pasar como el vértigo, a través de una multitud, donde cien caballos, obedeciendo a voluntades diferentes, atestiguan con sus maniobras inofensivas la habilidad de los que los dirigen.

Cuando, a la puesta del sol, los jinetes de ambos sexos entran en la ciudad, rivalizando en proezas de equitación, los gozosos peregrinos, exhiben ufanamente el botín que han recogido sobre los cerros.

Los amancaes decoran los «ojales», se enredan en corona a los sombreros, se difunden en todas las manos, en gavillas de oro; y la ruidosa corte, que parece llevar la librea de la primavera, se desenvuelve y desfila, la canción o el estallido de risa en los labios, por la alameda, entre dos filas de curiosos reunidos para asistir a ese pintoresco desfile. [74]

- III -

La alameda vieja. La Perricholi. Las cofradías de esclavos. La versión del Génesis

La alameda vieja, que las gentes de color llenan así, de animación jovial el día de los Amancaes, está aún, palpitando de recuerdos de una cholita que fue comedante de talento, favorita de un Virrey y que es célebre en Lima con el nombre de la Perricholi. La casa en que habitaba, situada a la entrada del paseo, se distingue por una encantadora galería morisca, calada en su parte superior, como esas ramas de abanico recortadas en «sacabocado». Cerca de la casa, y dominando la muralla elegantemente dentellada de un vasto recinto, se percibe, semejante a un arco de triunfo, una especie de pórtico cargado de ornamentaciones de estuco y unido a una serie de arcadas. Ese monumento construido bajo el virreinato de Amat debía ser continuado con una alberca para el baño de mujeres. Tubos dispuestos con arte, debían conducir el agua de un depósito vecino, hacia diferentes puntos de la arquitectura, de donde cayendo en cascadas, vendría a llenar esa vasta piscina. Esa bella obra, conocida por el nombre de los baños de la Perricholi, no pudo ser terminada bajo el virreinato de Amat, y su sucesor, siguiendo una costumbre bien conocida entre los virreyes del Perú, se cuidó muy bien de no terminar una obra de la que no tuvo idea, y que pudo contribuir a la gloria de uno de sus predecesores.

Algunas palabras acerca de la Perricholi, esa peruana, la más popular después de Santa Rosa, encuentra naturalmente su lugar, entre los rasgos de la gente de medio pelo.

La infancia de Mariquita Villegas -ese era su nombre de pila- está perdida entre las nubes que envuelven ordinariamente los comienzos de una vida bohemia. Se sabe solamente que apareció en los escenarios del Coliseo, hacia 1760, en todo [75] el radiante esplendor de su juventud, de su belleza y de su talento, y que el público la rodeó con su embriagante idolatría. El virrey de esa época -uno de los que más han contribuido a la

magnificencia de Lima- don Antonio de Amat, que a pesar de su madurez avanzada, tenía una de esas almas de artista, fatalmente atada a una imperecedera juventud, vio a la bella Mariquita y sintió derretirse en los ardores tropicales de sus pupilas, los hielos de su edad, y depositó a sus pies su corazón, sus tesoros, y su orgullo de hidalgo. Mariquita, como buena limeña, tomó todo lo que se le ofrecía, y llenó la ciudad de los Reyes con su fausto insolente y con sus locas prodigalidades. Celosa de vengar en la persona del mayor dignatario del estado, el menosprecio y los insultos con que el orgullo español empapaba a los de su casta, cada favor se convertía en el precio de sus más caprichosas exigencias. Una noche, obligó a su real amante a bajar con el más simple de los vestidos (una camisa), hacia la Plaza Mayor, a sacar agua de la fuente -la única que en ese momento, podía aplacar su sed-. Otra vez, sospechando entre los besos, que sus mulas favoritas no habían tenido sus provisiones acostumbradas, se erizó, de pronto, de feroces resistencias virtuosas e igualmente esta vez, Amat tuvo que ir a las caballerizas del Palacio, para controlar el servicio de los palafreneros... Fue sin duda después de uno de esos fastidiosos paseos nocturnos, cuando el Virrey expresó su despecho bajo ese breve y injurioso epíteto: «Perra».

Pero la encantadora hubiera convertido el fierro en oro: aproximándose, la injuria se convirtió en un diminuto, y fue pronunciado con una tierna eufonía que le quitó toda su acidez; desde entonces, no fue otra cosa, que una de esas cariñosas tonterías metafóricas del enamorado a solas. Frecuentemente empleado por Amat, ella pasó de la alcoba a la antecámara que la puso en circulación; la ciudad la adoptó y es bajo el apodo de Perricholi que Mariquita conserva aún hoy en día, su popularidad. Las fantasías todopoderosas de la favorita, tuvieron sin embargo, nobles y generosos móviles: ella alivió gran número de infortunios; guió la clemencia de su amante hacia condenados que merecían esa atención; y obtuvo también la gracia de un condenado en el momento en que sobre el lugar de la ejecución, iba a sufrir su pena. Pero el demonio del orgullo, reponiéndole en el corazón, esa insaciable necesidad de brillo y ostentación, tan comunes a sus semejantes, ella se señalaba por nuevas excentricidades, en las que se convertía en cómplice, aquél que ella envolvía con una red de seducciones. Al aproximarse una [76] festividad en la que el Virrey, los grandes del Estado, y toda la nobleza española debían presentarse en una comitiva y ostentar ahí los esplendores de su lujo; una triunfante idea atravesó el cerebro de la Perricholi. Se le ofrecía una vez más, la ocasión de hacer sangrar el amor propio tan quisquilloso de los conquistadores de su país, tomando la delantera sobre ellos durante la próxima ceremonia. Incontinentemente, ella puso pues, en práctica junto al virrey, sus requiebros más irresistibles para obtener el favor de subir a su calesa. Pero su capricho, era esta vez, retumbante. Hizo bulla, y fue en la nobleza, un grito de indignación general. Una mestiza, una cholita, una hija de ese pueblo miserable, iba a tener la preferencia sobre la noble raza de sangre azul! Antes de sufrir semejante afrenta se hubieran quemado en auto de fe, blasones y pergaminos. Todo conspiró contra la Perricholi. La Inquisición misma, se asegura, se conmovió en su antro, y se ocupó del asunto de tal manera que el Virrey, inquieto, tuvo que disuadir a su voluntariosa querida. Ésta aceptó

transigir, pero con la condición de que ella asistiría a la ceremonia en una elegante calesa la que sería regalada para esa circunstancia. El asunto concluido, ella recibió la calesa, y cuando llegó el gran día, se pavoneó arrogante de lujo y de belleza, entre los rangos aristocráticos; pero cuando regresaba a su casa, llena aún de las diversas emociones de la fiesta, fue detenida, al voltear una calle, por un sacerdote que, precedido por una campanilla y seguido por una muchedumbre recogida, iba llevando el Viático a un moribundo. Una resolución súbita, se apodera de esa alma versátil; despide su coche y sigue a pie el lúgubre cortejo, se arrodilla con él, en el umbral del agonizante, y, toda avergonzada del contraste que esa humilde escena religiosa acababa de poner a su lujo de pecadora, ofrece al día siguiente su calesa a la iglesia, para que se la utilice en las salidas del Viático. El sentimiento cristiano que de tiempo en tiempo se despertaba, como se ve, en el alma de la Perricholi, debía luego, invadirla enteramente. ¿Fue ella tocada de improviso por la gracia? No se sabe, pero cuando le quedaba por desgranar en el seno de las voluptuosidades profanas, buen número de años aún en flor, se la vio abdicar de sus triunfos, vivir piadosamente en retiro, consagrar una fortuna, fruto de sus culpables debilidades, a obras de caridad. Este fin ejemplar atenuó los errores de su vida. Murió en 1812, en la pequeña casa de la alameda vieja, cubierta de bendiciones, llevando sentimientos unánimes, y dejando recuerdos gratos en el pueblo limeño. [77]

Para terminar con las últimas categorías de la población del Perú, nos queda por hablar de la raza africana, que se multiplica, de una manera considerable. Aquí, como en todas partes, la naturaleza parece haber tratado a los negros como verdadera madrastra, negándoles dones físicos, y no concediéndoles los de la inteligencia, sino con una extrema parsimonia. Son siempre las mismas caballerías lanudas, las mismas narices aplastadas, las mismas bocas toscas y avanzadas en hocico. Sin embargo, lejos de haberse viciado, todo anuncia que su raza se ha fortalecido en el suelo de su esclavitud. Casi todas las negras criollas, son más robustas que sus madres africanas. Desde el punto de vista moral, la suma de sus virtudes no equilibra la de sus vicios. Cuanto más libres son, más crueles, vengativos, ladrones y perezosos se muestran. Por el contrario, los que habitan en las ciudades, y viven bajo la mirada del amo, se vuelven siempre afables, honrados y fieles. Esos cambios se deben sin duda a la mansedumbre con la que los peruanos, en general, tratan a sus esclavos. En ese sentido, sus ancestros andaluces, les han legado tradiciones de suavidad y humanidad, que sacaron ellos de la larga estadía de los moros en el sur de España; ellas se han perpetuado tanto en la generación actual, que sorprende encontrar en la vida íntima de ciertas familias, conexiones de amo a esclavo que se remontan, por los árabes a los tiempos primitivos del Génesis. Una casa limeña, no es en cierto modo, sino la tienda de Abraham o de Jacob solidificada. Se ve ahí, a los hijos de Bilha y de Zilpa, sirvientas de Lia y Raquel, recibir poco más o menos la misma educación que los hijos legítimos. La ley tampoco ha quedado atrás de las costumbres, ella protege al servidor contra la tiranía del amo y le da el derecho, sea de rescatarse directamente, sea de buscar un adquirente para su persona. El plazo en que debe proveerse, es de tres días; pasado ese plazo, sufre nuevamente la autoridad de su amo legal. Esta ley tan sabia,

ha dado lugar a asambleas de esclavos llamadas cofradías. Son especies de clubs donde los negros se reúnen, más a menudo por grupos de la misma nacionalidad, y forman por medio de cotizaciones voluntarias, un peculio destinado a sostener la agrupación y asegurar a cada uno de sus miembros el libre ejercicio de la facultad que les reconoce la ley. Si un negro se subleva contra inicuos tratamientos, se presenta a la Cofradía, donde expone sus agravios, y si no es lo bastante feliz para encontrar por sus propios medios, o por las diligencias de sus consocios, un nuevo amo, es raro que el tesorero común, no pueda proporcionarle [78] la suma necesaria para su rescate. Se vuelve entonces, esclavo de la Cofradía, hasta que pueda liberarse de ella.

Si la sociedad blanca en el Perú ha conservado la marca de las costumbres de la madre patria; la de los africanos es también, ahí, muy original. Uno puede convencerse visitando las cofradías en día domingo. Durante ese día, dedicado al descanso por la religión, los esclavos aprovechan las horas de ocio que les deja el amo para borrar de su mente las tristezas y los fastidios de la vida real y dedicarse por entero a los recuerdos y a los sueños ilusorios. Volviendo a ocupar entonces el rango que ocupaba en su patria antes que traicionados por la suerte de las armas, o víctimas de algún drama en el que el amor ha representado un terrible papel, vinieran a expiar en tierra extranjera unos, su derrota, otros sus dulces latrocinios; y se vuelven quien emperador, quien rey, quien príncipe, o grande de tal o cual clase. Frescos groseramente pintados en las paredes de los patios, atestiguan, solos, durante seis días de la semana, las glorias del monarca. Sus batallas, sus cazas, sus aventuras galantes están ahí reproducidas por un pincel, que a la verdad, no tiene nada del toque de los Vouvermans, de los Vandez-Mulen o de los Vernet, pero que atestiguan suficientemente, cuán caprichosa es la fortuna en la repartición de sus favores; y, sobre todo cuán vanas y efímeras son las grandezas humanas. En esas cofradías, que reúnen miembros de diversas naciones africanas, el interés está a menudo encadenado a relatos extraños, maravillosos y originales. El sabio Mandingue, viajero, el hombre caucásico del África, revelará, por ejemplo, versiones olvidadas o inéditas del Corán o de la Biblia. Un día que me había dejado llevar por este espíritu de curiosidad, un viejo moabita sin duda, me contó de esta manera la dispersión de los hijos de Noé, del cual él hacía un hombre de la raza negra, y padre del género humano. Por consiguiente el primer hombre nació negro. Fueron tres sus hijos, quienes eran negros como su padre. El patriarca, viendo llegado su fin, reunió a su progenitura y dijo: «Hijos, mi vida toca a su término y pronto estaremos separados; la hora es pues llegada de revelarles el maravilloso poder de una cisterna que acabo de abrir. Aquél de ustedes que se sumerja en ella deberá salir de allí completamente transformado. Están desde este momento libres de hacer la experiencia». Los tres hermanos se consultaron y el mayor, Cam probablemente, se decidió a vivir bajo la misma forma y con la misma ropa que su padre. Sem imitó el ejemplo de su hermano mayor; pero Jafet, quien ya sentía fermentar en [79] su pecho la audacia que transmitiría a sus descendientes se sumergió resueltamente en la cisterna milagrosa. La metamorfosis fue inmediata; reapareció ante los ojos atónitos de sus hermanos, bajo la forma de un bello adolescente caucásico. Un dúo de

recriminaciones se elevó al instante contra Noé, durante las cuales, las aguas empezaron a disminuir con una extraña rapidez. Sem, entonces se repuso y dejando a Cam discutir sólo por su parte, bajó a su turno hacia el agua casi agotada, tomó un puñado del limo húmedo y se frotó todo el cuerpo. Esta simple loción bastó para cambiar en ocre el negro de ébano de su piel. Viendo eso Cam, interrumpiendo su queja, se precipitó de un salto sobre los pies y las manos, al fondo de la cisterna, y se consumió en esfuerzos por beber una gota del agua mirífica. Dolor, ¡la tierra secó bajo sus apretones y sólo las plantas de sus pies, las palmas de sus manos y sus gruesos labios retuvieron el color tan envidiado de Jafet! «¡Padre bárbaro!», gritó en su lengua, «no podías decírmelo a mí, tu primogénito, ¿qué virtud ocultaba esa agua y qué ventajas resultaría para mí con su contacto? ¿Cómo viviré ahora al lado de mis hermanos para quienes voy a ser un objeto de desdén?». Así Cam exhalaba su dolor, que parecía recrudecerse cada vez que su mirada lastimosa se detenía sobre la escasa superficie que la humedad de la tierra acababa de blanquear. Las entrañas paternas se conmovieron y Noé dijo aún: «Vas a ser nuevamente el árbitro de tu destino; Dios me dio el poder de distribuir entre ustedes tres dones, a saber: la riqueza, la independencia y el genio, te dejo escoger como a mi primogénito». ¡Ay! ¿quién se ofuscó de nuevo?; fue el pobre Cam que escogió el oro; Sem la independencia y Jafet unió a sus bellas formas el genio que le permitió dominar a sus mayores. No es esta una original paráfrasis de ese versículo de la Escritura, que después de la maldición de Cam, dice: «Que Dios atraiga con dulzura a Jafet, que abrigue en el tabernáculo a Sem y que Cam sea su servidor». [80]

- IV -

Los conventos. San Francisco. El milagro. La Madona de Guápulo. San Pedro. El museo. Tumbas indias. La Huaca de Trujillo

Desde las sangrientas exhibiciones de la Plaza de Acho hasta las alegres fiestas de Amancaes, las fiestas populares de Lima, nos habían permitido observar a la sociedad peruana en toda la extraña movilidad de sus gustos; pero si por ventura nos mezclamos activamente en esas tumultuosas diversiones a pleno sol, y en todo el polvo, sobre todo en la época en que el viento del sur -rozando con su ala las arenas candentes del desierto- pasa como un aliento de hoguera, llega al fin un día en el que se siente una irresistible necesidad de reposo, y en el que se busca el encanto voluptuoso de la sombra, del silencio y del frescor, en los únicos lugares de donde nunca desertan: en los vastos conventos de la ciudad.

¡Cuántas veces he pedido a los claustros de San Francisco un refugio contra las agitaciones populares, un abrigo contra los voraces ardores del sol y el olvido de esa existencia vagabunda que hoy día me parece tan llena de encantos! Allí, mi ensueño se revistió con frecuencia con el atractivo indecible de los felices recuerdos del país natal que evocaba entonces, y que encontré después, insípidos y descoloridos, porque es verdad que nuestro espíritu inquieto, aspira sin tregua a lejanos horizontes y que el rayo de oro del ideal no enciende con sus mágicos

fulgores sino los recuerdos del pasado o las esperanzas del porvenir. Sumido en esa inefable melancolía, que un ilustre escritor llama: «la tristeza de la felicidad» -he pasado muchas horas encantadoras, en ese dédalo de galerías, en esos recintos donde las aguas brotan de las fuentes de bronce, donde los árboles y las flores de los dos hemisferios crecen en desorden y dan a los alrededores, su sombra y su perfume-. No trataré [81] de hacer compartir impresiones que se relacionan sin duda, a una disposición particular de mi espíritu; no quiero tampoco conducir al lector por las cien casas religiosas de la ciudad; haré, pues, una elección entre mis apuntes y me limitaré a hacerles conocer las iglesias y los monasterios que con más particularidad atestiguan el antiguo esplendor de la capital del Perú.

Los edificios religiosos de Lima fueron construídos bajo los diferentes géneros del Renacimiento; pero el estilo morisco se mezclaba siempre, más o menos, a su composición y esa arquitectura híbrida fue aún alterada más tarde por los trabajos de reparaciones que siguieron a los temblores. Las iglesias tienen casi todas dos campanarios ligados a una fachada de la que el frontis, en segmento de círculo, corona la entrada principal. La Catedral, la Caridad y la Antigua Inquisición ofrecen el espécimen más ordinario de los monumentos religiosos de la América española. A menudo, un embadurnado multicolor de matices vivos, los cubre por entero. Otros conservan su color natural y su aspecto no difiere entonces de nuestras construcciones. La piedra, sin embargo, sólo es empleada entre los materiales de construcción en los lugares donde es indispensable. Armaduras y carrizos forman el esqueleto de esas altas murallas que, gracias a su extrema ligereza y a la íntima ligazón de sus partes, puede resistir victoriosamente -algunas veces- las terribles sacudidas de la tierra. La ornamentación de las fachadas es frecuentemente complicada, el estuco con que son revestidos, se prestan más que las piedras, desde luego, a las caprichosas fantasías del decorador: así, son molduras imitadas del arte antiguo, guirnaldas, florones, cabezas aladas, estatuitas; en ciertos sitios, el estuco trabajado en bajo relieve, como ciertas madréporas y muchos anillos vermiculados, entorpecen las columnas; todo eso constituye un conjunto un tanto recargado, sin ser por eso desagradable a la vista.

El convento de San Francisco posee una iglesia, dos capillas y varios claustros construídos unos en el estilo morisco, otros en el Renacimiento. Tan espacioso es que podría construirse una ciudad en su recinto. La fachada de la iglesia principal es un conjunto de estatuitas y de molduras cuyo aspecto general bastante pesado, sin ser por eso desagradable a la vista: el interior no contiene más obras preciosas que los tallados del coro situado sobre la puerta de entrada. Uno de los altares tiene esta particularidad: todas las figuras del retablo son [82] negras. Los negros tienen, por eso, al altar una gran veneración porque ellos dicen que arrodillados en sus gradas no tienen que temer la parcialidad del santo encargado de transmitir sus oraciones al Padre Eterno. La más rica de las capillas, si se toma en cuenta la cantidad de ornamentos y no la calidad, es la que llaman del Milagro. Por todas partes no son sino cristales colgados de las bóvedas, flores, cintas, adornos metálicos, jaulas de filigrana de plata llena de canarios y otros pájaros cantores, todos,

objetos sin gran valor, pero que sin embargo causan a primera vista cierto deslumbramiento. Esa capilla fue llamada del Milagro porque la madona de piedra que ornaba su fachada, y que con las manos juntas rezaba desde hace un siglo por los vivos, dio vuelta alrededor de sí misma durante el temblor del 16 de noviembre de 1630, extendió hacia el altar sus manos suplicantes y pareció conjurar la cólera del Señor pidiendo su misericordia para la ciudad. Un país tan fecundo en temblores como el Perú debía ser campo inagotable de milagros y de leyendas maravillosas. Entre esas tradiciones populares hay una que es consagrada por una singular costumbre. Quito, una de las ciudades más importantes del Virreinato; habiendo sido arruinada por un temblor, sin que la aldea vecina de Guápulo hubiese sufrido con la sacudida, se perdieron en conjeturas sobre la causa de esa preservación milagrosa. De repente, con esa espontaneidad eléctrica que se revela a menudo en las masas, y de la que se busca en vano el secreto, la voz popular atribuyó la salvación de Guápulo a la influencia de una Virgen de esa aldea. Peregrinos, oraciones, ofrendas abundaron enseguida en su iglesia; se instituyeron fiestas en su nombre y se decidió que se celebraran en Quito, que durarían ocho días por año, y que la Virgen, llevada en procesión hasta la catedral de la ciudad, quedaría ahí expuesta durante los ocho días designados para la fiesta, para el homenaje de los fieles. No es eso todo. Era necesario que el cortejo desplegara una pompa, una magnificencia insólita. Para llegar a ese punto, se pensó en la guarnición de la ciudad, en la banda militar y en los medios que tenían a su disposición pero era necesario un permiso especial del Rey; sólo la fiesta del Corpus había tenido hasta entonces el privilegio de aumentar su brillo con el concurso de la fuerza armada. Los habitantes de Quito dirigieron una solicitud al Escorial. La concesión real fue inmediata y completa: el rey católico, no solamente concedió a los quiteños lo que solicitaban, sino que también confirmó a la Virgen de Guápulo, el grado de Capitán General de sus ejércitos. Ese título, que ella [83] compartía con el Virrey, le daba la facultad de gozar de los honores, de los privilegios y tratamientos acordados a su grado, durante los ocho días que pasaría en Quito. En la época de las fiestas, la Virgen, que se encontraba naturalmente en servicio, llevaba el uniforme de Capitán General, se mostraba en público, vestida con traje recamado, los talones armados de espuela, la frente sombreada por un tricornio engalanado de oro con la escarapela de los colores españoles. El Niño Jesús participaba de los honores concedidos a su Madre: vestía, poco más o menos, el mismo uniforme, la cabeza cubierta con la gorra militar estaba a su lado, la espada en mano, durante la procesión, cumpliendo el oficio de ayuda de cámara.

Tomaba gustoso al convento de San Francisco, como meta de mis paseos matinales; buscaba ahí un refugio contra las agitaciones de la ciudad y un abrigo contra los tropicales ardores del sol. ¡Cuántas horas encantadoras he pasado en ese Dédalo de galerías, en esos inmensos claustros que ocultan sombras llenas de frescor, de perfumes y de murmullos! Sobre todo, lo que me atraía al convento de San Francisco era uno de los recintos interiores, que conserva casi intacto el carácter de su antigua magnificencia. Dos hileras de galerías superpuestas encuadran ese patio transformado en jardín inglés y dominado por los dos pesados campanarios

gemelos de la iglesia. El interior del claustro está cubierto de azulejos en los cuales, los más ingeniosos arabescos entrelazan sus meandros multicolores; los cielos rasos se componen de una infinidad de compartimientos separados por molduras; todo el conjunto está arreglado con un gusto perfecto. Una serie de cuadros sacados de la vida de San Francisco, adornan la parte superior de las galerías, que desembocan en corredores extrañamente alumbrados o se pierden en misteriosas profundidades. Una reja de madera torneada, cierra las arcadas de la parte inferior y pone el jardín al resguardo de las depredaciones de los jóvenes novicios y del vandalismo de los empleados subalternos. Al centro de esa esmeralda de verduras, brota, desde un surtidor de bronce de tres pisos, un chorro de agua que, orgulloso aún en su decadencia, como un hidalgo del buen tiempo, anhela sobrepasar desde la fuente, a cuatro grandes cipreses, sus vecinos. En los ángulos del jardín, cuatro chorros de agua más pequeños, sollozan tristemente bajo las sombras. El genio familiar de ese pequeño mundo, era, en la época de mi estada en Lima, un anciano tan dulce y tan inofensivo, como se puede ser, cuando se ha pasado toda la vida entre tan inocentes cosas. Ese buen hombre, llamado [84] Martín, me había tomado cariño porque pintaba estampas y yo debía a ese afecto mis libres entradas al jardín. Aprovechaba ampliamente del permiso que me era concedido. El buen anciano se complacía en enseñarme todas las riquezas de su humilde imperio: el suche de flores amarillas o rosadas, el melocotón, el aroma, de perfumes penetrantes, el floripondio, cuyos anchos cálices blancos derraman torrentes de fragancias. Los nombres españoles, con los que él bautizaba a las flores, sus hijas muy queridas, no me impedían reconocer en sus anchas macetas, a los claveles, las balsaminas, el tomillo, el toronjil, las malvas de olor, la flor de sol, tan querida de los incas, y las rosas sobre todo que hacen pensar en la dolorosa exclamación del poeta Quintana:

«¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!»

Era cerca del Chorro de agua de San Francisco, bajo una mata de jazmín, cuyas estrellas blancas llenaban el aire de suaves emanaciones, que me gustaba sentarme, en un viejo sillón donde se han sentado, en la flor de la vida, monjes, que más tarde, habían descansado ahí, su decrepitud centenaria. El susurro de las aguas se mezclaba a mi alrededor, al canto de los pájaros y algunas veces, a las armonías lejanas del órgano, mientras que mi pensamiento retornaba con un encanto melancólico hacia el país natal y hacia los queridos ausentes.

La primera vez que visité el convento de San Francisco; habiéndome casi perdido en el dédalo de las galerías, subía por una escalera oscura, cuando apercibí, parado sobre las gradas superiores y colocado como para cerrarme el paso, un monje grande, encapuchado y vestido con un hábito azul. Una lumbrera echaba un vivo rayo de luz sobre su rostro huesudo y lívido y lo iluminaba de una manera tan sepulcral, que se podía pensar que había desertado de una tela de Zurbarán. Iba sin embargo a proseguir mi ascensión, cuando de repente el franciscano se puso a hacerme gestos y muecas. A cada uno de ellos, yo bajaba una grada temiendo tener que vérmelas con un loco, o al menos con un maniático. No era nada de eso; ese extraño personaje era simplemente masón, quien esperando encontrar en mí un hermano, ensayaba esos gestos, para provocar en mí un reconocimiento.

Una vez desengañado de su esperanza, se ofreció para dirigirme en mi paseo a través de los [85] claustros, lo que yo me apresuré a aceptar. Me hizo visitar, en el fondo del convento una capilla oscura y severa; pinturas de bastante dimensión y mediocres en su mayor parte, ocupaban su círculo. Llamaban a esa capilla, de los Ejercicios, porque se parece a un lugar especialmente visitado por los limeños que quieren, durante el año, consagrar un tiempo al retiro y a los ejercicios religiosos. Las celdas puestas a la disposición de los penitentes voluntarios, tiene un mobiliario uniforme que se compone de una cama de cincha, una mesa y una silla. En la cabecera de la cama se encuentra un crucifijo de madera; sobre la mesa, una calavera cubierta de inscripciones: cada penitente deposita ahí el grito de dolor, o el agradecimiento de su más constante pensamiento. Durante la cuaresma, esas celdas están ordinariamente habitadas; entonces, en ciertas horas, tienen lugar oraciones, seguidas de flagelaciones, que llenando los claustros de gemidos y de clamores, autorizarían casi, a tomar en serio el papel de las correas y de las disciplinas. Entramos después en un recinto sombreado, cuyas paredes están cubiertas de frescos groseros, que representan monjes de faz terrosa y descarnada; la mayor parte de ellos, tienen entre sus dedos tiosos, que parecen -por lo aterrados que se presentan- revelarles, con la expresión burlona que les es particular, los terribles misterios de la otra vida.

Este recinto conducía al Panteón del convento. Para penetrar ahí, tuvimos que atravesar un gallinero, donde todo un enjambre de gallinas, palomas y gallinetas amedrentadas, volaban a diestra y siniestra, rasguñando los muros y achicoteándonos con sus alas. El Panteón es un rectángulo cuyo centro está ocupado por un elegante pabellón octogonal, que es el osario. Los muros espesos como los de una ciudadela, están agujereados por una cantidad de pequeños nichos uniformes y simétricos, donde se introducía primero la cabeza, y como en una vaina, el monje difunto vestido con los hábitos de su orden. Varios de esos nichos habían sido abiertos, no sé con qué fin. Se podía ver ahí, saliendo de una tela en harapos, y grises, como espesas telas de araña, piernas de esqueletos que aún conservaban una envoltura de piel disecada.

Los franciscanos tenían el privilegio exclusivo de vender el hábito de su orden a los moribundos de Lima. Éstos, esperaban, con la ayuda de ese santo disfraz, burlar la vigilancia del celeste portero y conquistar con la astucia, a falta de medios más legítimos, un sitio en el Paraíso. Hace algunos años, esta venta, [86] constituía, para el convento, una fuente de recursos, tanto más seria, puesto que el hábito mortuario se pagaba en relación a la fortuna del adquirente. Pero eso, nunca se titubeaba en ser magnífico, cuando se trataba de «hacer heredar a sus almas». Era la expresión consagrada. Hay que decirlo, para loa de las órdenes religiosas, que si los abusos a los cuales ellos deben su prosperidad, van extinguiéndose, día a día; las buenas tradiciones, se conservan ahí, a pesar de la miseria. Aquí, por ejemplo, se distribuye varias veces por semana víveres, para los indigentes y ciertos pobres vergonzantes, que son siempre admitidos en el refectorio, donde comparten la modesta comida de los monjes.

San Pedro es notable, sobre todo por sus altares: ellos están espléndidamente dorados y recargados de esculturas. Su retablo se compone

de columnas gemelas, torneadas, alrededor de las cuales serpentean, se enroscan, se entrecruzan, pámpanos, yedras y festones, que dejan suspensas, semejantes a estalactitas de oro, zarcillo, flores, racimos de frutas y campanillas abiertas. Uno de esos altares ha conservado el color de su madera, se le considera como una obra maestra de la carpintería. Los muros y pilares de esa iglesia desaparecen bajo una cantidad de marcos dorados y esculpidos, de todas las dimensiones que contienen pinturas mediocres por lo general, pero que además, no pueden ser seriamente apreciadas, unas por la falta de luz, otras a causa de la sombra espesa del barniz escamado que las cubre. A lo largo de la nave, banderolas de telas livianas y de diferentes colores, colgando de la bóveda, entrecruzan simétricamente sus festones y se elevan o bajan al menor soplo del aire. A la entrada de la sacristía, se nota un cuadro de Aníbal Carrache, representando a San Felipe de Neri, en éxtasis delante de la Trinidad; el santo está sostenido por un ángel abandonado en un claroscuro, del más maravilloso efecto. Más lejos, un obispo, copiado de una pintura veneciana atribuida a Veronese. Una Santa Gertrudis y una Santa Teresa, en bastante mal estado, pero notables sobre todo por la manera como fueron comprendidas y expresadas las individualidades de las dos santas, nos parecen obras de valor.

Esta iglesia pertenece al convento de San Felipe de Neri y se comunica con su claustro principal. Éste es pequeño, sus arcadas son de quincha y sus muros están revestidos con la capa de cal, cuyo espesor confirma el grado de silicitud (sic) concedida a los monumentos. Jarrones de arcilla llenos de claveles y de albahaca separan las arcadas de la galería inferior. El centro [87] del patio está ocupado por un manojito de verduras, de donde se lanzan los pistilos de cristal de una gavilla de agua, que derrama su rocío o sus alrededores.

El convento, considerado demasiado vasto, ha sido separado en dos partes, de las cuales una, actualmente dedicada al museo y a la biblioteca de la ciudad, se abre hacia la calle de los Estudios. El museo no contiene cuadros sino los retratos, de pie, de los virreyes del Perú y de los generales marchando a la guerra de la Independencia. Los virreyes forman una serie de cuarenta y cuatro pinturas de la misma dimensión, y que no tienen ningún valor artístico. El retrato de Abascal, es sin embargo superior a los demás; todo hace creer que se debe al pincel de algún artista ligado a la expedición de La Condamine. Si los primeros gobernadores del Perú, hubieran posado delante de algún pintor aborigen, testigo de las terribles escenas de la conquista, su pincel emotivo, seguramente no hubiera añadido nada a esas expresiones feroces e inflexibles de sus fisonomías. Esos rostros aceitunados o descoloridos, esas miradas severas o preocupadas, esas narices como picos de aves de rapiña; esos labios delgados, esos vestidos negros dan a la mayoría de ellos todo el inquietante aspecto del tirano o del inquisidor de melodrama. La cabeza de Pizarro, sobre todo, es el ideal de ese género. ¡Qué energía y qué siniestros misterios debía de encerrar el alma de semejante cabeza! Los treinta y tres primeros virreyes están casi uniformemente vestidos de negro. Sólo el príncipe de Esquilache en traje de guerra y dos o tres obispos en birrete y muceta, rompen esa monotonía; pero el marqués de Villa García, llegado de España con todas las modas de

la corte de Luis XIV que bajo Felipe V acababa de atravesar los Pirineos, ostenta en su cuadro un espléndido ropaje recamado de bordados. Sus sucesores, rivalizando con él en lujo y elegancia, parecen haber abandonado al mismo tiempo que el traje, el semblante rudo de sus antecesores; tienen rostros frescos y dulces, que revelan costumbres más apacibles y más civilizadas. Un Cristóbal Colón -bello y honrado rostro imberbe- en el que se abren las rosas de la prosperidad; lo que no está nada en relación con la idea que nos habíamos hecho del célebre genovés; dos retratos poco agradables, uno de Bolívar y otro de San Martín, completan esa galería de cuadros, consagrada a los hombres que han desempeñado algún papel importante en la vida del Perú.

El único interés del museo, reside en un grupo de objetos [88] extraídos de las Huacas: son figulinas de oro y plata, diversos utensilios, frecuentemente de los mismos metales, ornamentos y joyas, tales como collares y pulseras, anillos y finas cosas de oro que servían de zarcillos; discos y medallas que colocaban en la boca de los cadáveres, sin duda para pagar ciertos derechos percibidos en la otra vida. Los jarros de formas extrañas y uso misterioso, existen en gran número y dan una idea completa de la cerámica india. Algunos de esos jarros de un verde oscuro como el bronce, representan un animal de la especie de los zarigüeya; otros no difieren en color, con nuestra cerámica, pero su forma es la de una cesta tapada, de la cual la tapa estaría adornada con arabescos rojos; generalmente, ellas están provistas de un tubo largo y puntiagudo que puede servir de pito. Un personaje grotesco e indecente, está a veces aplicado al jarro. Se ven bien dos potes esféricos, adornados con relieves groseros y comunicados entre sí por un pequeño tubo. Esos diferentes modelos, tienen una abertura estrecha y la introducción de los líquidos en ellos, va casi siempre acompañada de un ruido que varía según la forma del jarro: unos están hechos en forma de imitar alegres carcajadas; otros una particular lamentación en uso durante los funerales indios -según se asegura-. En fin, los hay en los que no se podría introducir una sola gota de líquido, lo que hace completamente enigmático su uso. Cerca de esos diferentes objetos, se ven, cubiertos por vitrinas, los cuerpos de sus antiguos dueños, tales como fueron inhumados, es decir acurrucados, apoyando sus codos sobre sus rodillas y cogiendo entre sus manos encrespadas semejantes a garras, una cabeza que los siglos aún no han despojado de su cabellera espesa y áspera, que, rebelde a su venda, cae y se desparrama sobre una faz agestada y horrorosa. Esos cadáveres conservan aún su piel amarillenta, arrugada en mil pliegues, ahuecada, desgarrada como un ropaje en harapos; están cubiertos por una tela teñida de escarlata que ha resistido a la estadía destructora del sepulcro. Aún se encuentran, a veces, en las huacas, objetos de valor, jarros llenos de pedazos de oro, lo cual autoriza a creer, que las excavaciones que se hicieran, dirigidas con habilidad, no quedarían estériles. Son semejantes hallazgos, los que prestan todo su encanto a esas tradiciones de tesoros enterrados con los muertos; ellas son muy numerosas, pero una de las más curiosas, se remonta a fines del siglo dieciséis y dice así:

«Un español sin patrimonio que se expatrió para venir a buscar fortuna al Perú, desembarcó en un pequeño puerto vecino a Trujillo, donde tuvo que ser acogido -en circunstancias [89] de las que el historiador no

hace mención- por un cacique indio, padre de una única hija. Esa cordial hospitalidad, aún arraigada en las costumbres del país, fue el principio de una amistad que iba estrechando cada día más con los cuidados afectuosos y los servicios recíprocamente prestados. En resumen, el español se enamoró de la hija del jefe, la desposó y vivió cerca de sus suegros durante varios años sin que una sola nube viniera a alterar sus relaciones. El indio, sintiéndose enfermo, llamó un día a su yerno: «Hijo mío», le dijo, «tú me has hecho el mayor honor que puede hacer a un indio, un hombre de sangre azul. Tú has desposado a mi hija querida; además, te has mostrado para ella lleno de solicitud y abnegación y te debo la alegría de mis últimos años. La hora de la recompensa ha llegado: mi hija va a darte una dote digna de ti». Luego, llamando a su hija, pronunció en voz baja algunas palabras. Ésta fue entonces hacia su marido, le tomó por la mano, le condujo sobre un montículo de la vecindad y le indicó un punto de la tierra en el que debía cavar. Él, al punto, se puso a la obra, y encontró una huaca conteniendo una cantidad tan grande de oro como para hacer ascender a diez mil onzas, más o menos, el quinto que la ley ordenaba depositar en el Tesoro Real de Trujillo. El primer cuidado del español hecho rico, fue el de librar del diezmo real mediante una fuerte suma, a los habitantes del pobre caserío donde vivía; generoso comienzo que llenó de alegría el corazón del viejo cacique, haciéndole comprender que un cambio tan brusco de fortuna, no tendría ninguna influencia perniciosa en las cualidades de su yerno. El tiempo justificó esa opinión; el español sembraba beneficios a su alrededor y prodigaba a su bienhechor los cuidados de la más viva gratitud. Por segunda vez el cacique cayó enfermo y sintiendo aproximarse la muerte llamó de nuevo a su yerno y con voz casi apagada, le hizo esta confidencia de las Mil y Una Noches: «Un hombre como tú, podría, sin inconveniente, poseer los tesoros de la tierra; que antes de morir voy a hacerte más rico que el Rey de España: ya te indiqué una preciosa huaca, pero sé de otras que sobrepasan el valor al rescate de Atahualpa. Mi padre, que trabajó bajo nuestros antiguos reyes, me reveló, al enterrarlo, el sitio donde se encuentra y me he asegurado por ciertas señales, que jamás un grano de la arena que lo cubre ha sido movido por la mano del hombre. Tú lo encontrarás...».

La magnitud de la revelación que iba a hacer, impresionó tan vivamente al viejo cacique, que su lengua se paralizó; su [90] rostro tomó entonces la expresión del desesperado; en vano hizo un esfuerzo supremo para continuar, la voz expiró en sus labios con sonidos confusos; cayó en su lecho y entregó su alma. Nadie desde entonces, ha descubierto la huaca de la que él quería hablar; se perdieron en conjeturas de toda clase; se intentaron excavaciones en una colina de arena, que, vecina a Trujillo, parece ser obra de los hombres; pero los trabajos dirigidos sin inteligencia se vieron paralizados por los hundimientos. Llegará tal vez un día, en el que un desconocido ciudadano de la República, descubra de un golpe la fortuna de un imperio. [91]

Rugendas. La escalera de la vida

Otro convento de Lima, Santo Domingo, me ofrecía también un curioso tema de estudio. La vida religiosa en el Perú, se muestra bajo un aspecto menos conocido, tal vez, en la influencia que ha ejercido sobre el arte nacional. Ese convento posee varios patios, cuyo centro está ocupado por una fuente de bronce; todos están rodeados por dos hileras superpuestas de claustros con arcadas cimbradas. Sólo el primero de esos claustros, es decir el que está próximo a la iglesia, es conservado con cuidado. Sus muros están guarnecidos de azulejos coloreados, representando temas religiosos y arabescos; su cielo raso de cedro, está compuesto de compartimentos simétricos, en los cuales, rosetones elegantemente esculpidos centellean aún, radiantes en su vestido de oro, sobre un firmamento de ultramar, que ha resistido menos, los efectos del tiempo. Algunos frescos groseros y simbólicos están esparcidos sobre los muros o colocados por encima de las puertas, para indicar la clase de ocupación a la que se dedicaban en las diferentes salas: así, un libro devorado por las llamas, recuerda que la orden religiosa de Santo Domingo estaba encargada especialmente de espiar la heterodoxia de las obras introducidas durante el Virreinato, a fin de destruirlas, pues la Inquisición castigaba severamente, no sólo a los detentadores de libros prohibidos, sino también a las personas que sospechando su existencia en el poder de cualquier particular, retrocedía delante de una delación. Se encuentran también frescos con un sentido enigmático como éste: un perro ladra a una llama encendida cerca de un jarro derribado, por encima del cual se escapa un dragón verde en forma de raqueta. ¿Ese fuego, no simbolizaría la fe, irguiéndose serena y victoriosa, a pesar de los esfuerzos de sus enemigos?

[92]

La iglesia de Santo Domingo pertenece a la orden más rica de la ciudad y está adornada a profusión. El altar de Nuestra Señora del Rosario era hasta hace pocos años, una maravilla. Los metales preciosos cumplían el oficio del mármol y de la madera. Candelabros de plata de seis pies de altura, lámparas colgadas por medio de cadenas macizas, flores en abundancia, cirios y lustres, espesura de cera y cristales, donde, en una jaula, en filigrana, cantaban canarios y jilgueros; querubines de plata llevando en su puño antorchas embalsamadas; tales eran los ricos accesorios del altar. En su parte superior, en una especie de capilla misteriosamente aclarada por la media luz que filtra un transparente, aparece la Virgen vestida como una princesa de los cuentos orientales, arrastrando olas de brocado y de encajes dorados, llevando en la frente una corona de brillantes y sosteniendo en la mano un rosario de perlas del más bello oriente. Esa imagen de la Virgen, era cada día vestida con un traje distinto; pero para la fiesta de la Asunción, se ostentaba todas las riquezas de su vestuario y de su cofre; entonces, las luces que se podían contar por millares, las pastillas de incienso de aloes, las gomas perfumadas del Perú, incandescentes sin tregua, llenaban el espacio con sus vapores a través de los cuales, esa orfebrería y esas joyas entrevistas, parecían tomar proporciones fabulosas. Pero el esplendor de las solemnidades religiosas va apagándose con las rentas de los conventos y Nuestra Señora del Rosario que durante todo el año no lleva nunca dos días seguidos el mismo traje, se muestra con vestidos cuyo largo uso ha

empañado su brillo. Las otras imágenes de santos, están también revestidas con telas antiguas bordadas de oro. Su fealdad desagradable, aumenta aún más, con la aplicación de una barba hirsuta y una cabellera postiza, cuyos mechones largos y tiesos caen en desorden. Todas están dotadas de fisonomías que cansan las miradas, por lo bien que reproducen ellas, esa expresión agestada, particular de las máscaras de cartón pintado y barnizado, en uso durante el carnaval. Si el santo ha sufrido el martirio, se vuelve horroroso pues su suplicio no dejaría de ser reproducido con esa realidad brutal que caracteriza el arte español. Así se ve a la derecha del altar mayor, apoyado contra una pilastra de la nave, un San Pedro, en cuyo cráneo está hundida un hacha, como en la tabla de un carnicero; además, un ancho puñal le atraviesa el pecho y parece repelido por la sangre que brota con furor y desciende a diestra y siniestra en cascada de cinabrio. Felizmente, muy pronto se olvidan a esos espantapájaros, ante un grupo de mármol [93] blanco de gracia exquisita, colocado en la nave lateral, en un altar dedicado a Santa Rosa, la única mujer que en las colonias hispano-americanas, ha sido canonizada; lo que da todo el sabor de una paradoja a estas palabras de Montalvo: «Tiene traza el Perú, de dar más santos al cielo, que ha dado plata a la tierra». Clemente IX estaba lejos de compartir esa confianza, si se puede creer en las palabras que se le atribuyen: «¡Santa y limeña!» habría exclamado el Papa, en relación a esa primera flor de santidad abierta en las Indias; «¡Santa y limeña! ¡Creería en ello cuando llovieran rosas!». Rosa fue en vida, consagrada a Santo Domingo y llevaba el hábito de la orden; eso explica la presencia en esa iglesia, del cofre cincelado y ornado de piedras preciosas que contiene sus reliquias, como también el grupo del que vamos a hablar.

La santa está echada sobre la piedra, sus labios entreabiertos exhalan el último suspiro, su mano derecha pendiente, aún parece buscar el rosario que ha dejado caer. Hay en ella todo a la vez, éxtasis de ángel y sueño de mujer; su rostro resplandece de doble belleza: belleza plástica y precisa, que determina una adorable pureza de líneas; belleza ideal, reflejo de todas las divinas perfecciones de una naturaleza tan excepcional. A su lado se ve, las alas abiertas, la cabellera ligeramente levantada por el aire, el pie rozando apenas el suelo, un querubín en actitud llena de dulce melancolía; su mano levanta con una duda piadosa, delicada, temerosa, una colgadura que velaba el rostro de la virgen: tanta calma y serenidad parecen engañarle, desconoce la muerte, y titubea en huir hacia Dios, a la bella alma que emprende el vuelo. Sobre una aspereza de la roca, a la altura del rostro, descansa una rama rota en la que se abre una rosa irrefutable. El alma inmaculada de la santa y el suave perfume de la flor, suben juntos hacia el cielo, a la mitad de su existencia; las dos han vivido su vida, la vida de las rosas. Muchas veces me había detenido delante de esa suave obra; ardía por apreciarla en todos sus detalles y sobre todo por conocer a su autor; pero la vitrina que la cubre, la mantiene a media luz, oscurecida aún por la disposición del altar. Una vez sin embargo una escapada de sol -semejante a ese rayo que en un templo de Egipto, baja una vez por año, para acariciar los labios del Gran Seraphis-, reflejado por no sé qué gran espejo de Venecia, vino a rodear con una pálida aureola de luz, la cabeza de la santa. La iglesia estaba desierta, la ocasión favorable, y con la ayuda de una banqueta

llegué a contemplar de cerca esa deliciosa composición. Bajo un pliegue de la capucha, desordenado [94] por el ángel, percibí entonces una corona de espinas que con una crueldad inaudita, hundía mil dardos acerados en esa frente delicada, en esas sienas donde las venas cruzaban sus hilos azules; pero la expresión de beatitud inefable derramada sobre los rasgos de la moribunda, dicen suficientemente que ella vislumbrara ya los cielos. Todo el ropaje está presentado con una perfecta realidad, se diría una tela petrificada de improviso. Apenas si me atrevo a notar que la mano que ha dejado caer el rosario, es un poco larga, tan correcta y elegante es su expresión; aún, me atrevo mucho menos, a reprochar al querubín -por graciosa- su pose algo amanerada. En plena observación, me sentí tocado en el brazo y escuché al mismo tiempo, una voz que decía: «Este grupo encantador, es de un escultor italiano apellidado Mazza, discípulo de Bernini, o si prefiere, del Caballero Bernin: el nombre del estatuario se encuentra del lado del zócalo». Me volví y me encontré en presencia de un personaje muy alto y cubierto por una amplia capa drapeada a la española que me tendía un álbum abierto. «Tomad, señor», continuó, «he aquí un bosquejo de ese grupo y no es sin trabajos, se lo juro que he llegado a hacerlo». Tomé el croquis y puse los ojos en él: revelaba un lápiz lleno de energía y habilidad.

Nunca es demasiado, en países extranjeros, el cuidado que debe tenerse con compatriotas desconocidos; pero cuando alguno se presenta bajo auspicios tales como la cortesía, la distinción y el talento, se puede correr el riesgo de modificar los principios de circunspección. Salté pues al suelo y entré en conversación con aquél; no tuve luego, por cierto, lugar a arrepentirme. Mi nueva relación, tenía una de esas caras que piden atención e inspiran confianza. Su frente calva, ancha y abombada, estaba surcada, por encima de las cejas, por una larga y blanca cicatriz que le daba un carácter marcial, aumentada aún más, por una contracción casi constante de los músculos de la cara. Tenía la mirada espiritual y ligeramente irónica, era esbelto pero, un poco encorvado, como las gentes que viven a caballo y por cierto que se le habría tomado a primera vista, por un oficial de caballería y no por un artista. Mi gorra galonada, y el ancla coronada de la marina real, le habían indicado la posición social, que por ventura ocupaba entonces; también el cuaderno que llevaba y mi examen obstinado de la estatua de Santa Rosa, no dejándole, además, duda alguna acerca de la conformidad de nuestros gustos, debía, por lo menos, establecer el equilibrio subiendo mi confianza al nivel de la suya; por eso [95] no tuvo más que decirme una sola palabra, su nombre: Mauricio Rugendas(11).

A partir de ese momento, yo tenía la ventaja. En efecto, ya en Chile, varios de sus cuadros me habían permitido apreciar su talento de pintor; amigos comunes me habían informado a menudo sobre su carácter y sobre su vida aventurera, en fin, nuestros nombres, ya se habían encontrado varias veces en álbumes. Así es que cuando él me tendió la mano, me pareció que apretaba la de un viejo amigo.

De regreso a Lima, era al convento, donde él venía desde por la mañana a buscar sus primeras impresiones. Continuamos juntos el paseo comenzado.

Atravesando una galería, nos detuvimos ante un par de pinturas

gemelas, obras honradas y pacientes, en las que algún peruano celoso, cuenta las diferentes fases de la vida humana. En la del hombre, las costumbres pertenecen al último siglo; en la de la mujer, con las modas limeñas de nuestra época -color local que naturalmente autoriza a nuestra simpatía a decir unas palabras sobre su composición: una gran arcada que un árbol divide en dos partes iguales, se abre al medio del cuadro; el árbol tiene en su cima una especie de Jano hembra, del que uno de sus perfiles se muestra floreciente de juventud, y el otro, avejentado, ceñudo como el de una vieja mala. De un lado, la naturaleza ostenta bajo un cielo azul, su vestido color esperanza, los árboles lanzan ramas derechas y frondosas y sobre un césped esmaltado de flores, una mujer encinta, acompañada de un perro, se pasea al borde de un mar agitado: comparación que si hace pensar en las tempestades de la vida, recuerdan también, un poco, esas palabras de Shakespeare: «¡Pérfida como la onda!». El paisaje vecino es oscuro, árido, desolado. Ramas muertas cubren el camino y dos hombres llevando un ataúd, atraviesan un agua mansa. Un perfil de escalera, sube del lado de la vida, el sexto peldaño alcanza la parte culminante de la arcada, de donde sus gradas vuelven a bajar en igual número el lado de la vejez y de la muerte. En cada una de las gradas, se vuelve a encontrar a la misma mujer, con transformaciones sucesivas que la edad opera en sus formas y en sus tendencias. ¡Así, apenas desembarazada de los pañales y de la [96] nodriza, comienza su ascensión, y se nos aparece sobre la primera grada jugando con un pájaro; a los diez años tiene una guitarra que reemplaza a los veinte por las armas de su sexo y de su profesión, que son un traje coquetón, un ramo de rosas y un abanico; a los treinta la encontramos con vestido nupcial; a los cuarenta, su juventud lanza bajo la forma de una ojeada, sus últimos entusiasmos; luego ella sube la última grada, para volver a bajar la pendiente opuesta, la de la oscura etapa de la vida, triste, severamente vestida, el misal en la mano, primero, más tarde la bolsa, más tarde las muletas, por fin, el cuerpo doblado en dos, la faz apergaminada, el ojo rasgado y sanguinolento, pone el pie en el ataúd, que colocado bajo la última grada, lleva el número 100! El artista, como se ve, fija en un siglo la duración de la vida humana: esta cifra parece muy razonable a nuestra especie degenerada, sobre todo, si no se tuviera que bajar la vertiente de miserias, fealdades e invalidez; parecida entonces al cohete que toma vuelo, recto y puro hasta el término de su ascensión, donde revienta en gavillas resplandecientes, para acabarse en toda su gloria; la vida podría también tocar a su límite en toda su riqueza de ilusiones, de fuerza e inteligencia, y acabar, al fin, en todo su esplendor. [97]

- VI -

El santuario de Santa Rosa. Santa Rosa, patrona de todas las Américas

Dejando los claustros, mi compañero, me invitó a visitar el santuario de Santa Rosa, que depende del convento de Santo Domingo. Bajamos, pues, dos cuadras de la misma calle y llegamos a la puerta del santuario. Un zambo alto que llevaba una dalmática de paño negro sobre un traje de lana blanca, nos recibió, y nos hizo atravesar una galería. Ahí tropecé con una

placa de fundación, sellada en los azulejos, y me detuve para leerla. Ella cuenta que los obreros ocupados en cavar los cimientos del santuario, fueron sofocados de repente por un violento olor a esencia de rosas que exhalaba ese punto de la tierra, donde, el día del nacimiento de la santa, como fue constatado después, se habían enterrado sus primeros pañales. Al fin de la galería, nuestro guía nos introdujo en una celda, donde se encontraban ya cuatro personas que formaban un grupo muy interesante. Primero, era el dueño de ese modesto reducto, un anciano más que octogenario, que desaparecía -tan encorvado estaba- entre los brazos de un sillón de roble, guarnecido de cuero pardo; su cráneo liso, brillante y vigorosamente tratado, conservaba apenas una ligera corona de cabellos blancos; sus cejas salían rectas, de la frente, se retorcían como un bigote y, casi velaban dos ojos inteligentes que eran los únicos que acusaban vida en ese rostro demacrado y verdoso como el boj. Ese anciano era el padre Zea, capellán del santuario. Delante de él, estaban de pie, en todo el esplendor de los veinte años, dos jóvenes, dos hermanas sin duda, vestidas de raso negro y llevando sobre la cabeza, siguiendo la moda española, una mantilla de encaje que dejaba entrever el coral de una flor de granada. Sus cabelleras bajaban en largas espirales, negras en la sombra; azules en la luz; y encuadraban un rostro de esa palidez mate que nada tiene de enfermiza, y que es tan particular [98] de las limeñas. Cejas negras de un arco vasto y regular, una mirada de terciopelo, una nariz de curva elegante, daban al rostro de la mayor un carácter orgulloso. La menor enlazaba con su brazo el talle de su hermana, y esa postura inclinada, imprimía a las líneas de su cuerpo ondulaciones llenas de suavidad y de gracia. Su rostro, nada hubiese tenido de notable si no fuera por dos grandes ojos negros, que en su admirable movilidad, parecían lanzar a diestra y siniestra, fugitivos fulgores. Una ama en traje de saya y manto, felizmente velada, pues tenía sin duda el físico del empleo, estaba sentada cerca de una ventana que iluminaba vivamente a las dos jóvenes; el espaldar elevado del sillón lanzaba su sombra sobre el monje. Nos habíamos quedado a un lado, para no perturbar la conversación. Además, el anciano no parecía habernos percibido; agarraba la mano de la mayor de las dos mujeres y le daba instrucciones relativas para una obra de caridad cualquiera. Esa escena nada tenía, por cierto, sino de muy corriente; pero nuestro espíritu, aún bajo el golpe de la impresión producida por el drama de la vida humana, se admiraba de encontrar tan rápidamente las más violentas antítesis. Así, estaban aquí, de un lado, luz, elegancia, mundana juventud floreciente, belleza encantadora, las gradas más triunfales de la escalera de la vida; del otro, tinieblas, austeridad, decrepitud, decaimiento inquietante del hombre que baja los últimos peldaños con la mirada fija en la oscura meta. El anciano terminó de hablar, las jóvenes besaron con respeto la manga de su traje, nos echaron, con una sonrisa de rubí y de nácar, este gracioso saludo limeño: «¡Que la Virgen lo ampare a usted!», acariciaron la loza con sus pies descalzos de raso blanco, y desaparecieron. La celda se oscureció. El capellán nos preguntó, entonces, paternalmente, en qué nos podía ser útil. Me quedé acortado, pues en verdad, había olvidado el objeto de nuestra visita; felizmente mi compañero se acordó, y el padre Zea dio seguidamente órdenes para que un hermano nos guiase hacia las sagradas reliquias, de las que

era él depositario.

El santuario y una parte del claustro, están contruidos sobre el terreno que ocupaba, antaño, la casa de la santa. Aun nos enseñan el lugar donde el 30 de abril de 1586, nació la niña, cuyas virtudes sin nombre, debían deslumbrar, durante siglos, a la América española, sin que otra criatura elegida por el cielo, viniera a atenuar la única y radiante aparición. Su padre se apellidaba Flores, y su madre Oliva. Ella necesitaba un nombre que pudiera figurar con ventaja en ese ramillete familiar. La voluntad divina se señaló en esa circunstancia. La [99] señora Oliva, aproximándose a la cuna de su hija, percibió con estupefacción sobre la almohada, una magnífica rosa, cuyas hojas, por una maravillosa disposición, reproducía los rasgos de la niña. A partir de ese día, le fue dado el nombre de Rosa; pero ella comprendió luego que semejante hombre debía atraer sobre ella las peligrosas miradas del mundo; así que, el corazón lleno de escrúpulos y de alarmas, fue a hincarse a los pies de la Virgen de Rosario, en el convento de Santo Domingo, suplicándole disipar sus inquietudes. La Virgen le ordenó de viva voz, que llevara no solamente el nombre de Rosa, sino también el de Santa María. Ese nombre de flor, permitió más tarde a nuestra santa, improvisar, acompañándose de la vihuela, este inocente juego de palabras:

«Ay ¡Jesús de mi alma

que bien pareces
entre flores y rosas
y olivas verdes!»

A la edad de cinco años, el amor divino había iluminado su espíritu y encendido su corazón de tal manera, que despreciando los placeres de su edad, Rosa de Santa María se libró por entero a la oración, a la penitencia, y a las flagelaciones; después, consagrando sus pensamientos más tiernos a Jesús, como a un esposo querido, hizo votos de virginidad perpetua y anduvo resueltamente por el camino de su salvación, a despecho de su familia que puso en acción, injurias, amenazas y golpes para forzarla a exhibir en el mundo las gracias y las seducciones con las que el cielo la había colmado. Fueron las primeras espinas de su vida. La santa soportó los desgarramientos con resignación, y se obstinó en florecer en la soledad, en vista de las felicidades eternas. Luego que cumplió veinte años, le vino la idea de pronunciar sus votos; pero no teniendo preferencia marcada por ninguno de los diferentes cuerpos monásticos, resolvió vivir solitaria y retirada, tomando como lo había hecho Catalina de Siena, el traje de una orden religiosa. Aquí se presentaba aún el problema de la elección, para esa conciencia llena de susceptibilidades. Un acontecimiento inesperado puso fin a sus indecisiones. Un día que la santa estaba rezando, una mariposa negra y blanca entró en su cuarto, se posó suavemente sobre su pecho y la sumió en un extraño éxtasis, del que ella salió con el pecho ornado con un corazón perfectamente dibujado. En cuanto a la mariposa, la buscó en vano, había desaparecido. Ese milagro que le pareció una manifestación de la voluntad divina, relativa al hábito que no se había atrevido a escoger, la [100] hizo decidirse por el hábito negro y blanco de Santo Domingo, por los colores de la misteriosa «phalena». Sería superfluo enumerar todas las

pruebas que Santa Rosa dio de sus relaciones con el cielo: su vida hormiguea de milagros; sus predicciones, todas muy interesantes se han realizado hasta la última que fijaba el término de la dominación española en el Perú. Pero sus títulos más poderosos para su veneración en un siglo, ¡ay!, tan frecuentemente escéptico y burlón, son obras de caridad y de abnegación sin nombre, durante epidemias desastrosas; treinta años consagrados con una entera abnegación a aliviar a los pobres, a consolar a los afligidos y a la conversión de los malos; es, en fin una existencia marcada con el sello de la más pura moral de Jesucristo.

El Santuario es una pequeña capilla construida en rectángulo. En el medio, del lado opuesto a la entrada, se levanta un altar dominado por un cuadro de la Virgen que tiene entre sus brazos al Niño Jesús. Tuvieron la extraña idea de agujerear la imagen -felizmente bastante mediocre- para adornar las orejas, el cuello y las manos de la Virgen con zarcillos, collares y anillos de brillantes. Nuestro guía nos contó, enseñándonos el cuadro, que antaño perteneció a Santa Rosa, la historia siguiente: «Un día que doña María Uzátegui, señora de Lima que era protectora de Rosa, ensalzaba, en su oratorio, las altas perfecciones de Nuestra Señora de Atocha, el Niño del cuadro que estaba suspenso del seno de su madre, volvió la cabeza para oír esa letanía en honra de la Virgen. Santa Rosa hizo notar ese prodigio a su compañera, quien, en el cúmulo de la sorpresa, dejó de hablar. Jesús volvió a tomar entonces, su antigua posición; pero en cuanto la noble señora, cediendo a los ruegos de su amiga, continuó la frase interrumpida, el mismo prodigio; se repitió, solamente que el rostro del Niño Dios quedó volteado hacia el público. El narrador añadió ingenuamente, que desde entonces se había creído, por castidad, no dejar al descubierto sino una parte del seno de la Virgen. En efecto, la pintura del ropaje añadida, es de una época posterior a la del milagroso cuadro. A los dos lados del altar se ven los dos peronés de Santa Rosa, que forman los tallos de dos flores de oro, abiertas. Dos o tres cuadros encajados en el maderamen del altar, contienen lo siguiente: una carta de agradecimiento de la santa a doña María Uzátegui, por un servicio prestado; un bucle de su negra cabellera; un anillo de compromiso con el Divino Salvador, alrededor del cual se puede leer: «Rosa de J.H.S. sé mi esposa». La corona y la cruz, la una erizada de puntas aceradas [101] que ella llevaba ordinariamente sobre la frente, y la otra sobre el pecho; el clavo, que, fijo a cierta altura en la pared de su celda, le servía para atar su cabellera a fin de castigar con el dolor a su débil naturaleza, si, durante sus largas oraciones nocturnas, ella se caía vencida por el sueño y la fatiga. Esas diferentes reliquias, están profundamente encajadas en la madera del altar y protegidas por lunas. Se tomó esa precaución contra las devotas raterías que amenazaban desvalijar el santuario.

Nuestro guía nos hizo aún, visitar el cuartito que fue habitado por la Santa y que contiene su silla y la gran cruz de madera que ella llevaba durante horas enteras en recuerdo del Cristo del Gólgota, y pasamos a un pequeño jardín pegado a la capilla y dejado hoy día en el más completo abandono. Un magnífico rosal blanco, que por lo demás era el único árbol que se encontraba ahí, florecía entre toda clase de plantas parásitas. Sobre uno de los muros, notamos un fresco representando a la santa en

oración, y cerca de ella a un elegante caballero con talante de conquistador, que llevaba el traje del tiempo de Felipe II. Están separados por un armario estrecho y largo que se hallaba abierto, y en el cual se veía un tronco seco de árbol, el fresco se extendía por encima del armario, en donde continuaba el árbol en un ramillete de hojas verdes, todo salpicado de manzanas de oro. Preguntamos a nuestro guía por la explicación de esa pintura, y he aquí tal como nos la dio:

«Si los ángeles del cielo, manifestaron a menudo sus simpatías por la santa, los espíritus de las tinieblas, intentaron también intimidarla en diferentes ocasiones. Ora se presentaban a ella con su fealdad horrorosa, luego bajo la forma de algún animal feroz, sediento de sangre, y otras veces aún, tomaban estatura de gigantes y la amenazaban con llevarla entre sus brazos robustos. Todas esas monadas, se estrellaban contra la fuerza espiritual de Rosa, que flagelaba con menospreciables burlas la bajeza y la cobardía de sus mortales enemigos. El demonio entonces, reconociendo la impotencia de los medios puestos en acción, recurrió a otras armas: tomó la forma de un caballero, hermoso, espiritual y rico, tres fuerzas generalmente irresistibles, y se introdujo en el jardín de la esposa del Señor, cuando ella rezaba ahí. Ésta, disimuló su estupefacción, y no sospechando al principio, un nuevo embuste del enemigo, se puso a considerar al intruso, esforzándose por adivinar el motivo que lo traía. El desconocido no la dejó [102] mucho tiempo en la duda: sus palabras, sus gestos, sus actitudes, la advirtieron enseguida sobre sus tenebrosos designios. Ella reconoció entonces, la oreja del lobo; así que volteándose de pronto, bien convencida de que la victoria, en semejante caso, se debe sobre todo a la rapidez de la huida. Pero esa huida, no le pareció apropiada para confundir al tentador todo lo que ella deseaba; se detuvo entonces en la puerta de su oratorio, cogió una cadena de fierro, y se golpeó con ella tan cruelmente, que el demonio mismo quedó consternado. Furioso, al verse vencido nuevamente, retrocedió hasta el pie de un limonero que se encontraba en el centro del jardín, y se apoyó contra el tronco, en el cual desapareció, dejándole quemado en todo su tamaño. Este árbol, sin embargo, se cubrió todos los años de flores y de frutos, y se tornó el tema de admiración para todo el mundo. El capellán del Santuario, afirmaba haberlo visto aún de pie y lleno de fertilidad; pero derribado por no sé que accidente en esa época, su madera fue guardada en el armario y conservada como reliquia». Satisfecha nuestra curiosidad, dejamos ese religioso museo y entramos en la celda del padre Zea. Éste nos confirmó los últimos relatos que acabo de hacer, con una escrupulosa fidelidad, absteniéndome de toda reflexión; luego nos ofreció una vida de Santa Rosa de la que es autor, y un grabado hecho en Cádiz, representando a la Santa en éxtasis.

Salimos del claustro, un instante después, llevando los votos de felicidad y las bendiciones del venerable anciano. [103]

- VII -

La Catedral. Las limeñas en la iglesia. El Corpus. Los cuadros

Me queda por hablar del más antiguo monumento de la ciudad, de la

Catedral, fundada por Pizarro. Ya he dicho cuál era exteriormente su aspecto general. En el interior, su conjunto ofrece poco interés, además es bastante difícil apreciarla en un solo golpe de vista, a causa de la situación del coro, que colocado delante del altar mayor y cerrado por un enmaderamiento tallado y rejas doradas, ocupa él solo, toda la nave principal, y no deja al público sino el uso de las dos naves laterales. La bóveda está dividida en elegantes arcones simétricos, y sus arcos rebajados, descansan sobre dos hileras de columnas y sobre pilastras. El altar mayor enteramente cubierto con bajos relieves y ornamentos de plata, está dominado por una diadema celeste de plata dorada, sostenida por columnas enchapadas de plata. Los altares laterales, están situados en las alas de las galerías transversales, detrás de los enrejados de fierro dorado con elegantes cerrajerías, y son en su mayoría, ornados con más profusión que gusto. El santo, que ordinariamente ocupa el centro del retablo, en medio de una mata de flores, no se recomienda sino por su traje, todo constelado de lentejuelas y láminas de oro y plata. Se notan también en los altares y en sus cercanías, pupitres, casillas y relicarios incrustados de nácar de diversos matices, y de un acabado perfecto.

Los candelabros, las lámparas y los floreros sagrados de la Catedral, eran de plata y oro, y enriquecidos con una profusión de pedrerías; pero fue obligada a aportar a la causa de la Independencia con una parte de sus riquezas; así fue como el peso de la plata recolectada por el gobierno, en las diferentes iglesias, durante los años de 1819, 1820 y 1821 solamente, sobrepasó, se asegura, las tres mil libras de peso. [104]

La única obra artística, verdaderamente digna de admiración en la Catedral, es el maravilloso enrejado esculpido del coro. Fue por cierto un cincel sabio y lleno de verba, aquel que cavando en el cedro, hizo surgir de él esas graciosas estatuitas, y todos esos ornamentos arreglados con perfecta armonía; las guirnaldas que encuadran los paneles, los cayados vegetales y las quimeras que ornán las sillas, están dispuestas con una regularidad de conjunto, llena de gusto; y cinceladas con una precisión de detalles, verdaderamente asombrosa. Lo que admira más en las estatuitas, es un dibujo correcto, un modelado suave, y una elegancia de posturas que parecen no estar en relación con la inmensa extensión del trabajo y el poco valor de la materia usada.

Pizarro fue el primero en ser inhumado en esa iglesia; aún puede verse su osamenta, que un enrejado de fierro, protege contra la rapacidad de los coleccionistas de rarezas; a pesar de todo, es notable que desde hace siglos, los bedeles de la Catedral, venden a los viajeros ingenuos, reliquias del fundador de Lima, y que, por un fenómeno del que deja al lector imaginar la causa, en lugar de disminuir, ellas aumentan.

Los confesionarios limeños, no son cerrados, el sacerdote y el penitente están a la vista del público, y es a través de una tela de seda oscura y fija sobre una ventanilla, que estos últimos pueden conversar con su director espiritual. Me detuve todo un día delante de un confesionario. Una limeña con talle de avispa, llenaba la silla con una ola de raso azul, en la que brillaba, como una pepa de nácar, un pequeño calzado blanco. La boca pegada a la frágil tela, murmuraba una confesión que parecía arrancar penosamente de su alma. El rostro del dominico, reflejaba las impresiones de una conciencia que titubea en transigir con el pecado. Era por lo

tanto, el caso de dispensar tesoros de indulgencias, pues esa adorable pecadora, debía ser, seguramente, de las que encuentran sin cesar sobre su camino, esas fatales manzanas de oro que el demonio se complace en tirar por ahí, como si quisiera probarse así, de tiempo en tiempo, que no ha envejecido. Cerca del confesionario, otra joven, completamente caída sobre las losetas, esperaba su turno, y hacía una cantidad de cruces sobre su rostro. Un poco más lejos, un lacayo, del cual surgía la cabeza de negro, como una pelota de lana, entre un marco formado por un vasto cuello; parecía orgulloso de su uniforme que daba la impresión de ser, cuando [105] menos, de la época de los virreyes, y se mantenía a las órdenes de una de las penitentes.

Los domingos a la hora de la misa, las iglesias de Lima, presentan un curioso y fantástico golpe de vista. La falta de sillas en el lugar santo, obliga a cada mujer a traer con ella, un cuadrado de tapicería, o una pequeña alfombra bordeada que les sirve para arrodillarse o sentarse. Pero, al momento la fatiga que resulta del contacto casi inmediato con la loseta, las obliga a buscar una postura menos hostil a la delicadeza de sus miembros; de allí nacen actitudes deliciosas, y que creemos naturales, pues, hay que decirlo, la devoción de las limeñas nos parece exenta de coquetería.

Al verla así, recogidas, inmóviles, apoyadas contra las paredes, o sobre el zócalo de una columna, los párpados bajos, o la mirada perdida hacia la bóveda, se las tomaría por estatuas de la Meditación. La señal de la cruz que ellas se hacen rápidamente, con el pulgar, sobre el rostro, es lo único que viene a probar su existencia. En el santuario, ningún ruido extraño, perturba la armonía del Divino Sacrificio; nada de sillas movidas, ni paseantes indiscretos. El incienso, los himnos sagrados, los suspiros del órgano, suben con las plegarias hacia el Señor y en varias iglesias, en la capilla del convento de San Francisco, sobre todo, los canarios y los jilgueros perdidos en el bosque de cristal de los candelabros unen sus trinos al canto grave de los monjes.

Terminado el Oficio, vuelve la vida a todos esos cuerpos inmóviles, un relámpago ilumina esas miradas atónitas y el ruido reemplaza al silencio. Frecuentemente, a la salida de la iglesia, talentosos negros, tocan con furia su tambor y arrancan gritos desesperados a sus flautas y a sus clarinetes; un sacerdote sentado cerca de una mesa, que soporta una calavera y un crucifijo lleno de luces, recibe en un azafate de plata, las ofrendas de los fieles; miembros de la cofradía de la Buena Muerte, recolectan para enterrar a sus finados; religiosos con cabellera cortada en corona, y que les cubre las cejas, venden la imagen de algún santo influyente; vendedores de loterías, venden la suerte; jóvenes que se estacionan bajo los portales, prodigan gratuitamente sus desabridos piropos; vuelta en sí, la limeña radiante y elegante, como el picaflor en medio de pájaros fúnebres, responde con una ojeada a un madrigal; compra con una mano, un billete de lotería, y con la otra la indulgencia que debe [106] devolverle la suerte favorable; enseguida, con sus voluptuosas inflexiones, sus movimientos prestados, a fantasías afectadas, llenos de gracia melindrosa y felina, de la que sólo ella tiene el secreto, vuelve a tomar el camino hacia su casa.

Las procesiones, en Lima, ofrecen también varias clases de interés. A

decir verdad, esas solemnidades ya no tiene la magnificencia que impresionaba tan vivamente a los navegantes de otra época, en la que los mercaderes de Lima, hacían pavimentar con barras de plata, las dos calles de «Mercaderes» y «La Merced», para el paso de un virrey. Pero, perdiendo con el progreso de las luces, y de una religión más libre de supersticiones, todo ese grotesco tren de maniqués y de gigantes autómatas blancos, indios, zambos y negros, ellas no han dejado de conservar un carácter muy original, y el ansioso concurso del pueblo, muestra que las faustuosas manifestaciones del culto, deben guardar aún, por mucho tiempo su prestigio. Aparte de la procesión de Santa Rosa, que siguen ordinariamente las mujeres, quienes han guarnecido sus sayas con guirnaldas de rosas blancas y rojas, pareciendo celebrar la llegada de la primavera, la fiesta del Corpus, resume todas las ceremonias del mismo género. He aquí cuál es, sobre la Plaza Mayor, el conjunto de ese espectáculo: primero, como en todas partes, los balcones están adornados con radiantes rostros de cabelleras floridas, y el suelo desaparece bajo una multitud matizada, en la cual, murallas de soldados, pueden apenas, conservar el paso libre para el cortejo. El estrepitoso vuelo de los repiques; el extraño retintín, que ejecutan los niños en los campanarios, golpeando sobre las campanas; el tronar de la artillería, las fanfarrias militares, saludan la aparición del Santísimo en el pórtico principal de la Catedral. Monjes y penitentes de todas las órdenes; blancos, azules, grises y negros, abren la marcha, antorcha en mano, vienen enseguida los estandartes con brillantes adornos de franjas doradas; santos de tamaño colosal, vestidos de brocados y encajes, siempre cargados por individuos escondidos bajo largos ropajes; relicarios enriquecidos con piedras preciosas, linternas, dalmáticas, casullas, toda la platería sagrada, todas las telas laminadas, floreadas, bordadas con lentejuelas, estrellas y canutillo, resplandecientes a plena luz del cielo. Semejantes a las antiguas canéforas, cholitas y zambas de veinte años, morenas o doradas, como la sulamita del canto de Salomón, por las miradas del sol, cabellera florida y trenzada en mil cuerdecillas, espaldas y brazos desnudos, van cargando canastas; otras lanzas a manos llenas flores deshojadas [107] como echando al vuelo nubes de mariposas; y los incensarios de plata dorada, elevándose cadenciosamente por encima de las cabezas, lanzan bocanadas olorosas hacia los doseles de penachos blancos. Bajo el más espléndido de éstos, se aproximaba entonces, en todo el esplendor de la pompa arzobispal, Francisco de Luna Pizarro, anciano muy enfermizo que apenas podía levantar para bendecir al pueblo, el vasto sol radiante que rodeaba la Eucaristía. Inmediatamente después, andaba al medio de su brillante Estado Mayor, seguido por los diferentes cuerpos del Estado, el Director Supremo, Vivanco, la cabeza descubierta y un cirio en la mano. Charreteras cuyas largas torzadas (sic) flotantes bajaban casi hasta el codo, una ancha cinta roja atravesada al medio por un ribete blanco, que se lleva al cuello como el Gran Cordón de la Legión de Honor, y que se llama la Banda, eran las insignias de su grado y de su dignidad accidental. En las cercanías del dosel, se apretujaban también las vírgenes locas y las Magdalenas más conocidas de la ciudad; éstas en saya y manto, aquellas vestidas a la europea con la mantilla española. Una de esas pecadoras, sobre todo, se distinguía de las otras, por su aire

soberbio y arrogante, era una magnífica criatura de expresión imperativa, de mirada llena de tempestades y de boca despreciativa; se hubiera dicho una emperatriz romana que salía, pálida, al amanecer, de alguna orgía clandestina. Empujaba orgullosamente con el codo, a las que intentaban quitarle el primer sitio, y avanzaba, poco más o menos, en la misma fila del jefe del Estado. Enseguida venían en olas apretadas las diferentes categorías de negros y de indios, y las cofradías de esclavos portando estandartes y pendones cargados de emblemas extraños y misteriosos. Varios de sus miembros cantando y bailando, haciendo tronar tambores, estremecer cascabeles, charlar castañuelas. Algunas tapadas de humor jovial, van y vienen, interpelando con familiaridad a los monjes, a lo que cada uno, según su edad o disposición de espíritu, las reprenden, o replican a sus retruécanos entre dos versículos de una letanía; el cortejo se desenvuelve y ondula como una serpiente de oro y esmalte, y cubriendo su rastro de flores, caminan en medio de una nube embalsamada en las calles abanderadas con ricas colgaduras, mientras que a su paso se despiertan nuevos repiques que marcan el progreso de su marcha a través de la ciudad.

Terminando este esquioc de la vida religiosa, quiero, para completar en lo posible la serie de mis observaciones en los diversos monumentos de la ciudad, dar una impresión de las obras [108] de arte que se emplearon para ornarlas, durante el período de prosperidad de la dominación española.

Sobre todo, son los cuadros, los que hacían el lujo de las casas consagradas al culto.

El número de cuadros expuestos en el Perú bajo el régimen español, sobrepasa a toda expectativa. Aún, hoy día, los muros de ciertas iglesias, están casi totalmente revestidos de ellos, en las galerías de los claustros, hormiguean; y muchos particulares -sin mostrar por ellos mucha vanidad- poseen colecciones de las que, ciertamente, harían exhibición nuestros banqueros millonarios. Si se piensa además, en las pinturas destruidas por los temblores, laceradas durante las discordias civiles, en las que la negligencia ha dejado caer hechas polvo, y sobre todo en las que han sido vendidas a los extranjeros (que no eran sin duda las peores) se comprenderá que mercado fue, para los talleres de los siglos diecisiete y dieciocho, el rico y floreciente Perú de los virreyes.

Entre las obras de valor que aún se pueden admirar en Lima, citaremos un San José, conduciendo por la mano al Niño Jesús; esa tela tiene todo el carácter original de Murillo; se encuentra en el convento de los Descalzos. Otro cuadro representando la Huida a Egipto, nos parece de estilo demasiado severo para ser de él. La misma capilla contiene dos Ribeira de un numen admirable; algunos grandes lienzos de Zurbarán y una Madona de Rafael Mengs. La iglesia de los Desamparados, posee también un Murillo: es el retrato noble y orgulloso de un virrey, del que en vano buscamos el doble en el museo de San Pedro. Pruebas irrefutables de que varios pedidos fueron hechos a Murillo por los grandes dignatarios del Estado, y del clero, junto con la admiración general por las obras de ese maestro, parece autorizar a los peruanos a atribuirle un gran número de telas ejecutadas solamente bajo su dirección; pero los cuadros de los demás pintores, tienen una autenticidad menos sospechosa. Las de Zurbarán y de su escuela, por ejemplo, abundan en el Perú. Se les encuentra en casi

todos los monasterios y en casas de diferentes familias limeñas(12). [109]

Los cuadros de maestros italianos de segundo orden, son también ahí, muy numerosos, particularmente los de Bassano y los de Lucas Giordano, ejecutados sin duda durante la estadía que ambos tuvieron en España, donde ellos trabajaron para el Escorial. Italia también los ha exportado directamente. Ya hemos señalado en el convento de San Felipe Neri, a la entrada de la sacristía de San Pedro, una tela de Annibal Garrache, representando a San Felipe Neri en éxtasis delante de la Trinidad. En sus cercanías, cuatro encantadores rostros de mujeres llaman la atención; son los arcángeles Miguel, Rafael, Gabriel, y Uriel, disfrazados con el traje de Luis XIV, es decir llevando pelucas de largos bucles, vestidos cortos sembrados de estrellas, y botas de rodetes realzados por un lazo de cinta. Casi no se pueden apreciar las telas, que colocadas de plano, adornan hasta una gran altura, las pilastras y los muros de esa misma iglesia de San Pedro: la falta de luz, el abuso del barniz, su altura, bastan para sustraerlos ampliamente a cualquier clase de examen; no queda entonces, sino lamentar tantos magníficos cuadros de madera esculpida que parecen encajados en paneles de ébano.

La regla de los conventos, de acuerdo con el gusto nacional, multiplicaba a los pintores, las ocasiones de presentarse. Los monasterios ostentaban ordinariamente, sobre los muros de su claustro principal, la historia de sus patronos conventuales. Entre esas telas cuya ejecución se remonta a fines del siglo diecisiete, y mediados del dieciocho, no se encuentra casi nada que sea digno de ser admirado; no obstante, a despecho de la depravación del gusto y de la incorrección del dibujo, se podría realzar una especie de talento de escenario, en la serie de cuadros que reproducen la vida de San Francisco, Santo Domingo, San Pedro Nolasco, y San Felipe Neri. Las luchas de la Emancipación y las discordias civiles que desde esa época [110] se sucedieron, han desviado a los espíritus de la cultura artística, y han privado de toda protección a los artistas que se amaba y alentaba aún en los últimos años del régimen español; como los cuadros bastante recientes del Canónigo maestro que decoró varios paneles de la Catedral. Las pinturas del Maestro revelan un talento fácil y elegante, el color es agradable y el dibujo bastante correcto; añadiremos que ellas recuerdan esa incompleta tentativa del alemán Rafael Mengs, que quiso volver el gusto rococó del último siglo, a concepciones menos complicadas.

No era únicamente Lima, era el Perú entero que animaba a los artistas nacionales, o compraba las obras de maestros extranjeros.

Viajeros dignos de crédito, nos aseguran haber encontrado telas muy notables en lejanos lugares del Alto Perú, y también en los míseros burgos del lago Titicaca. Mauricio Rugendas citaba entre otros, dos cuadros del convento de Santa Catalina en el Cuzco, que, según él, emanan de los gloriosos pinceles del Dominicano y del Albano.

La indiferencia de los monjes para esos interesantes restos, su apatía, su ignorancia y su pobreza actual, hace que les sea imposible preservar del deterioro a los cuadros expuestos en sus claustros. Los cuadros conservados en casas particulares, están igualmente dejados; sus propietarios los tienen únicamente por orgullo de casta, o por tradición, y muchas veces porque ellos son los últimos vestigios de su fortuna. Sería

de desear que se reunieran en un museo esas obras así esparcidas; pues a pesar de sus pocos méritos, restaurados y convenientemente expuestos, ellas podrían tal vez concurrir a dirigir los ensayos de los jóvenes artistas.

Los pintores del país no reciben ningún estímulo y no tienen ningún medio de formación artística en Lima. No conocemos ahí, sino una única clase de dibujo elemental, dirigida por M. Ignacio Merino, discípulo de M. Monvoisin. Quito, convertida en capital de Ecuador, es hoy día, la única ciudad del Virreinato, que ha quedado fiel a los artistas. Ella posee una escuela de pintura, que tal vez no debemos tomarla muy en serio, pero que por ella existe indudablemente, una buena voluntad hacia la pintura; infelizmente, eso es todo, pues el dibujo y la imaginación, esas dos cualidades esenciales, parecen faltar en [111] los quiteños, que casi siempre copian sus cuadros sobre grabados. El colorido nos parece ser el mérito menos discutido de sus producciones.

La vista constante de esos numerosos cuadros no podía permanecer estéril, en un pueblo cuyo gusto y aptitud para diferentes trabajos de arte llenos de delicadeza, se habían manifestado ya, desde la época de la Conquista. Es sin duda, del examen de esos modelos, que sacan un vivo sentimiento de la pintura, algunos valientes obreros del Cuzco y Chuquisaca, ocupados sin tregua en reproducir, melancólicamente, la imagen de sus antiguos jefes incas. Siempre una docena de figuras, dispuestas irreprochablemente sobre una misma tela, con el orden de un tablero de ajedrez: están uniformemente revestidas de una especie de dalmática, llevan sobre la frente la bellota roja y la franja, signos distintivos del poder soberano; y tienen en la mano el bastón de mando, común a casi todos los caciques del océano indio. Hemos tenido ante los ojos varias de esas figuras, convenientemente concebidas y agradablemente pintadas; pero lo que las caracteriza sobre todo, es una expresión de tristeza y desaliento que oprime el corazón.

Esos indios celosos y pacientes, son de esa manera, en la actualidad, los representantes de la pintura nacional. El arte de la ornamentación ha sido muy cultivado en Lima, y más aún, en las ciudades del interior; en cuanto a la escultura, nada indica que haya tenido adeptos. Una de San Juan Bautista y un Cristo flagelado que recuerda el modo de Benvenuto Cellini, con la Santa Rosa de Mazza, son los únicos buenos modelos que se encuentran en la ciudad. Por el contrario, las iglesias, están llenas de admirables esculpidos de madera. No sabemos a quién atribuir los tallados de la Catedral, los de San Francisco, y las demás obras del mismo género esparcidas en las diversas iglesias. ¿Fueron hechas en Lima?, así lo aseguran, y en efecto hemos reconocido, en casi todas las estatuillas, un carácter en su fisonomía, particular al país. Desgraciadamente el clero peruano se obstina aquí, en hacer desaparecer bajo espesas capas de barniz todo el acabado del trabajo.

Tal es el triste estado de las artes en el Perú. Hijos de la paz, hubieron de sentir cruelmente la influencia de las agitaciones revolucionarias. Por lo expuesto, el amor a la pintura no se apagará tan pronto en la sociedad peruana, si se le juzga por la cantidad de frescos que decoran los muros y los postigos [112] de las casas particulares. Cuando esos frescos no son la reproducción de ciertos grabados mediocres,

el espíritu y la originalidad que se encuentra en ellos, autoriza a creer que estudios apropiados convertirían en artista a más de un desconocido embadurnador. Que venga pues, un poder sólido que dé a los pintores las comodidades que les deseamos. Veremos sin duda, a muchos jóvenes limeños que hoy día estudian en Francia, regresar a su ciudad natal y reanudar ahí, la cadena de tradiciones, que parecen designar a Lima como la cuna del arte americano(13). En efecto, ¿cómo perecería la inspiración por falta de alimento? ¿Cómo faltarían modelos para los estudios, en un clima favorecido por el sol? ¿Sobre ese suelo que varía hasta lo infinito sus aspectos, que desarrolla las más imponentes perspectivas, y donde se agita, acusando poco más o menos, todas las razas y todos los grados de la civilización, esa extraña sociedad peruana donde las mujeres limeñas son la flor? Es en el grupo radiante de estas últimas, que se encuentra ese perfil puro y suave de las vírgenes; ese tipo noble y generoso de las soberanas; esa expresión ardiente e impetuosa de las bacantes. Es allí, en fin que la elegante flexibilidad del andar, la gracia sin igual del porte, de las actitudes, de los gestos, se unen a todo lo que la mirada tiene de tierno magnetismo, y la palabra de cariñosa eufonía, para perpetuar ese encantador dicho peruano que caracteriza a las limeñas: ¡Limeña, cariñosa!
[113]

- VIII -

Una ejecución militar. Un pronunciamiento

En presencia de las obras maestras debidas a una época de orden y de paz, nuestro pensamiento se transportaba involuntariamente hacia las tristes emociones de las que el Perú, parece hoy día libertado. Durante nuestra estadía en la capital peruana, fuimos testigos en la Plaza Mayor, de algunas extrañas escenas, que nos enseñaron en un día poco favorable, la vida política del país. En ese sitio se ejecutan las sentencias capitales, y es ahí también, donde se han desarrollado la mayor parte de los dramas o comedias militares de los cuales la república fundada por Bolívar ha sido el teatro. Aún, poco tiempo antes de nuestra llegada, el Perú estaba en plena guerra civil. Desde la época en que el presidente Gamarra había expiado sobre el campo de batalla de Ingavi, su desastrosa tentativa contra Bolivia; Torrico, La Fuente y Vidal, se habían disputado el poder, que había terminado por caer en manos del general Vivanco. Éste, más prudente que sus predecesores, había comprendido que el único medio de operar las grandes reformas esperadas por el país, era someterlos a la prueba de una dictadura momentánea. Había tomado el título de Director Supremo, y comenzaba a realizar con valor sus intenciones patrióticas, cuando una temible conspiración que se había tramado a favor del general La Fuente, lanzó nuevamente al Perú a las reacciones y a las violencias. Vivanco decidido a sofocar con una enérgica represión las tramas que le amenazaban, hizo arrestar a todas las personas que fueron señaladas como hostiles a su gobierno. La fuerza de este acto dictatorial, fue, desgraciadamente debilitada por una indecisión que le desnaturalizó el carácter. Influencias poderosas dejaron en libertad a algunos de los conspiradores, y el temor a las revelaciones comprometedoras obtuvo la

gracia para los demás. En resumen, al cabo de algún tiempo, la justicia no guardó sino a un pobre [114] buhonero, quien más culpable o más torpe que sus cómplices, no pudo rechazar la acusación, y fue condenado a ser pasado por las armas. La ejecución de ese desgraciado, ha quedado en mi memoria como un rasgo de esas costumbres tan extrañamente mezcladas de dolor y de crueldad que ya había podido observar en toda su impetuosa libertad, en la Plaza de Acho.

La casualidad nos había llevado a la Plaza Mayor, el día que debí ser ejecutada la sentencia dictada contra el buhonero, tan tristemente abandonado por los que lo habían comprometido. El pueblo afluí ahí, de una manera desacostumbrada, y se formaban por todas partes grupos compactos. El andar de las mujeres, que se encontraban ahí como siempre, en imponente mayoría, traicionaba, la inquietud, la indecisión, el constreñimiento; ellas cruzaban ahora, más herméticamente que de ordinario, la tela negra de su manto; e iban de un grupo al otro, el oído en acecho. Se adivinaba de mil maneras, que los espíritus, estaban ese día bajo el golpe de una preocupación seria y penosa; y que la espera de algún acontecimiento grave, reunía ahí a esa muchedumbre que crecía sin cesar. A pesar de la circunspección que pedía nuestro uniforme, en esa ciudad, siempre en trabajos de algún nuevo transtorno revolucionario, fuimos cediendo al aguijón de la curiosidad, mezclándonos a los conciliábulos improvisados, cuando un peruano se nos aproximó para pedirnos el favor de encender su cigarrillo en nuestro cigarro. Yo le presenté, según la costumbre, mi panatilla por la punta encendida; él lo tomó delicadamente entre el índice y el pulgar, se sirvió de él, y me lo devolvió con ese gesto gracioso que en la América española es todo a la vez: un saludo y un agradecimiento. Favor por favor: lo interrogamos por la causa de esa extraordinaria reunión.

-¡Cómo! ¿No saben ustedes pues, que se va a fusilar a un conspirador?

-¿En dónde?

-Aquí mismo, en la Plaza, a dos pasos de ustedes.

-¡Qué! ¿En medio de la muchedumbre?

-¿Por qué no?

-¿Pero, los accidentes? [115]

-¡Caramba! Eso se ha visto, pero es toda la culpa de las víctimas, pues nadie ignora que se tira del lado del Arzobispado. Mire usted bien.

Él dio algunos pasos y nos enseñó una muralla cuyo yeso, mostraba en efecto, los rastros innegables de las ejecuciones precedentes. Todo aquello nos tranquilizaba medianamente acerca de la seguridad pública, pues esa muchedumbre que la necesidad de emociones llevaba a hacerlas sentir la terrible voluptuosidad del terror, debía contar, seguramente con más de un imprudente. Sin embargo, más de un regimiento, delante del cual sonaba la banda, vino a distraernos; todo el mundo lo rodeaba y cada cual pareció aliviado del sentimiento penoso que lo oprimía. Los pelotones se detuvieron delante del Palacio Nacional, formando un rectángulo alargado; las banderas pasaban saludadas por las armas y el redoble de los tambores; la resonancia de los fusiles, el cobre y el acero que relumbraban al sol radiante, el apresuramiento de las mujeres, el aire conquistador de los jóvenes oficiales ascendidos por Vivanco, que cambiaban saludos e interpelaciones familiares con las tapadas, todo ese movimiento, todo ese

ruido había dado, tan bruscamente, a la Plaza, un aire de regocijo y de fiestas, que comenzamos a olvidar el lúgubre drama al que el acaso nos había convidado. De repente, en un grupo vecino en el que la conversación parecía muy animada, un hombre interrumpió, al oír sonar el reloj de la Catedral:

-Las once menos un cuarto -dijo él-, aún un cuarto de hora y saldrá de la cárcel.

-Sí -dijo otro-, pero hay tres iglesias en su camino, así que no aparecerá sino al mediodía.

La conversación continuó entonces como si nada la hubiese interrumpido. No obstante, esas pocas palabras, retornando nuestro pensamiento hacia el desgraciado que iba a morir, nos hicieron tomar el camino de la cárcel, pues parecía que el drama al que íbamos a asistir como atentos observadores, debía tener diferentes peripecias. Llegamos ahí al toque de las once. El cortejo, abierto y cerrado por un piquete de caballería, estaba ya en movimiento; a cada lado del condenado, una fila de soldados contenía a la muchedumbre apretujada y curiosa. Un tambor cubierto con un paño negro, redoblaba una marcha fúnebre y lenta que acompañaba por intervalos, un pífano de sonidos chillones e irónicos; el toque de agonía se oía [116] tocar en la iglesia más cercana hacia la que parecían dirigirse. Acompañado por su confesor que le leía a media voz las últimas oraciones, el condenado caminaba con los ojos cubiertos y las manos atadas. Estaba en mangas de camisa y llevaba un ordinario pantalón listado; un viejo fieltro negro le cubría la cabeza; su estatura era alta; su andar seguro; y, fiel a sus gustos nacionales hasta el fin, ese hombre que iba a morir, fumaba un enorme cigarro. A poca distancia, venía un grupo de hermanos de la Buena Muerte, que después de la ejecución debían turnarse para velar el cuerpo y cumplir con los últimos deberes. Se avanzaba con una extrema lentitud que sin duda era parte del ceremonial obligatorio; en cada iglesia situada en el recorrido, el fúnebre convoy se detenía; el condenado conducido ante el pórtico, se arrodillaba sobre las gradas y rezaba, mientras que los tristes versículos del *De profundis*, salmodiado por voces profundas que nos daban escalofríos, salían de las entrañas de la nave. Terminadas las oraciones, el toque de muerte cesaba de sonar en esa iglesia para recomenzar en la iglesia siguiente; el cortejo continuaba su marcha a través de la muchedumbre triste de curiosos que afluían por todas las calles, y llenando los pórticos, se arrodillaban y rezaban con el sentenciado; pero nadie lo seguía, porque después de haberlo visto, cada cual se apresuraba a regresar por las calles adyacentes, al lugar de la ejecución. Nosotros también sentimos la necesidad de huir de ese triste espectáculo que ya nada tenía que enseñarnos, y regresamos a la Plaza Mayor, donde reinaba el mismo movimiento y las mismas emociones, a pesar de que los bandos tocados de tiempo en tiempo por los tambores de los diversos regimientos anunciaban que se leían sucesivamente a cada columna, la sentencia del condenado. Esa formalidad duraba todavía cuando a la entrada de la Plaza se elevó un rumor repentino que anunciaba al sentenciado.

Una corriente magnética pareció penetrar en la asistencia, que se estremeció como las espigas bajo una ráfaga. Todos los rostros expresaban estupor, todas las voces se callaron, y el cortejo que acabábamos de dejar

hizo su entrada en medio de un silencio de muerte. Para darle paso, un lado del rectángulo de las tropas, se abrió acercándose a las columnas vecinas, y nos descubrió la silueta fatal donde atado y sentado, el sentenciado debía sufrir su pena. Se le iba pues, a fusilar en medio de la muchedumbre, sin preocuparse mayormente de los que pasarían tras de él. Acostumbrados a esa maniobra, los espectadores que se encontraban comprometidos, se apresuraban a [117] huir; pero ni la policía ni la autoridad militar parecían pensar en interrumpir la circulación del lado del Arzobispado. Sin embargo, el sentenciado acababa de ser conducido cerca del banquillo de madera; desde ese momento, él concentró toda su atención; botó su cigarro, rogó a los que lo escoltaban que le quitaran la venda, y dirigió a la asamblea una alocución en la que protestaba por su inocencia; su mirada se volcaba sobre todo hacia una galería del Palacio de la presidencia, donde brillaban los uniformes de un gran número de oficiales, entre los cuales se encontraba -nos dijeron- Vivanco en persona. Parecían esperar un instante, que la clemencia del poder intervendría, y nuestras miradas interrogaron a la galería durante un minuto de dolorosa espera. Ese desgraciado debía ser bien culpable pues no se pudo adivinar la menor palabra, el menor gesto, la más vaga manifestación de simpatía en el grupo del que podía salir la palabra de gracia. Todo estaba dicho, comprendimos que la ley seguiría su curso, y nuestras miradas se voltearon nuevamente al condenado, cuyas febriles alternativas de esperanza y desaliento, no habían alterado en nada su calma y orgullosa actitud. Le repusieron la venda que se anticipaba a las tinieblas eternas, le hicieron sentar atándolo al poste que formaba el espaldar de la banquilla y lo sostenía al mismo tiempo fija al suelo, y doce hombres avanzaron listos a hacer fuego. Desviamos entonces los ojos de esos tristes preparativos y los dirigimos sobre la muchedumbre de los alrededores. El cuello extendido, la mirada huraña, los labios trémulos, y sin voz, muchas tapadas cuyas pequeñas manos blancas, sin fuerza sin duda para cruzar su manto, dejaban al descubierto un rostro joven en el que se pintaba una mezcla de curiosidad y de terror.

Una descarga de fusilería, que hizo saltar el corazón a todos, nos anunció que la sentencia acababa de ser ejecutada. De pronto, los tambores resonaron, las fanfarrias retumbaban, y las tropas rompiendo sus columnas, desfilaron ante la galería de Palacio, los portaestandartes inclinaron sus insignias, los oficiales saludaron con el relámpago de sus espadas, gritando vivas. Ya, ese ruido, ese movimiento, comenzaba a botar la emoción dolorosa bajo la cual todas las frentes se habían curvado, y la respiración regresaba como después de una pesadilla; cuando un indecible espanto vino a apoderarse, con una rapidez eléctrica, de la multitud, que pálida y jadeante, se puso a huir en todas las direcciones, con una agilidad loca. Llevados a pesar nuestro, por esa ola desencadenada, preguntamos, [118] debatiéndonos lo mejor que podíamos, la causa de ese terror. «¡El muerto! ¡el muerto!» era la única respuesta que podían darnos. Sin embargo, solamente el ruido de una segunda descarga de fusilería, vino a detener a los fugitivos, y pudimos regresar al lugar de la ejecución. Vimos entonces al desgraciado ajusticiado, herido por varias balas, pero tan torpemente, que aún después de esa nueva descarga, se retorció y respiraba como un galvanizado, lo que nuevamente, casi puso al

público en fuga. Por fin, se aproximaron algunos soldados, cerca del mutilado y le dieron el golpe de gracia. En una de esas descargas voluntarias, un individuo que nos pareció ser un oficial y que sin duda había olvidado que no se pasaba del lado del Arzobispado, acababa de ser gravemente herido; los soldados que lo llevaban todo ensangrentado, le reprochaban con vehemencia, el haberse metido de aquel lado. Los penitentes se aproximaron al cadáver, que arrimaron y sostuvieron por medio de ligaduras, al poste de la banquilla, y como debía permanecer hasta la noche en ese sitio, una cruz y una pila de agua bendita, fueron colocados junto a él. Luego, esos religiosos se repartieron el velorio fúnebre, a fin de que tuviera siempre uno en oración, hasta la hora en que la tumba recibiera sus despojos mortales. Los fieles pudieron entonces venir a echar agua bendita sobre el ajusticiado y depositar una ofrenda en su sombrero, en el que se podía leer una inscripción previamente escrita, solicitando limosnas, que, afirmaba, servirían para pagar oraciones por el descanso de su alma. Después de la oración de la noche, el cuerpo fue levantado, los portales se poblaron como de costumbre, con elegantes paseantes, el ruido y la alegría regresaron y todo parecía decirnos que la escena trágica de la que esa Plaza había sido teatro, en la mañana, era ya un viejo recuerdo. Nos preguntábamos, cómo olvidaban tan pronto, impresiones que habían parecido sentir tan vivamente. Algunas semanas más tarde, una singular circunstancia, vino a probarnos que el olvido no era tan profundo como parecía. Asistiendo al sorteo de la lotería nacional, fuimos grandemente sorprendidos al encontrar entre las divisas que acompañaban a los números escogidos por los jugadores, la siguiente, repetida gran número de veces: «El alma del hombre fusilado». ¿Sería el remordimiento de un cómplice egoísta? ¿Sería el recuerdo de algún amigo? ¿Querían dotar a alguna capilla o celebrar una misa, si la suerte se mostraba favorable, o bien si el favorecido entrando en arreglos con el difunto, debía darle sus oraciones quedándose con el dinero? Esta última suposición [119] nos pareció la más racional, pues hay que confesar de que si en Lima creen en la misa; creen también mucho en el dinero.

Los acontecimientos políticos debían ofrecernos luego, en el mismo lugar, episodios menos terribles. Una calma de algunos meses, había seguido a la ejecución del buhonero. Lima comenzaba a esperar que el poder establecido, tomara por fin serias raíces. Algunas reformas útiles, precursoras de las buenas intenciones de Vivanco, se produjeron entonces, actuando primero sobre las fuerzas armadas, de las que se licenció una parte del numeroso e inútil Estado Mayor. La administración tuvo también su turno; magistrados ímprobos e incapaces fueron revocados, y severas advertencias vinieron a inquietar a diferentes funcionarios sospechosos. La parte sana de la sociedad, aplaudía esas prudentes medidas del Director Supremo, quien pudo creerse por un momento, sostenido por la opinión pública. Infelizmente, las reformas realizadas, vinieron a herir algunos intereses e hicieron sangrar a más de un amor propio; algunos jefes de partidos influyentes, habían sido condenados al destierro, entre éstos se encontraba el general Castilla, que resolvió hacer servir la situación a la causa del principio constitucional. Fomentó en el sur una insurrección y marchó sobre la capital con un núcleo de tropas que aumentaba día a día, con nuevos alistados. En cuanto fueron conocidos en Lima, esos sucesos, se

manifestó una extrema agitación, y no se podía dudar, viendo el entusiasmo con que se preparaban a rechazar al enemigo, del calor de las simpatías consagradas a Vivanco.

La ciudad se revistió en esa circunstancia de un carácter tan particular, que no carecía de interés. Los ciudadanos corrían a inscribirse en los alistamientos de voluntarios. Se organizó la resistencia en los puntos amenazados y débiles y se levantó barricadas en las entradas principales de la ciudad, protegidas por la artillería. Estos últimos trabajos ejecutados sin la menor inteligencia, en su mayor parte, no podrían servir de ningún auxilio; la barricada del puente de Montes-Claros sobre todo, compuesta de armazones macizos y fijos, que tornaba imposible la puntería de una pesada pieza de campaña colocada detrás, nos pareció destinada a representar un papel muy mediocre, si la tentativa tenía lugar de ese lado. No obstante, era un placer ver qué importancia parecían dar a esos medios ilusorios. Los oficiales superiores, los ayudantes de campo atareados, los ordenanzas, galopaban en todas las direcciones, visitando los puestos, examinando los diferentes trabajos [120] y llevando órdenes. Por la ciudad circulaban patrullas; todo el mundo jugaba a los soldados y el más pacífico tendero, alistado en la milicia burguesa, hacía resonar el empedrado bajo alguna inocente espuela.

Ese ardor guerrero bastante burlesco, esos preparativos bastante insignificantes, vistos de cerca, tuvieron por lo tanto, como buen resultado, el que ellos llegaran al campo enemigo, con gigantescas proporciones. Así que, mientras los rumores más contradictorios circulaban en Lima, respecto a la llegada de las tropas revolucionarias, éstas no encontrándose bastante fuertes para tentar el ataque de una ciudad en tan marcial actitud, retrocedía su camino, decididas a esperar nuevos refuerzos. Debemos añadir, para ser justos, que esa retirada fue atribuida a un motivo laudable. La repugnancia -dicen- del General a ensangrentar las calles de la capital.

Sin embargo, el partido de Castilla, por haber aplazado su ataque decisivo, no se volvió menos temible. El Director Supremo, recibía comunicaciones tan inquietantes sobre sus progresos, que decidió a oponerle una división cuyo mando confió a uno de sus generales. Éste, habiéndose puesto en campaña, alcanzó al enemigo; pero en un momento en el que había tenido la imprudencia de dejar a sus hombres romper filas y descansar sus armas para ir a saciar su sed en un barranco, éstos fueron envueltos de improviso y hecho prisioneros, casi en masa. Con la noticia de ese fracaso, Vivanco resolvió ir en persona a combatir la insurrección: salió pues, de Lima, dejando en su reemplazo al prefecto Domingo Elías, rico propietario de viñedos en la provincia de Cañete. La estación lluviosa, retrasó enormemente la acción definitiva entre los partidos hostiles, tanto, que el ridículo se apoderó de la situación, y se acusaba con gracia a los dos jefes, de extremarse en marchas y contramarchas ingeniosas, a fin de evitar encontrarse. Varios meses pasaron sin traer ningún resultado, los negocios públicos y las transacciones comerciales languidecían, y la crisis amenazaba prolongarse, cuando un hombre se decidió a ponerle un límite. Asistimos entonces al escenario de una fábula bien conocida. Esa presidencia que Vivanco quería guardar, que Castilla

quería tomar, fue un buen día, confiscada de la manera siguiente, por un tercer personaje, que no era otro que el prefecto Domingo Elías.

Nada, por cierto, hacía presagiar aquel día, un acontecimiento [121] de tal importancia. La ciudad parecía en la atonía, los campanarios estaban silenciosos; la población, sin el menor pretexto para enfrentar el sol del mediodía, se resignaba a pasar en la sombra las horas tórridas, que en las zonas tropicales no achicharran -si se cree a un impertinente dicho- a los perros, los negros y los viajeros franceses. Pocos paseantes quedaban en la sombra azul de los portales, donde los tenderos de brazos cruzados y cigarro en la boca, esperaban melancólicamente a los parroquianos, que de día en día se volvían más escasos. En medio de la Gran Plaza, los aguadores, renovaban en la fuente, la carga líquida de sus mulas y se iban, haciendo sonar sus campanillas. Los gallinazos parecían más inmóviles y más fastidiados que de costumbre y si por acaso se oía rebuznar a un burro o ladrar a un perro, ningún otro ruido perturbaba la silenciosa ciudad. La atmósfera cargada de fluídos enervantes, que convidaban a las sombras y a los tranquilos ocios de la vida ordinaria. Así que íbamos a dirigirnos hacia un techo hospitalario, donde teníamos en perspectiva una hamaca, cigarros, helados y guitarras, y donde éramos siempre cordialmente acogidos, cuando en el ángulo de la casa municipal, vimos aparecer un grupo compuesto de cincuenta personas más o menos, en medio del cual caminaba un individuo vestido de negro, llevando en la mano un rollo de papeles. Veinte o treinta soldados seguían en orden a manera de escolta. Preguntamos lo que significaba esa reunión y nos hicieron saber que el prefecto, Domingo Elías, se iba a Palacio para declararse, por un pronunciamiento, Presidente de la República. Si algo había podido admirarnos en esa extraña ciudad, fue seguramente una noticia tan brusca brotando de repente de esa calma profunda; pero, como el prudente, estábamos preparados a todo y nos juntamos primero al cortejo, libres de admirarnos después. Los centinelas de Palacio, la barba apoyada en el cañón de su fusil, nos vieron pasar, con una extrañeza estúpida. Atravesamos un patio, subimos una escalera y entramos en una galería a la extremidad de la cual se encontraba una entrada. Elías, tomó lugar ahí, a su alrededor estaban algunos individuos funcionarios importantes sin duda. Nos pareció, entonces, tener a lo más, unos cuarenta años; era un hombre de talla mediana, de rostro redondo, lleno y regular; tenía la tez coloreada como la de un cholo; su fisonomía grave y seria, nos pareció, cuando tomó la palabra, llena de dulzura y benevolencia.

En el momento en que Elías se preparaba a leer su factum, un retroceso tuvo lugar en la galería, que nos llevó hasta el [122] pie de la entrada. Nos debatimos luego para salir de la muchedumbre y conseguimos encontrar un lugar, sobre la grada de un banquillo, que guarnecía el rededor del departamento. A esa altura, pudimos dominar a la concurrencia, que de repente había llenado el recinto. Trescientas personas más o menos, se apretujaban en las galerías; las tapadas, que de ese número formaban los dos tercios, discutían el acontecimiento con tal animación, que varias veces tuvimos que reclamar silencio. Por fin, Elías tomó la palabra, todas las miradas se volvieron hacia el estrado, y el silencio se restableció poco a poco. Su pronunciamiento, no difería sensiblemente de los que los años turbulentos de la Emancipación habían hecho salir a luz en tan gran

número. En él exponía las dificultades de la situación, el apuro de las finanzas, la miseria del país, el estancamiento del movimiento comercial todos los desórdenes que arrastraban de ordinario las guerras civiles, e hizo ver cuán necesario era que un ciudadano, ensayara devolver a la patria la calma de la que sentía tanta necesidad; enseguida haciendo al auditorio un llamado, que quedó sin respuesta, declaró con voz conmovida, que a falta de ese individuo dispuesto a tomar la dirección de los negocios, él se sentía con bastante abnegación para cumplir esa espinosa tarea, hasta el día en que la voluntad nacional, designándole un sucesor, le permitiera volver a la vida tranquila de la que no salía sino a su pesar.

El discurso de Elías, no provocó el menor rumor, la menor protesta en esa ciudad que pocos meses antes nos parecía tan consagrada a Vivanco. Cuando el nuevo presidente para salir de Palacio, pasó ante los tambores colocados bajo el peristilo, éstos tocaron marcha, y el regimiento que guardaba a la ciudad, se puso enseguida en marcha, música adelante, recorriendo las calles y parándose en todas las encrucijadas, donde una especie de heraldo, leía en voz alta un decreto de amnistía para todos los detenidos políticos. Así se acabó esa revolución, que abrió al Perú, una nueva era, asegurando ahí, después de unos meses de guerra civil, al general Castilla. Nadie parecía ocuparse de ello. La ciudad continuó gozando de una tranquilidad perfecta; las tapadas rozaban como de costumbre el empedrado de los portales; los gallinazos, posados sobre las azoteas, miraban impasiblemente desfilar a los soldados; el pueblo continuaba con indiferencia su ruda labor. En cuanto a los espíritus ligeros, se repetían hasta la envidia: «¡Caramba!, ¡quisiera ver la curiosa cara que pondrá Vivanco, cuando sepa la noticia!». [123]

Libro tercero

[125]

- I -

El movimiento político desde la Independencia

Aún se recuerda el entusiasmo que manifestó Francia liberal por las colonias rebeldes de España, durante su lucha contra la metrópoli. Cada nuevo hecho de armas favorable a la Revolución, era acogido como una victoria nacional. El nombre del libertador Bolívar, estaba en todas las bocas, y ese corifeo de la noble causa americana, se vio en posesión de esa popularidad, que entre nosotros acapara la moda y se vierte en retratos sobre pañuelos de seda y sobre las tabaqueras. Nuestro país, que si sabe ser el más serio del mundo, parece también, a veces, querer olvidarlo, cegado en sus verdaderos intereses y engañado en sus sentimientos de generosidad, se indignaba contra la política de pura neutralidad que se le hacía seguir: ni siquiera comprendía que en esas luchas de España contra las colonias, se hubiera comprometido la casa de Borbón, dividiéndose. Así pues, cuántos aplausos para Inglaterra más atrevida y revolucionaria, que prometía ya a los hispanoamericanos reconocer su independencia.

Por esa época, en Francia, algunos espíritus justos, pero a los que

se les calificaba de atrasados, viejos políticos del sentimentalismo de Albión, vislumbraban una verdad: la filantropía de los ministros ingleses, principalmente de Mr. Canning, se conciliaba, por una de esas felices casualidades, con el mercantilismo de la nación. Había en ello, una cuestión de comercio y de exportación manufacturera, y además, una buena gana de arruinar los recursos del poder marítimo de España. Después de la batalla de Ayacucho, ganada por Bolívar y el general Sucre, al ver caer en América la bandera española, lanzaron grandes exclamaciones y miles de esperanzas se elevaron junto con esos jóvenes republicanos, cuya frente coronada de estrellas, brillaba en el cielo de la libertad. Se les predijo una inmensa prosperidad [126] igual a la de los Estados Unidos, gobierno modelo, ideal de su género en nuestros ingenuos salones y la escuela de los Beranger y los Benjamín Constant, esperó milagros, que no se debe nunca esperar en ninguna parte de instituciones introducidas tan repentinamente en un país, aun siendo ellas democráticas.

¿Ha respondido seriamente la América del Sur a las esperanzas de Europa? ¿Cuál de esas esperanzas de grandeza ha visto realizarse?

Treinta años han transcurrido desde la emancipación de las colonias del yugo de España, y por todas partes ha reinado la anarquía, y ha aumentado el desorden, excepto en un país colocado en medio de circunstancias excepcionales. Chile, que parece, desde hace algunos años salir del caos democrático. Los demás estados hispano-americanos: Méjico, Perú, La Plata, Ecuador y Bolivia, están siempre minados por esas pequeñas revoluciones del interior que se llaman pronunciamientos, o lanzados a la guerra entre los estados limítrofes -en fin, sin crédito y decaídos políticamente-; desposeídos de su antiguo bienestar material, esos estados han pasado por todas las miserias de las discordias civiles. En vano intentaron hacerse ilusiones sobre su presente y más aún, sobre su porvenir: los hispano-americanos, no abusan más -a veces- que ciertos hombres de estado en Europa; pero ni aun ellos mismos se engañan acerca de la situación que les crea una falsa libertad; los más responsables, los más sinceros entre ellos, lamentan hoy hasta el miserable despotismo de España para con sus colonias. No es extraño, pues, encontrar en el Perú admiradores del hombre que más debiera asustar, del bárbaro dictador de Buenos Aires de Rosas, aunque la pretendida prosperidad del país sometido a la dominación de Rosas, sea más ficticia que real y que su gobierno no descansa sobre ninguna institución fundamental destinada a sucederle(14).

¿Por qué no se atreverán a afirmarlo? Sería una felicidad, y lo más grande que podría sobrevenir a la América española si en el Perú, o en cualquiera de esos pequeños Estados que no han representado hasta ahora sino la comedia de la política, se destacara [127] de pronto, un hombre igualmente déspota pero de un genio más noble que Rosas, un dictador honrado, patriota, decidido a retirar a esas repúblicas de la opresión de ambiciones vulgares y restablecer en ellas, ante todo, el orden moral y la paz profunda en las sociedades y en la conciencia individual, que se pierde en las mejores revoluciones y que luego se tarda tanto en recuperar. Por desgracia, el poder, la dictadura, no se entiende así en América del Sur; se quiere ejercer la autoridad por orgullo y se le retiene casi siempre por consideraciones que están lejos de pertenecer a una clase elevada.

Es necesario decirlo claramente, los hispano-americanos tienen, a semejanza de los españoles, la falta de un serio genio político. Carlos V decía: «Los españoles parecen sabios, pero no lo son». Tienen, en efecto, la vivacidad, la gracia, el brillo caballeresco, pero poseen más bien lo superfluo y no lo esencial de esas cualidades; así es que rara vez se destacan con alguna gran idea gubernamental: es por eso que las razas de ese origen, viven tan fácilmente en la anarquía y se acomodan a esa multitud de conflictos que sufren otras naciones, como Francia, pero que por detestarlos, buscan siempre entrar en el orden.

La anarquía que estalló por doquier en las antiguas colonias españolas, es pues de esta manera, el estado natural de los hispano-americanos; es una tendencia, casi un placer, y, de todos los países de América, el más expuesto a esas sacudidas es el Perú; ha sido el teatro de aventuras extrañas y violentas, y desde Pizarro se ha destacado sobre todo por sus catástrofes.

La verdad es que examinando bien el estado antiguo y moderno de ese país, se sorprende uno de su desorden tan continuo; es tal vez ahí un mal incurable, mezclado a todo lo que se revela de extraordinario, de encantador y de heroico en la raza española.

A menudo, me he preguntado, si el descubrimiento prematuro de la América, no ha sido una calamidad, y si llevado a cabo hoy día, no despertaría tanto entusiasmo como antaño, sin todas las barbaridades de los primeros conquistadores. En efecto, es una desgracia que nada compensa, nada; ni siquiera las riquezas esparcidas por Europa, ante esa inmensa pérdida de la antigua sociedad americana, desaparecida bajo el hierro y el fuego de los españoles. Pizarro y Cortés, fueron a América, a destruir el objeto más raro y precioso del mundo: una civilización [128] aparte, sin analogías, y en pleno brillo y de la que subsisten aún, ruinas magníficas en México y en el Perú. Si en esas extremidades de la Tierra, en el Occidente, donde la tradición decía desde Platón, que un país afortunado, la Atlántida, se hallaba oculto, y si durante siglos, aun hasta nuestra época, nadie lo hubiese abordado, y que al fin se hubiera visto aparecer de pronto ese desconocido continente, qué espectáculo tan maravilloso y encantador. Qué felices habríamos sido al encontrar en América el Imperio de los Incas intacto, en lugar de estas pobres repúblicas en decadencia.

En realidad, hoy día, no se siente sino una triste decepción a la vista de ese nuevo mundo malogrado por los héroes o los aventureros de Europa(15). Sólo la naturaleza ha quedado grande; deja silenciosamente vegetar sus selvas, correr sus ríos inmensos y subir hasta el cielo el pico de sus cordilleras... En cuanto al hombre que se descubre en esos espacios, ¿qué ha creado desde hace trescientos años? ¿Cómo ha reemplazado a ese pueblo medio egipcio de los incas, sus templos incrustados de oro y pedrerías, que encantaban al historiador Solís? Todo se ha desvanecido, hasta las gigantescas ciudades de la Antigua América, y sobre los escombros de Palenque o del Cuzco, vagan gentes débiles, llevando los caracteres físicos de diferentes mezclas de razas. He ahí lo que ha desaparecido y he ahí lo que ha quedado.

Es evidente que la América del Sur, ha atravesado un declive durante la dominación española; o si se quiere una transición violenta y la

verdadera época, no ya de conquista, pero sí de ocupación general y pacífica, de Europa, debe comenzar. Sin embargo, cuánto tiempo ha de transcurrir aún, antes de que se forme en el Sur de América, como en el Norte, una grande y única nación, compuesta de todos los estados; antes de que se llegue a destruir en esos países, una de las causas de la revolución: la mezcla de sangre negra, blanca e india, que lleva en sí algo de implacable, y que llegando a influir sobre el carácter de los hispano-americanos, los torna tan difíciles de gobernar.

Sin embargo, no se podría asegurar que hoy día, como antaño, todo haya sido lo peor en América española. La metrópoli no siempre ha gobernado sus colonias según la máxima [129] bárbara: «Dividir para reinar y para oprimir». No; los reyes de España a menudo han intervenido con sus ordenanzas, a fin de temperar la crueldad de los gobernantes o virreyes; pero según el estrecho y egoísta sistema colonial de ese tiempo, los virreyes sólo gobernaban siguiendo dos ideas funestas: una, que nacía de la situación del país conquistado: la esclavitud; la otra sobre la cual la corte no transigía: el aislamiento absoluto de sus colonias. De ahí ese decaimiento de los americanos, de ahí su ignorancia poco más o menos general en medio de un orgullo insensato.

Así, la Libertad dada al Nuevo Mundo, no sólo ha creado los males que saltan a la vista; sino que los ha agrandado, eso es evidente. Pero esos males eran antiguos y la libertad no ha hecho más que poner las heridas al descubierto sin curarlas. Casi todos los vicios de la sociedad americana son en una forma u otra, el legado maldito del pasado. He aquí lo que era antaño el Perú: la mayor parte de los virreyes, plagiarios de la corte de España, habían importado a las capitales como Lima, esas costumbres de fausto y ostentación que, convirtiéndose desde entonces en una necesidad, han puesto a la orden del día la corrupción y la rapiña. Hubo nobles alrededor de ellos, como se apretujan hoy día generales alrededor de los presidentes; aristocracia igualmente violenta y venal; hubo una magistratura que vendía la justicia; hubo un clero, que en lugar de elevarse con la religión por encima de las pasiones de los hombres, bajaba hasta la tierra y no pareció ser otra cosa que un acólito del poder. En fin todo fue enmascarado y teatral como ahora.

Pero al margen de las clases oficiales, ¿no existía en el pueblo o en las clases acomodadas, un espíritu más simple o más realmente cristiano? De ningún modo, y hay que repetirlo, en esa sociedad de todos los colores, blancos, europeos o criollos, americanos, mestizos, zambos o negros, todos estaban divididos y sintiéndose surgidos de un mal estado de cosas, cada cual seguía sus inclinaciones, es decir sus vicios originales de casta. Los unos, como las gentes de la clase rica, además de mantenerse apartados de la vida pública, dejaban el trabajo en manos de esclavos y les reprochaban su pereza. Ociosos ellos mismos, faltos de energía en cualquier otra cosa que no fueran fiestas y diversiones, en las que participaban con el populacho haciéndose iguales, en las corridas de toros, en las lidias de gallos, en los bailes lúbricos, en las partidas de juego desenfundadas, [130] y hasta en medio de esas suntuosas procesiones y de esas misas de gran aparato, que formaban entonces la existencia activa de la sociedad. Es así como Lima desbordó de placeres y el libertinaje entronizado le dio celebridad.

Tal era la sociedad peruana cuando estalló la insurrección. Ésta vino de las extremidades al corazón del reino, porque si todas las ciudades coloniales sufrían el yugo de la metrópoli, no todas participaban de las mismas ventajas como los grandes centros de población, sede de los virreinos. El levantamiento fue pues más rápido en Chile que en el Perú y la lucha fue ahí más enérgica y más encarnizada. A su turno, sin embargo, los peruanos combatieron con coraje en varios encuentros, y el triunfo de Ayacucho vio al fin expirar el poder de España sobre sus colonias. Aquí no intentaremos buscar qué otras influencias fuera de las influencias locales, originaron ese movimiento tan rápido de recomposición, o según algunos, de descomposición. Así, dejando a un lado lo que ya se ha dicho, con evidencia acerca de la oposición de ideas en el siglo dieciocho, que había producido ya, la Revolución Francesa, contentémonos con resaltar la habilidad con que los hispano-americanos aprovecharon la ocasión del cautiverio del rey de España, Fernando VII -detenido entonces por Napoleón- para constituir primero gobiernos antirrealistas, luego independientes y al fin republicanos. El partido de la independencia siguió en la América española la misma marcha por todas partes. Pero entregados a ellos mismos sobre las ruinas del poder que los había dirigido hasta entonces, los peruanos se encaminaron a hacer un triste uso de la libertad que recibían de improviso; sacudieron el yugo de la metrópoli, pero quedaron con su espíritu impregnado aún de sus costumbres y sus leyes, que habían absorbido con la educación: el viejo árbol cargaba aún sus frutos. Entonces se abrió ese período tormentoso del que nadie podía aún prever el término.

En el embrollo que se llama la Historia del Perú, se ven sucederse de una manera tan rápida los gobiernos y los partidos, los hombres y las ideas, que toda idea sistemática parece borrarse de la conciencia nacional. La permanencia de la anarquía, el triunfo de los vencidos de ayer, la derrota de los vencedores de hoy, han terminado por destruir el fundamento moral de todo orden y por alejar de la autoridad establecida el apoyo de la opinión pública. La fuerza se ha vuelto verdad; aquél que puede disponer de ella llega al poder; siendo así el ejército su [131] instrumento, sus grados son perseguidos con una ambición encarnizada. Los grandes partidos se han subdividido en una serie de sectas políticas, que a su turno, desgarrándose entre sí, no dejan subsistir sino hombres, representaciones, mientras que la idea, el partido, la secta, se personifican en el jefe. Cuando se llega a ese triste extremo, en el cual el individuo lo es todo y el pueblo no es tomado en cuenta para nada, la marcha de la sociedad, en lugar de ser la ley del pensamiento común, no es sino el capricho del hombre fuerte o afortunado. Es eso precisamente, lo que va a resaltar en el encadenamiento de hechos que se han sucedido desde la república y de lo que vamos a intentar presentar el movimiento sumario.

Aquél que había libertado a los peruanos, debía ser la primera víctima de su versatilidad nacional. Investido del poder supremo en Lima, en agradecimiento a sus gloriosos esfuerzos por la libertad, Bolívar apenas había tenido tiempo de echar las bases de una organización, gubernamental, cuando fue obligado a partir hacia las provincias del Alto Perú, llamado en su honor Bolivia. Ésta, después de su independencia, estaba en la alternativa de no saber si debía unirse a uno de los dos

estados limítrofes: Perú y Buenos Aires. El primer partido prevaleció y la presidencia fue conferida a Bolívar, con el título de Padre y Fundador de la Patria.

El Libertador llegaba en ese momento a la cumbre de su poder, verdadero emperador republicano, dictaba leyes a tres estados, que son cinco hoy día, y cuenta más o menos con ochocientas leguas de extensión de norte a sur. Pero la ambición envidiosa de sus lugartenientes, aprovechándose de las dificultades del transporte, y de actuar con rapidez en un país virgen aún de las conquistas de la civilización, presentó luego a Bolívar las imposibilidades de ejercer el poder sobre un territorio tan vasto(16). Primero es Páez, quien separa a Venezuela [132] de Colombia; a esa noticia, Bolívar deseando ir él mismo a poner en orden al rebelde, deja a su lugarteniente Sucre la presidencia de Bolivia, atraviesa el Perú donde estableció un gobierno, y entró en Colombia, pero el viento de la insurrección, hasta entonces favorable a su suerte, se volvió contrario. Bolivia se subleva como Venezuela y mientras que Sucre huye, después de haber sido casi asesinado; el coronel Bustamante derriba en el Perú al gobierno establecido por Bolívar (1826).

Esa revolución, la primera del Perú, había tenido por instigador, principalmente al general Santander, vicepresidente de Colombia, a quien animaba un sentimiento de envidia contra Bolívar. Otro enemigo del Libertador, el general La Mar, fue llamado a la presidencia por el Congreso peruano (1827). Renovando una tentativa de dislocación de Colombia, concebida sin éxito por Bustamante, avanzó con una fuerza de ocho mil hombres sobre el territorio colombiano, donde fue derrotado por los generales Sucre y Flores, a pesar de que éstos no contaban para oponerle sino una débil tropa. Aprovechando del descrédito que echaba sobre él esa derrota, su jefe de Estado Mayor, Gamarra, se entendió con La Fuente, otro oficial de naturaleza ambiciosa e inquieta, para suplantar al presidente legítimo. El primero se sirvió de La Mar, y bajo el pretexto de que siendo extranjero no podía gobernar el Perú, (era colombiano), arguyendo además contra él, el daño que había hecho al país la infeliz expedición a Colombia, lo deportó a Centroamérica. Mientras que ese pequeño golpe de estado se cumplía en Piura, pequeño puerto marítimo, La Fuente en Lima, quitaba a Salazar y Baquijano la autoridad que le había confiado La Mar al ausentarse y se declaraba Jefe Supremo convocando al Congreso para elegir presidente. La elección burló sus esperanzas; no tenía el prestigio de Gamarra quien fue elegido. Tuvo que contentarse con la vicepresidencia. La señora de Gamarra, bella e intrépida amazona, se asegura que había contribuido [133] mucho con su ambiciosa actividad, a la suerte de su marido. Siempre a la cabeza de sus tropas, que exaltaba con su presencia, se la veía en las marchas compartir las fatigas del soldado y en las batallas correr al puesto de más peligro. Desdeñando los triunfos de salón, aun durante las épocas de paz, su mayor placer era visitar los cuarteles y pasar revista a las tropas. Gamarra, zambo disimulado y astuto, se dejaba eclipsar con gusto por una mujer que lo había sacado de la nada y de la que reconocía más que nadie su superioridad. El período constitucional de su poder, se cumplió a través de insurrecciones y dificultades de toda clase, lo que no le impidió al llegar al término legal, convocar un Congreso para revisar la Constitución y hacerse

reelegir (1833). Su esperanza se vio frustrada. Los votos se inclinaron a favor de Orbegoso, quien había tenido para sí la poderosa influencia de las mujeres, de las que era muy querido a causa de su hermosura. Orbegoso llegaba al poder bajo auspicios más favorables que sus predecesores. Salido de una de las mejores familias de la ciudad y perteneciendo a la raza blanca, atraía ya las simpatías de las clases superiores, su aspecto seductor y sus brillantes cualidades, le dieron una popularidad que no tardó en manifestarse, como lo vamos a ver, en un buen augurio para la presidencia. Gamarra, en las elecciones había puesto por delante al general Bermúdez, detrás del cual esperaba gobernar. Habiendo sido debelado su proyecto por la nominación de Orbegoso, organizó una revolución (enero 1834), que obligó al Presidente a refugiarse en la ciudadela del Callao, mientras que en Lima, él concedía a Bermúdez el título de Presidente Supremo. Pero por casualidad, esta vez, el pueblo encontrando mal que cualquiera hiciera doblegar la constitución a su gusto y capricho, se sublevó, batió a la tropa de Gamarra y le obligó a refugiarse en la sierra. Orbegoso pudo entonces volver a Lima y comenzar la persecución de los fugitivos, a quienes alcanzó cerca de Jauja. La primera acción fue favorable a la tropa revolucionaria, pero al día siguiente de ese éxito, el coronel Echenique que comandaba uno de los principales cuerpos de Gamarra, pasándose al bando de Orbegoso con toda su división, dio uno de esos raros ejemplos de un vencedor viniendo a alinearse en el partido más débil. Gamarra, viéndose entonces casi reducido a la impotencia, se retiró del escenario. Su partido se resistía aún en Arequipa. Orbegoso se dirigió allá para aniquilarlo. Mientras éste triunfaba y Gamarra iba a pedir asilo en Bolivia, otro jefe militar, Salaverry con una fuerza de ciento cincuenta hombres, que comandaba en el cuartel de Santa Catalina, hacía una nueva revolución en Lima y poco [134] a poco, todo el país se pronunció a favor de ese audaz rebelde. Orbegoso, no obstante, pudo conservar Arequipa bajo su poder, de donde pidió socorro al general Santa Cruz, presidente de Bolivia desde 1828. Entraremos en algunos detalles acerca de esos acontecimientos entre el Perú y Bolivia bajo el protectorado del general Santa Cruz.

Salaverry, desde el comienzo de su revolución, había anunciado el proyecto de apoderarse de las repúblicas vecinas: su carácter turbulento, su coraje, su talento natural y el entusiasmo que había llegado a inspirar a sus partidarios, inspiraba serias inquietudes a Santa Cruz, quien temía ver invadida Bolivia. Entre tanto, Gamarra propuso a Santa Cruz conjurar el peligro obstaculizando en el sur del Perú, la marcha de Salaverry; se comprometía además, si se le facilitaba la entrada al Perú con alguna ayuda, a trabajar por una Confederación de las dos repúblicas del Perú y de Bolivia. Santa Cruz, sin fiarse mucho de su buena fe, pensó que era conveniente para su política, dejarlo ir a contrariar los proyectos de Salaverry. Gamarra partió entonces, pasó el Desaguadero, límite de los dos Estados, en mayo de 1835, y fue así, el primero que proclamó la Confederación que debía de combatir y derribar más tarde. Después de haber obtenido la sumisión de las fuerzas que se encontraban al sur del Desaguadero, ocupó el Cuzco y se halló luego a la cabeza de dos mil quinientos hombres, y dos departamentos importantes. Salaverry quedaba en posesión de todo el norte del país.

Tal era el aspecto de los hechos, cuando Orbegoso envió una delegación para solicitar el socorro de Santa Cruz. No consultando sino su conveniencia, la seguridad del resultado y sus compromisos precedentes la política de Santa Cruz hubiera sido la de apoyar a Gamarra, que disponía ya de serios recursos y no a Orbegoso que se hallaba vacilante y minado a la vez por los dos partidos de Gamarra y de Salaverry; pero tal vez a causa de esa debilidad, que en las eventualidades futuras dejarían un campo más libre a sus designios secretos, el Presidente de Bolivia, basándose en el carácter de legitimidad con que estaba revestido Orbegoso, accedió a su pedido y firmó en La Paz un tratado por el que se comprometía a llevar socorros y tomar, no obstante, el comando de sus fuerzas combinadas; Orbegoso se comprometió por su parte a convocar un congreso para elaborar la nueva organización política del Perú, tan luego recibiera el aviso de la entrada al Perú de las tropas bolivianas. [135]

Sin embargo, Gamarra que llegado al Perú como promotor y apoyo de la Confederación, se erigió jefe del Estado del Centro, rehusó su concurrencia a todo arreglo en el que tomara parte Orbegoso y pidió su destitución, lo mismo que la remisión bajo su mando del departamento de Arequipa. Sus pretensiones eran tanto más temibles para Santa Cruz y Orbegoso, cuanto que había tenido la suerte de ver pasar a sus filas una fuerte división de Salaverry de tres mil hombres, acantonada en el Cuzco. Salaverry por otra parte, acababa de fulminar a la noticia del tratado de La Paz con un decreto de guerra a muerte contra los confederados, los cuales habían respondido con un decreto semejante; y Santa Cruz avanzó hacia el Cuzco. Durante su marcha, Gamarra le pidió por escrito una entrevista en Sicuani; pero el jefe boliviano prevenido contra alguna tentativa que se tramara contra él, no accedió a ir; descubriéndose más tarde que el mismo día, Gamarra había escrito una carta semejante a Salaverry: ofrecía a cada uno de los dos generales su cooperación para derribar al otro. Estos hechos que nos limitamos a relatar fielmente, no necesitan comentarios. Gamarra viendo descubierta su astucia, tomó posición sobre las rocas escarpadas de Yanacocha, y esperó a las tropas confederadas de las cuales Orbegoso sólo había podido equipar ochenta soldados; los únicos restos fieles a su causa. Santa Cruz presentó batalla y Gamarra vencido fue obligado a huir. Quedaba Salaverry. Si aún dominaba en el norte, no se sostenía sino por el empleo de medidas extraordinarias. Las violencias de toda clase, contribuciones forzadas, conscripciones, ejecuciones arbitrarias, triste cortejo de las guerras civiles, están consignados en los documentos de esa época. Bajo los auspicios de la victoria de Yanacocha, Orbegoso se había puesto en Lima, a la cabeza de una división del ejército unido, dejando al general Santa Cruz el cuidado de perseguir a Salaverry en las llanuras de Arequipa, donde este último, gracias a una operación proyectada con rara inteligencia y ejecutada con mucha audacia, se había trasladado por mar con todo su ejército. Pero los arequipeños, hostiles a su sistema destructor, se mantuvieron a la expectativa hasta la llegada del ejército unido, del que se había ocultado la proximidad. Cuando esto se conoció, se encontraba ya al norte del puente de Arequipa, la ciudad, por el sur, le cortaba la retirada y no le dejaba ningún medio de evitar la batalla. Su ejército, numéricamente superior al de Santa Cruz, le era inferior en elementos. Por fin tuvo

lugar la batalla de Socabaya en la que ambos partidos combatieron con igual ardor. Después de tres horas de una lucha que presentó diversas alternativas, la victoria fue de Santa Cruz y [136] Salaverry, cayendo en su poder fue pasado por las armas en la Plaza de Arequipa, con ocho de sus partidarios.

Las victorias de Yanacocha y de Socabaya, terminaron con la revolución y aseguraron al menos por algún tiempo, la tranquilidad. Se pudo entonces regularizar la acción gubernamental y deliberar sobre la suerte del país. Congresos convocados en Sicuani y en Huaura, decretaron la división del Perú en dos estados independientes llamados Nor-peruano y Sur-peruano, que debían confederarse entre sí y con Bolivia, cuyas intenciones se había manifestado de antemano; y Santa Cruz, pareciendo acceder más bien a las instancias de las poblaciones que a intereses personales, aceptó la dirección de esa política, con el título de Protector. El Perú le debe una era de calma y de prosperidad, cuyo prestigio aumenta aún por la rápida sucesión de movimientos anárquicos que le precedieron y siguieron. Desde su advenimiento al protectorado, se produjeron actos de administración prudentes e importantes: se acordó al comercio ciertas franquicias; y estímulos a la agricultura; se intentó desarrollar la industria nacional ofreciendo premios a los extranjeros que quisieran utilizar los elementos y estimular con su ejemplo la apatía de los nacionales; en fin, algunos hombres de verdadero mérito con los que se había rodeado el Protector, secundaron activamente sus puntos de vista y se llegó a poner un poco de orden en el seno de ese caos. Su celo y sus esfuerzos por asegurar la tranquilidad del país, no fueron, por lo tanto, recompensados como lo merecían. Por una de esas inconsecuencias del carácter peruano que hemos señalado anteriormente, un prejuicio lo enajenaba a la clase más influyente del país, no pertenecía a la raza de sangre azul; sangre india corría por sus venas. Esa mancha original que será tal vez un día el escudo indispensable para pretender el poder en la tierra de los incas, fue, aseguran, la causa más seria del alejamiento que sentían por él, espíritus que a pesar de eso, rendían justicia a su rectitud y a su genio de organizador. Una guerra con la república de Chile, permitió a los antiguos artesanos de revoluciones, volver a tomar el curso de sus desastrosos pasatiempos. He aquí cuál fue el motivo de esa guerra: entre las medidas tomadas por Santa Cruz para favorecer el desarrollo del comercio, se encontraba una que hería vivamente el interés chileno. Los navíos expedidos de Europa para el Océano Pacífico, tocaban casi todos en Valparaíso, que es el primer puerto importante de la costa; es el almacén a donde van de ordinario a aprovisionarse los caleteros de los diferentes puntos del litoral. Santa [137] Cruz, deseando hacer llegar directamente al Callao, puerto de Lima, las naves extranjeras, promulgó un decreto que castigaba con una diferencia enorme de derechos a toda nave que hubiera hecho escala al pasar por Valparaíso. Ante ese golpe, Chile se conmovió, un vecino como Santa Cruz, se volvía inquietante, y buscó un pretexto de guerra. Un exilado chileno acababa de desembarcar en el territorio de la República; su expedición preparada en el Perú, había sido si no favorecida, al menos tolerada por Santa Cruz. Teniendo ya el pretexto; el primer acto de hostilidad no se hizo esperar. En esto fue más feliz que leal(17). En la noche del 22 de agosto de 1836, una nave chilena

entraba en son de amistad, en la rada del Callao, se apoderó por sorpresa de parte de una escuadrilla peruana, y poco tiempo después, una expedición de la cual el general Blanco recibió al comando, fue dirigida contra el Perú. El General, encontrándose demasiado débil para llevar a cabo una lucha comenzada por la ocupación del departamento de Arequipa, se decidió a firmar un tratado de paz honorable, que le permitió traer sin pérdida a Valparaíso su pequeño ejército de invasión. Pero la cuestión era vital para Chile; se reprochó a Blanco el no haber resistido hasta la llegada de refuerzos, no ratificó el tratado y armó una nueva expedición más seria que la primera. Mientras que Santa Cruz, en el Estado del Sur, veía los modos de repelerla, Orbegoso, Presidente del Estado del Norte, operaba de acuerdo con el general Nieto, un levantamiento, con el fin de separarlo de la Confederación (julio 1838). Entre tanto, el ejército chileno, comandado por el general Bulnes, entraba en Lima y depositaba el poder en manos de Gamarra, mientras que Orbegoso se retiraba a la fortaleza del Callao, negándose a reconocer esa presidencia impuesta ni a asociarse con ella para combatir a Santa Cruz quien avanzaba a grandes jornadas. El ejército chileno, no encontrándose bastante fuerte para resistirle, retrocedió hacia Huaraz, punto de la costa al norte de Lima. Gamarra y La Fuente, hicieron ahí nuevos reclutamientos; Bulnes trajo otros de Chile, y el 20 de enero de 1839, por la mañana, Santa Cruz, que había resuelto marcharse a Huaraz con cuatro mil hombres, presentó la batalla de Yungay al ejército chileno, cuyas fuerzas eran superiores. El combate duró siete horas, y la suerte se decidió al fin [138] por Bulnes quien quedó dueño del campo de batalla. Se dice que los chilenos ensangrentaron inútilmente un acto ya decidido, masacrando sin piedad a los fugitivos desarmados. Entre los muertos, de los cuales la mitad se asegura que fueron sacrificados, se encontraban los generales Quiroz y Armaza asesinados a veinte leguas del teatro de la acción.

A pesar de ese fracaso, Santa Cruz fue recibido en Lima con interés, y se puso en camino hacia Arequipa, a fin de tomar ahí el mando del ejército del Centro que había confiado a Ballivián. Su proyecto era el de reforzar ese ejército con el de Bolivia a la cabeza del cual estaba uno de sus partidarios, el general Velazco; pero supo luego la defección de sus dos lugartenientes que le abandonaron de acuerdo: Velazco, apoderándose de la presidencia de Bolivia, y Ballivián de la vicepresidencia. Era su golpe de gracia. Tomó entonces la resolución de abdicar y dirigirse al Ecuador a pedir auxilio al general Flores cerca del cual encontró una noble hospitalidad.

La caída de Santa Cruz, fue también la de la Confederación. Gamarra conservó la presidencia del Perú, manteniéndose tranquilo hasta 1841 en que una nueva revolución estalló en Arequipa encabezada por el general Vivanco. Éste, proclamado por sus partidarios, jefe del Estado, con el título de Regenerador, fue deshecho por Gamarra que le obligó a huir a Bolivia. Ahí, poco después estalló una revolución a favor del general Santa Cruz, sus dos autores eran los generales Agreda y Goifia, que se apoderaron del presidente Velazco, mientras echaba tranquilamente una partida de cartas en casa de una señora de la ciudad, sin sospechar el complot que lo amenazaba. Con idéntico fin, el jefe del batallón Angulo, salido de Guayaquil a la cabeza de un pequeño bando, había intentado ya

sublevar a la provincia de Paita, al norte del Perú, pero habiendo fracasado en su tentativa, fue tomado preso y pasado por las armas. Esos acontecimientos inquietaron a Gamarra, que temiendo el regreso de Santa Cruz y el restablecimiento de la Confederación, se apresuró a entrar en Bolivia para aplastar al partido del Protector. Ahí se representó una comedia cuyo desenlace dramático fue, como lo vamos a ver, la muerte de Gamarra. Ballivián, conociendo en el Perú -donde estaba exilado-, la noticia de la deposición de Velazco, ofreció a Gamarra ponerse a la cabeza de un ejército que con el auxilio de las fuerzas peruanas, reduciría fácilmente a los partidarios de Santa Cruz. Con la ayuda que prestó Gamarra a ese proyecto, el éxito de Ballivián [139] fue más allá de sus esperanzas; tanto que después de haber derribado a los santacruceños -la ayuda de Gamarra que le había sido indispensable, se le volvió odiosa, porque afectaba formas de protectorado, y dejaba descubrir la intención de un desmembramiento de Bolivia en provecho del Perú-, esto intimó al general peruano, para dejar el territorio de Bolivia. Gamarra que quería adjudicarse absolutamente la provincia de La Paz, como precio de su intervención, no tomó esto en cuenta, y su ejército se volvió a encontrar con el de Ballivián, en la planicie de Ingavi, a algunas leguas de La Paz, 18 de noviembre 1841. Por primera vez en su vida, Gamarra fue temerario; quedó al frente de sus tropas. La fusilería comenzó, primero a un alcance sumamente inofensivo, como era costumbre, pero habiéndose aproximado insensiblemente los dos ejércitos, Gamarra fue muerto durante las primeras descargas más serias. Todos los suyos se dispersaron al instante, y huyeron dejando sus armas. Perseguidos por los lanceros bolivianos, fueron masacrados casi en su totalidad. Ballivián debía pensar naturalmente, cómo aprovechar un triunfo tan rotundo, así que apresurose en su turno a invadir el territorio peruano para tratar de apoderarse de alguna parte de él, aprovechando las discordias civiles que se desencadenarían probablemente al conocer la muerte de Gamarra.

El presidente del Consejo de Estado, Menéndez, que dirigía el gobierno durante la ausencia de Gamarra, había conservado el poder, y descuidó de convocar a los Colegios Electorales, para la elección del jefe del Estado, en el plazo requerido por la Constitución. Se tomaron medidas para oponerse a la invasión de Ballivián, y La Fuente recibió el mando del ejército del Sur; pero el general San Román que comandaba una división bajo sus órdenes, se separó de él, y marchó hacia el Cuzco, protestando de su sumisión al gobierno de Lima y declarando haberse separado de La Fuente, porque este último, traidor al poder establecido, tenía ambiciones a la presidencia. En ese conflicto, Menéndez, instado a decidir cuál era el culpable, y temiendo igualmente a ambos jefes insubordinados cuyas fuerzas eran casi iguales postergaba su pronunciamiento. Su fin era ganar tiempo para componer un tercer cuerpo de armas que pudiera absorber a los dos disidentes. Obligado sin embargo a tomar un partido, ante la noticia de un encuentro que había tenido lugar entre La Fuente y San Román, fue al General en jefe que declaró rebelde y traidor a la patria, y reuniendo las fuerzas dispersas en los departamentos que habían quedado fieles, puso a su cabeza al general Torrico. [140]

Apenas investido de este poder, Torrico, a quien se acusaba de estar de acuerdo con San Román, destituía a Menéndez por un decreto lo bastante

curioso como para reproducirlo textualmente:

LIMA, PUBLICACIÓN OFICIAL
JUAN CRISÓSTOMO TORRICO
JEFE DE LA NACIÓN

En vista de que la fuerza de las circunstancias, y la urgente necesidad de la Patria, hacen imprescindible destituir del mando supremo de la República, al presidente del Consejo de Estado, D. Manuel Menéndez, que lo ejercía; considerando además que para dar el movimiento administrativo a la nación y conservar la marcha que le corresponde, es urgente organizar el gobierno que deberá reemplazar al destituido.

DECRETA:

ARTÍCULO PRIMERO.- Me encargo del poder ejecutivo de la República hasta el término de la guerra civil suscitada por el general D. Antonio Gutiérrez de La Fuente, y hasta la convocatoria de la representación nacional.

ARTÍCULO SEGUNDO.- Este decreto será puesto en ejecución y será autorizado por el fiscal de la Corte Superior del Cuzco; Dr. Manuel del Carpio, que nombro ministro general, esperando que los ministerios respectivos sean debidamente organizados.

Dado en la Casa de Gobierno de Lima, el 16 de agosto de 1842.

Juan Crisóstomo Torrico

P. O. de S. E.: «Miguel del Carpio». [141]

Seis días después, el 22 de agosto, llegó a Lima la noticia de que el general Vidal, también se había declarado jefe supremo en la Nación, por un decreto publicado en el Cuzco, el 29 de julio, y que había sido apoyado en Arequipa por el general Vivanco, comandante de aquella provincia. Vidal no era sino una especie de títere, detrás del cual se ocultaba La Fuente quien quería conservar la apariencia de legalidad, y no llegar al poder sino después de una elección que él esperaba poder dirigir a su gusto. Otros partidos se agitaron aún. Era Orbegoso quien desde su destierro del Ecuador, lanzaba una expedición de cien hombres bajo las órdenes del general Herculles, para sublevar la provincia de Paita y hacerse proclamar en Lima. Esa tentativa fue frustrada en sus comienzos; Herculles abandonado por casi todos los suyos, fue obligado a tratar con el coronel Arrieta, enviado contra él a la cabeza de 800 hombres. Vivanco, por otro lado, pretendía también el poder supremo, pero los medios de acción con los que él podía disponer, no le ofrecían garantía suficiente, como para que se declarara abiertamente. Así fue como -en el momento en que las más serias presunciones se elevaban contra él- hizo un acto de sumisión al jefe del Estado, y partió para Arequipa donde se encontraban sus partidarios, y de donde, más tarde La Fuente lo nombró prefecto. Sin embargo, Torrico y Vidal, se encontraron en Agua Santa, el primero fue derrotado y Vidal hizo su entrada a Lima como presidente.

No ejerció mucho tiempo sus poderes. Una mujer joven, bella y enérgica contribuyó más que nadie a arrebatárselo. Aprovechando de la

ausencia de su marido a quien Vidal había enviado hacia el Cuzco, la señora de Vivanco, cerca de la una de la mañana monta un caballo y se dirige a una aldea situada a unas dos o tres leguas de Arequipa; allí en pocos instantes induce a los coroneles de dos regimientos que se encontraban ahí, a servir a la causa de su marido. A su pedido se toca la Generala; ella vuelve a montar su caballo y a la luz de las antorchas arenga a los soldados que estallan llenos de simpatía por el joven y hermoso caballero, que se rodeaba de ministros y generales jóvenes aún y animados como él por un empeñoso ardor en el mejoramiento de la sociedad. La gente seria no dudaba de sus buenas disposiciones y les eran gratos, pues los gobernantes que se habían ocupado de otros intereses que no fueran los suyos, habían sido raros. Se consideraba ya, como un regenerador al nuevo jefe de Estado, y cada cual esperaba con confianza las reformas de las que el país tenía tantas necesidades. La ciudad, llena de esperanza, había tomado una fisonomía alegre y animada. Los teatros rebosaban de espectadores, [142] las fiestas populares tenían una animación que demostraba el gozo de los espíritus. Vivanco, como todos los hombres inteligentes, conocía la situación del país; él veía el mal, pero sabía cuán difícil era aplicarle el remedio; era inútil además pensar en organizar la administración sin el enérgico poder de una dictadura: a este efecto él había tomado pues el título de Supremo-Director, librándose del control del Congreso que él había postergado provisoriamente por un año. Por desgracia cometió el error de creer que bastaba con ser apoyado por el sentimiento público para efectuar el bien, haciendo útiles reformas. Ese error lo perdió. En Europa, los gobiernos buscan la forma de elevar los ingresos al nivel de sus necesidades reales o supuestas; en América, donde no existen, por decirlo así, impuestos directos, contribuciones u otra cosa similar, se trata de reducir los gastos al nivel de los ingresos, que se basan más o menos en el producto de las aduanas.

El ejército era desde mucho tiempo atrás, el más pesado fardo del Estado; Vivanco, empeñado en sus finanzas, e imposibilitado de mantenerlo en pie, decretó un licenciamiento, intempestivo, y con él numerosos desagradados; una Magistratura corrompida, vendía la justicia al mejor postor, y la enajenaba, hiriendo en lo más vivo, con amonestaciones severas y públicas; en fin, en vez de ganar a los jefes de los partidos más influyentes y más peligrosos, los exilaba para impedir que le perjudicaran. Todas las naves que salían de los puertos, llevaban rebeldes cautivos que luego iban a regresar armados y amenazantes. Entre ese número estaba el general Castilla, antiguo ministro de Guerra bajo Gamarra, y su jefe de Estado Mayor en Ingavi. Embarcado en un vapor inglés, que hace el servicio entre las costas del Perú y Chile, arribó a Iquique, pequeño puerto de la costa situado al sur de Lima; encontrando allí algunos partidarios, les expuso su proyecto de derribar el Gobierno, reuniendo a todos sus enemigos bajo el Estandarte Constitucional. Por medio de una colecta que produjo una pequeña suma, se sedujo a la guarnición compuesta literalmente de cuatro hombres y de un caporal, a los que se unieron algunos partidarios voluntarios, al precio de una onza por cabeza (precio habitual). Tal fue el origen del Ejército insurreccional, que como siempre aumentó rápidamente. Vivanco hizo marchar contra los insurrectos una división que fue hecha prisionera casi en su totalidad, en un momento en

que el general Guarda que la comandaba había tenido la imprudencia de dejar descansar las armas a sus soldados sedientos, para ir a beber en una acequia. Esos prisioneros, como acontece frecuentemente en el Perú, vinieron a engrosar las filas del Ejército insurreccional; [143] fue entonces cuando Vivanco decidió ir personalmente a oponerse a sus progresos. Dejó, pues Lima, confiando la autoridad superior con el título de Prefecto a don Domingo Elías, ciudadano influyente por su posición social y sus riquezas. El Director Supremo, mostró en esa circunstancia, una irresolución que le fue fatal. En vez de aprovechar del entusiasmo de sus soldados, los aniquiló con inútiles operaciones militares y no tuvo al cabo de algunos meses bajo sus órdenes, más que una tropa desmoralizada y debilitada por las enfermedades y las deserciones. Castilla, por lo contrario, podía oponerle un ejército fresco y considerablemente aumentado con los desertores del partido contrario. El general tenía además, esa quietud moral que dan los triunfos rápidos y fáciles. Tal era el estado de cosas cuando Elías hizo en Lima ese pronunciamiento del que en otras partes hemos dado detalles (17 de junio 1844). Vivanco comprendió con esa noticia que aún una victoria, sería impotente para resguardarlo de una caída y desde entonces su indecisión aumentó aún más. Por fin las tropas enemigas se encontraron en Carmen Alto, cerca de Arequipa. La acción fue iniciada por compañía de tiradores, y el ejército de Vivanco, sin que su jefe le hubiera dado la señal, se arrojó sobre el enemigo; lucha confusa y desordenada que terminó con la derrota completa del Director: Vivanco deshecho sin haber combatido realmente, se recogió en Islay donde se encontraban algunos navíos, a bordo de los cuales esperaba ponerse a cubierto y regresar a Lima para hacer la tentativa de recuperar la influencia de Elías, pero los jefes de dichas naves se sometieron a Castilla, y Vivanco hubiera caído, infaliblemente en poder del vencedor, si no hubiera sido recogido por una de esas embarcaciones que hacen el recorrido de la costa cada mes. Castilla llamado por Elías, volvió a Lima, donde para conservar la apariencia de legalidad, Menéndez, antiguo presidente provisorio, por derecho desde la muerte de Gamarra, volvió a tomar las riendas de la política hasta las elecciones. Estas llamaron, naturalmente, al victorioso Castilla que gobierna aún hoy día el Perú, gracias a la hábil táctica que ha puesto en práctica, de llamar para los empleos a hombres de todos los partidos, y sobre todo a los antiguos fanáticos de Vivanco. Este último, vuelto al Callao después de su derrota, y comprendiendo luego que nada podía esperar de Elías, se refugió cerca de Guayaquil, en el pequeño burgo de Montecristo, de donde fue exilado poco tiempo después a Centro América.

En el momento en que escribimos, Castilla gobierna aún el Perú. Todo lo anuncia que ciertas medidas enérgicas destinadas a reprimir las tentativas de revueltas, le permitirán [144] alcanzar el límite fijado por la Constitución, para su mandato presidencial. Rodeado de hombres capaces, y animados de un sincero patriotismo, ya ha llevado a cabo mejoras de urgente necesidad, y por poco que se consolide su poder, no dudamos que le sea fácil abordar resueltamente las reformas que el país exige, para tomar un impulso regular hacia el progreso. [145]

- II -

Situación del Perú. Movimiento intelectual. Conclusión

En los capítulos que preceden, he tratado de mostrar las reacciones políticas del Perú bajo su doble aspecto: trágico y bufo, y de dar una idea del extraño espectáculo que ofrece Lima durante esos días de fiebre revolucionaria. Hay sin embargo en la república peruana -fuera de la vida puramente política-, fuentes de prosperidad y grandeza moral que se han descuidado demasiado desde la emancipación. La civilización de ese país tiene sus fases jóvenes y vigorosas, y sus lados avejentados y débiles. Es sobre las primeras que nos queda por tratar antes de abandonar Lima. Desarrollar a la vez la vida intelectual y la explotación de las riquezas naturales del país, es la tarea pacífica y fecunda que desde Vivanco ha preocupado y preocupa constantemente, aún hoy día a los jefes de Estado en el Perú. Desgraciadamente, queda mucho por hacer para dirigir la actividad nacional por esa doble vía.

La superficie del Perú, más o menos el doble de la de Francia, es de cincuenta y cinco mil leguas cuadradas. Ese vasto territorio cuenta apenas con un millón seiscientos mil, o un millón ochocientos mil almas, es decir veintisiete o veintiocho individuos por legua cuadrada; mientras que en Europa -Bélgica por ejemplo- el mismo terreno sostiene mil ochocientas almas. No es pues el espacio lo que falta para el desenvolvimiento de la población en ese país, el más bello y mejor repartido de la tierra; lo que le impide es la ciega obstinación de un gobierno que une el despotismo militar al despotismo administrativo. Heredero de la política inquieta y cautelosa de España frente a los extranjeros, se ha mostrado, hasta hoy día poco favorable a la inmigración; sin embargo, a pesar de sus esfuerzos contrarios, el comercio pasa cada vez más rápidamente, a manos de inmigrantes; estos absorben hasta el comercio minorista, [146] aunque no lo practican sino por tolerancia, pues el Perú, no ha querido jamás otorgarlo por derecho a ninguna de las potencias de Europa, firmando algún tratado. Todos los gobiernos que se han sucedido a partir de Santa Cruz, dicen que han pensado en la expulsión de los inmigrantes como medida de salvación; así es que la menor dificultad que se presentase entre estos últimos y la administración, no dejaría de tomar una gravedad que no estaría en relación con la causa que la ha producido. El ejemplo de Rosas, anima sin duda a los peruanos en esa política perjudicial a sus verdaderos intereses. Por lo tanto no es necesario estar mucho tiempo en el Perú, para darse cuenta cuán útil sería que se favoreciera la inmigración; es ella la que debe aportar ahí, el orden y la actividad industrial. Sin esa vena de sangre fresca, y generosa, el entorpecimiento de la sangre india o negra se infiltrará en esa sociedad, que haría un rápido retroceso hacia la barbarie.

La temperatura de Lima es muy agradable, las brisas que reinan del este al oeste, corriendo sobre las nieves de la Cordillera o sobre las olas del Pacífico, moderan suficientemente los ardores del clima durante el verano; pero hay otras que atraviesan los desiertos abrasadores, éstas soplan a menudo vahos tórridos sobre la ciudad y sumergen a la población en el entorpecimiento.

A menudo la sequía es tal durante la estación, que un papel dejado

varias noches a pleno aire, no recibe el menor golpe de humedad. A esta sequía suceden las garúas, neblinas espesas que reinan a diferentes horas del día.

Los temblores son frecuentes en Lima, como también en el resto del litoral peruano; pero las sacudidas verdaderamente desastrosas no se producen -se ha notado- sino cada medio siglo. El más célebre fue aquel de 1746, que hundió el Callao, y destrozó también la mayor parte de la capital. Todo hace suponer, por lo tanto, que en la época actual se ha exagerado mucho acerca del alcance de ese mal, pues el siniestro no hizo en Lima más de mil doscientas víctimas sobre una población de ochenta mil almas. Casi no hemos pasado un mes en el Perú sin que un estremecimiento de tierra haya venido a espantar nuestra quietud; y es difícil imaginar una impresión más desagradable que la que se siente, si, despertado en sobresalto por una causa anormal, se oye al sereno añadir a su canción nocturna esta terrible variante: «Temblor...» erguirse sobre su lecho, prestar oído y no escuchar sino el ruido de su corazón que late a todo batir, sacar al cabo de algunos instantes su [147] frente húmeda y volver a tomar la posición horizontal, felicitándose aún por sólo haber sufrido miedo esta vez; esto ocurre más o menos una vez al mes. Si no se duerme, se escucha una especie de rumor que precede a la conmoción; sería bueno entonces tener la presencia de espíritu necesaria para buscar un medio de salvación, pero más a menudo se queda uno como petrificado. Algunas veces, sin embargo, las casas se quedan vacías y una población loca de terror huye hacia las plazas en una tenida que según la hora, ofrece mil detalles graciosos; las mujeres postradas en el suelo estallan en gritos agudos, confiesan en alta voz sus tiernas debilidades, o sus galantes iniquidades y conjuran con sus votos más temerarios a la calamidad amenazante. Muchos hombres hacen lo mismo por su lado; esa contrición dura el mismo tiempo que sus angustias, una hora apenas, luego la vida con sus imperiosas costumbres vuelve a tomar su curso habitual.

En un clima cuya temperatura extrema no varía sino en circunstancias excepcionales, entre 12 y 25 grados centígrados, el Perú podría producir lo mismo que Europa y los trópicos. La viña crece al lado del café, del algodón, de la caña de azúcar, y cuando la tierra es fecundada por irrigaciones bien conducidas, adquiere tal fertilidad, que se puede obtener hasta cuatro cosechas por año. El arte de las irrigaciones había alcanzado su más alta expresión bajo la dominación de los incas y los españoles no descuidaron esa fuente de riquezas, como lo atestiguan numerosos canales que pasean sus meandros en la llanura del Rímac; pero, rotos hoy día, esos conductos dejan escapar sus aguas, que en vez de hacer crecer el maíz o la caña de azúcar, forman pantanos cubiertos de juncos o de carrizos, al amparo de los cuales se emboscan los salteadores. Un sentimiento penoso se apodera del viajero cuando recorre esa llanura donde todo atestigua que una rica cultura se sustentaba antaño. Las ruinas de las haciendas dicen bien que muchas revoluciones han pasado sobre ellas, desde que Bolívar llamó a las armas sus cultivadores laboriosos que no serían reemplazados. Algunos negros cojos o bizcos, juzgados indignos de ser soldados de la libertad, fueron los únicos que quedaron ahí, fieles a sus rastrillos, y viven bajo las ruinas de sus techos desplomados. Sin embargo, no son las riquezas agrícolas las que faltan en el Perú. San

Miguel de Piura cultiva algodones que se embarcan en Paita; Pisco es célebre por sus aguardientes; Iquique por sus salitres; las Islas Chinchas por su guano(18). [148] La quina es uno de los productos más lucrativos del comercio peruano; recogidas en los Andes sus cortezas, son llevadas a lomo de mula o de alpaca hasta la costa, por caminos que no pueden ser recorridos sino por bestia de carga, o por indios. Aún, la naturaleza ha reunido a esas riquezas: la cochinilla, la vainilla, gomas preciosas, bálsamos, cera, maderas de ebanistería, y tantos otros productos que serán perdidos a falta de medios de transporte, hasta el día en que se encuentre una salida natural por afluentes del Amazonas o del Plata. El estudio de la canalización de esos ríos, es un grave problema para el Perú.

El Perú espera ver realizado un día el proyecto de corte del Istmo de Panamá. Se imagina que el Callao sería entonces el almacén donde se aprovisionarían los vendedores del Ecuador y de Bolivia, que desde la emancipación hacen sus compras en Valparaíso. Si algún día el canal es ejecutado, creemos que no ejercerá sobre el comercio del Perú la influencia esperada. En efecto, las mercaderías embarcadas en los muelles de Nueva York, del Havre, y de Liverpool no llegarían a Chagres sino después de una navegación variable para las embarcaciones de vela entre veinte a cuarenta días; y para las embarcaciones a vapor entre diez o veinte días. Suponiendo que el corte del Istmo fuese lo bastante completo como para dar paso a las grandes naves mercantes, estas encontrarían a la salida de Panamá vientos contrarios que las obligarían a navegar cuarenta o cincuenta días antes de llegar a Lima, de manera que la travesía sería casi tan larga como la del cabo de Hornos. Únicamente las naves a vapor podrían recorrer en una semana la distancia que separa Lima de Panamá. La economía de los transportes por el cabo de Hornos hará preferir esa vía para el comercio de los productos mayores, y aún a una vía férrea uniendo los dos océanos, pues ese camino daría lugar a dos cargamentos o descargas, a dos almacenajes y a un transporte. El Callao debe pues quedar aún por un tiempo indeterminado, vasallo comercial de Valparaíso.

A pesar de ser mal explotadas, las minas son aún para el país, una gran fuente de riqueza pública y privada. Es de lamentar que la falta de combustible en toda la región metalúrgica, así como la escasez de agua dificulten los trabajos de explotación. [149] Varias minas de plata han sido abandonadas a causa de la carestía del mercurio, pero podrán volver a ser explotadas tan luego como ese mineral sea más común, lo que no es imposible que suceda si California continúa abasteciéndolo en las mismas proporciones. La industria manufacturera, aún en la infancia, ha marcado como sucede siempre en otros países, su primera conquista transformando una obra de arte en una obra utilitaria. Una hilandería de algodón se ha establecido en el curso de agua destinado a alimentar los baños de la Perricholi en Lima, encierra en sus dependencias la encantadora casa morisca, antaño habitada por la célebre comediente. Esta hilandería cuenta con algunos éxitos; la protección del gobierno la pone al nivel de luchar con ventaja contra las gruesas telas de algodón que los ingleses y los americanos introducen en el Perú. Existen también en el interior algunos telares que sirven para tejer tocuyos poco más o menos parecidos a los que salen de las hilanderías de Lima; pero el prejuicio que las hacía preferir por los indios, tiende a desaparecer, y con él, se perderá una industria

local. Las manufacturas de las que tratamos, y algunos molinos y refinerías, son los únicos establecimientos industriales serios de Lima.

Se pensaba desde hace algunos años, unir la capital con el puerto del Callao por una vía férrea. Esa idea acaba de ser puesta en práctica. El nivel del Rímac, tomado en el puente de Montes-Claros, estando elevado sobre el nivel del mar, sólo 99.45 metros y, contando la vía férrea con 10000 metros de recorrido, sobre un terreno plano, las pendientes han tenido que ser más o menos de un centésimo; de grado; así es que los trabajos de terraplén no habrán exigido, sin duda, grandes gastos. El camino permite actualmente, transportar a Lima los cargamentos extranjeros con economía y rapidez. Casi todo el comercio con el exterior se concentra en el Callao; sus ingresos son anualmente, alrededor de veinticinco a cuarenta millones de francos; constituyendo los productos de las minas, la mitad de esa suma.

La Constitución actualmente vigente en el Perú ha sido promulgada después de la caída de Santa Cruz. Su engranaje político consta de un presidente elegido por seis años, apoyado por un consejo de Estado cuyo jefe suple al primer magistrado de la nación en casos de ausencia o de muerte. Esa asamblea elabora las leyes que son sometidas, así como los impuestos, a la discusión y sanción de dos cámaras emanadas, así como el presidente, del sufragio universal. Esas dos cámaras se reúnen bajo el nombre de Congreso, cada dos años; sus sesiones duran solamente algunos meses. Son abiertas por el presidente más [150] o menos en las mismas condiciones que nuestras cámaras francesas; ella expone sumariamente la situación del país, que más tarde es desarrollada por los ministros -cada cual en lo que le concierne- en informaciones dadas a los miembros del Congreso. El jefe del Estado puede, fuera de las épocas fijadas para la reunión del Congreso, convocarlo extraordinariamente para ponerlo al corriente de toda cuestión de interés mayor. Los departamentos de la república peruana son regidos por prefectos y subprefectos, que disponen de la fuerza armada, o por lo menos del comando militar de sus regiones. Su autoridad y sus funciones administrativas son casi las mismas que en nuestro país.

Los derechos de aduana, la venta y exportación del guano, constituyen las principales fuentes financieras del Perú, y podrían casi cubrir sus necesidades, si los movimientos revolucionarios y los desórdenes que sobrevienen como consecuencias inevitables, no comprometieran sin cesar al Estado con obligaciones inesperadas y exigencias de toda clase. Entre estas últimas se puede contar sobre todo al ejército, del cual, solamente el inútil y numeroso Estado Mayor, es una de sus más pesadas cargas. Además, los elementos de que se compone el ejército constituyen un peligro permanente; soldados y oficiales, son casi en su totalidad mestizos. ¿No podría suceder, cualquier día, viendo que todo resulta a medida de sus deseos, e inspirándose en Soulouque, que quisieran reconstruir un Imperio indio y proscribir a la ilustre sangre azul?

El Perú no puede aspirar a convertirse por sí mismo, en una potencia marítima: no tiene madera, ni astilleros nacionales, los navíos que él compra para sus necesidades son en su mayor parte, naves cansadas e incapaces de emprender una nueva navegación a Europa. Los Estados Unidos le han proporcionado sin embargo, un hermoso vapor de doscientos caballos,

llamado el «Rímac», destinado a vigilar la costa, donde las operaciones de comercio de contrabando vienen a interrumpir los beneficios del tesoro. Esa embarcación puede sobre todo servir para reprimir las tentativas de revuelta que los jefes de partidos quisieran fomentar en puntos costeros de difícil entrada para las naves de vela. Un cuerpo expedicionario no puede tocar en Arequipa, esa ciudad turbada tan a menudo por los instigadores anárquicos -sino al cabo de veinticinco o treinta días de navegación: el «Rímac» actualmente, puede llevar ahí, las fuerzas necesarias para frustrar los planes sediciosos, en cinco o seis días-. Esa embarcación a vapor, dos o tres bergantines y algunas goletas, constituyen todas las fuerzas navales [151] del Perú. El ejército se compone de una guardia nacional, y una fuerza de tres mil hombres más o menos, mal comandada y en desproporción con los recursos del tesoro público.

Uno se aflige de ver ese singular contraste entre las riquezas tan variadas del suelo peruano, y el desarrollo tan limitado aún de la industria nacional. Sin embargo, no es sólo por un enérgico impulso dado a esa industria en nacimiento, que ha de asegurarse al país la calma necesaria para su desarrollo intelectual. Hay en el Perú un marcado gusto por las letras y las artes, que no pide sino un poco de seguridad para desarrollarse, y que se manifiesta, aquí, y allá; con cierta distinción ya sea en libros o en los periódicos de la República.

Se imprimen en Lima, dos o tres periódicos; pero el más importante es el que recibe las comunicaciones del gobierno: su primera página publica todo lo relacionado con los intereses comerciales; sus folletines reproducen invariablemente -como todos los de América Meridional- las obras de nuestros poetas en boga. Bastante parecido, por su división a nuestras hojas francesas, difieren de ellas en que, de seis páginas que constituyen el periódico, tres de ellas están enteramente consagradas a los «remitidos». Estos remitidos, mezclas de hechos y anécdotas locales, donde se revelan con una entera libertad todas las rarezas del espíritu nacional, ocupan a veces la mitad del periódico. Muy diferentes a los españoles, en los que no parecen dominar las cualidades expansivas, los limeños no tienen reparo en gritar sus asuntos privados por encima de sus techos y de iniciar al público en sus querellas domésticas. Frecuentemente, junto a un remitido brusco, violento, desordenado, febril, que choca sin cuidado con las leyes de la gramática y de la conveniencia, acusando que están en juego ardientes pasiones, o que graves intereses se encuentran heridos, se encuentra otro en el cual el menor pretexto sirve para encuadrar sutilidades y juegos de palabras. Anuncios grotescos, correspondencias íntimas, revelaciones escandalosas, se apretujan y se cruzan en los remitidos. Un marido ultrajado cuenta ahí sus infortunios conyugales y llama al juicio al público. A su turno, la mujer haciendo de su pluma la mejor confidente, prueba muy elocuentemente, que su marido es un tunante y ella una Lucrecia. Un intruso se mete a veces en esa polémica hogareña y toma el debate de la infortunada pareja, como tema de burla divertida y ridícula, de tal modo que el público, conmovido al principio, acaba por reír a costillas de los infortunados que lo escoge como árbitro. Otra vez, un peluquero [152] francés, llega a Lima y su audaz anuncio ostenta desvergonzadamente los nombres de los soberanos de Europa que lo honraron con su confianza; veinte estrofas dignas de un sujeto más

interesante, postulan al día siguiente su expulsión del territorio bajo el pretexto de que el ilustre tráfuga atraería sobre el país los rayos vengadores de los potentados, furiosos al verse abandonados. En fin, se producen también, denuncias más serias contra los funcionarios o comerciantes cuyos actos desleales han cansado a la conciencia pública. Si alguno de esos delitos puede ser reparado, diariamente un nuevo artículo se encarniza contra el culpable, lo señala ante la atención pública, y lo separa de tal forma que se ve obligado a «estirar el cuello» o a pedir satisfacciones.

Esa parte del periódico acoge además, las obras poéticas cortas. La literatura peruana no alcanza aún, a pretender éxitos serios. Sin embargo, el público en masa, sobre todo las mujeres, acogen bastante favorablemente las producciones del espíritu nacional, siempre que ellas no requieran demasiado esfuerzo para gozarlas. Los poetas limeños ceden a esa imperiosa necesidad de publicidad, confiando a los periódicos y programas de corridas de toros, composiciones a menudo llenas de humor y de talento, que después de un día de existencia, quedan tan olvidadas como la hoja en que se han presentado. Rara vez se hace sentir el trabajo en esas hojas en esas obras fugitivas. Esas poesías nacen sin esfuerzo, como las flores silvestres, y no es sino para dar salida a esos sentimientos que necesitan absolutamente expandirse, que se toma la pluma. La política, las mujeres, los teatros, las cantantes italianas, los toros, son el pretexto de una serie de sátiras y de letrillas que por cierto no pueden pretender el mérito de la corrección; pero un raro vigor de estilo, un atrevimiento que no siempre retrocede ante la trivialidad de la expresión, resaltan en esos diversos ensayos caracterizados también a menudo por un contorno elegante e ingenioso; por lo tanto su cualidad más resaltante es una forma ligera, picante y natural. Cuando se hace sentir la influencia de nuestros poetas modernos -lo que sucede a veces-, se puede convencer de que existen en Lima imitadores muy inteligentes. El poeta español, Zorrilla, es quizá en el que se inspiran con más gusto las imaginaciones limeñas. El autor de la espiritual obra *El espejo de mi tierra*, M. Pardo, personifica mejor que nadie la literatura contemporánea del Perú. La recopilación literaria que él solo redactó, contenía ordinariamente en cada entrega, un estudio de costumbres, notable por la sutileza de las poesías en las que la alegría de la expresión, formada a menudo con la tristeza y la amargura del pensamiento, [153] un singular contraste, y al fin, alguna centella en prosa escrita a la ligera. M. Pardo ha estudiado con provecho a los antiguos autores españoles, y -sacrificando el gusto del día- ha sabido mantenerse al margen de las exageraciones; antigua escuela y el frescor y colorido del estilo moderno. M. Pardo ha hecho por Lima, lo que el humorista Mariano de Larra ha hecho por Madrid; ha revelado las ridiculeces y los prejuicios de sus compatriotas, no como un espíritu arbitrario, sino con la fina y satírica alegría de buen quilate de un hombre de los mejores sentimientos por ellos, y deseoso de verlos despojarse de su envoltura y manías anticuadas. No es la única relación que tiene M. Pardo con el libelista español, aún lo asemeja su vivacidad, su talento de observación, su gusto, y su seguridad de juicio. Es de lamentar que su estilo, un tanto descuidado, se resienta demasiado de las costumbres de la improvisación alentadas por las complacencias del público

al que se dirige.

La polémica brillante y ardorosa, las fantasías literarias que llenan los periódicos, las conversaciones en las que chispea el espíritu, y en que las salidas se escapan como cohetes, demuestran suficientemente que no es la inteligencia, ni la imaginación, ni el gusto, lo que falta a los peruanos desde la independencia. Lo que les falta son serios estudios preparatorios, y quizá también convicciones bien firmes. Es pues de mayor interés para el Gobierno, ocuparse de las escuelas tan descuidadas hasta hoy día e imprimir a la enseñanza la prudente dirección moral de la que está privada. Esa reforma es la más importante de todas las que reclama la sociedad peruana. Luego que los miembros del clero y de la magistratura puedan sacar de una enseñanza elevada esas nociones de orden y de justicia eterna con las cuales se gobierna a los pueblos, volverán a tomar su papel austero e íntegro, y el reinado de la soldadesca habrá terminado.

El espíritu sensualista del último siglo ha ejercido en el Perú como en España una lastimosa influencia: la energía del carácter nacional, un tiempo alterada por el declive de las antiguas creencias, tiende hoy a volver a tomar nuevos impulsos. Los jóvenes estados de la América Meridional, no pueden quedar más tiempo, sordos a la voz de su interés y esperar los acontecimientos con lánguida apatía. Tienen una vecindad peligrosa en la raza anglo-americana, que algún día incómoda en sus límites, podría desbordarse sobre su territorio. Sería entonces [154] una nueva conquista que borraría hasta la noble lengua castellana, pues la divisa de los norteamericanos (Grow them) implica no la absorción, sino la destrucción. Los Estados de la América Meridional tienen pues dos peligros serios por conjurar: el elemento indio, que tiende a volver a ocupar su lugar y la preponderancia que ha perdido desde la conquista; y el elemento anglo-americano invasor si fuese posible. En presencia de esas dos fuerzas amenazadoras, es sobre una inmigración europea, y sobre todo francesa, que deberían apoyarse los hispano-americanos. Que se vuelvan confiados hacia las razas neolatinas, reuniéndose con ellas por el lazo de una misma fe. Si ese movimiento fracasa, es que la raza española habrá sido condenada a expiar, en el correr de los siglos, el terrible yugo que ella impuso a las naciones del nuevo mundo; y que habrá venido la hora en que su savia agotada, deberá injertarse en otra rama(19). [155]

Intermedios

Cobija, único puerto de Bolivia. Figuración de Cobija en tomas de armas del Perú y sus despropósitos particulares. La mina de Aghatico. Las Chinchas. Los pájaros. El guano del Perú(20)

No conozco en el Mundo, navegación más suave y tranquila que la del Pacífico, cuando, para visitar los intermedios, se vuelve a remontar la costa del Perú de sur a norte, empujado por una brisa igual y regular. Los días se suceden bajo un cielo de inmutable azul, y las noches durante las cuales la nave avanza, cavando surcos de fuego en la mar fosforescente, no ceden ante los días en maravillosa serenidad. Hacia el este, las cordilleras, aunque a una distancia de cuarenta leguas, algunas veces, desarrollan ante la vista sus imponentes perspectivas; todos los

accidentes de esa masa revuelta, cimas nevadas, flancos cortados por barrancos, o separados por valles, se destacan con una nitidez sorprendente, debido a una extrema limpidez de la atmósfera, y en las tardes a la puesta del sol, no se sabría imaginar el efecto que produce gigantesco panorama, las degradaciones sucesivas de la luz. En cuanto a los puertos intermedios, tienen en su mayoría, un aspecto árido y desolado, que llena de tristeza el alma del viajero. En Caldera, sobre la costa de Chile, en Iquique, en Islay, que dan vida al interior del Perú, la vegetación es poco más o menos cosa desconocida y los habitantes sedientos estimarían un hilillo de agua dulce, tanto como una veta de oro. Pues bien, esas ciudades tristes como el desaliento, aún no se presentan al navegante bajo el aspecto maldito que ofrece, visto desde el mar, Cobija, único punto donde la república boliviana viene, atravesando doscientas [156] leguas de desierto, a echar entre Chile y el Perú, un vistazo sobre el Océano. Ya se bordea de cerca la costa, ya se yerguen delante de uno, las montañas en punta, áridas, desnudas, grises y perfilan sobre el cielo las cuchilladas de sus cimas que dominan varias bandas de nubes adormecidas, semejantes a collares de plata. Vuestros cálculos astronómicos os han garantizado la exactitud de vuestra posición, y por lo tanto es en vano que busquéis la ciudad; es en vano que interroguéis con el larga-vista todos los puntos de la ribera; es imposible descubrir el menor vestigio de la presencia del hombre; luego cuando habéis agotado esfuerzos para estudiar esa ribera, a despecho de los rastros luminosos y centelleantes que el sol arroja en el agua, sucede que de repente, ahí bien cerca, a unos cuantos cables apenas, ciento cincuenta casas más o menos se destacan apretujadas entre las montañas y un bloque de rocas negras coronadas con el pabellón boliviano: y vosotros, reventados los ojos, como se dice. Si no las habéis apercibido antes, es que apoyadas en un suelo gris como hoguera apagada, cubiertas de cenizas, ellas no accidentan sino muy vagamente, por su masa, la oscura monotonía del paisaje. Tal es el aspecto de Cobija, único puerto de Bolivia.

Cualquiera que haya echado una mirada sobre un mapa de América del Sur, se habrá admirado de la rara división de territorio que ha seguido a la emancipación de las colonias españolas. Sobre todo se tiene dificultad explicarse los motivos que han podido conducir a crear un estado como Bolivia, sobre inmensas extensiones de tierra interior, y separadas -por decirlo así- del mar, por la impenetrable muralla de los Andes. No obstante, era lógico que al crearlo se pensara hacerle partícipe de las ventajas de las repúblicas ribereñas: se empujó entonces como un rincón, entre Chile y el Perú, de manera de sacar la cabeza de ese extremo que es Cobija, hasta el Océano; pero doscientas leguas de un recorrido penoso y difícil, han paralizado siempre las relaciones a ese puerto con las populosas provincias de la República; de manera que su importancia es casi nula. Existe otro puerto de un acceso más fácil, desgraciadamente, es el de Arica que pertenece al Perú. Mientras las relaciones sean amistosas entre los dos países, más de la mitad del comercio de Bolivia, pasa por Arica; pero el día en que se levanta la menor nube, todos los negocios quedan interrumpidos. Es para remediar esa deplorable situación, que el general Santa Cruz, uno de los raros hombres de estado que haya producido América del Sur, quiso realizar la Confederación del Perú y de Bolivia. El

plan del General era, en verdad, más ventajoso para el segundo de estos dos estados, por lo [157] tanto, dada la situación de las cosas, no podían sino ganar el uno, y el otro adoptar esa medida justa y prudente. He dicho en otra parte cómo fracasó; de manera que en vez de lazo confederativo, es hoy la guerra permanente entre los dos países. Hablaremos más tarde de la naturaleza de esa guerra.

En cuanto se pone pie en tierra en la ciudad, esta reflexión nos viene naturalmente a la mente: que si de lejos era imposible verla, en revancha, no se gana gran cosa viéndola. Es ciertamente uno de los más feos e insignificantes lugares que se puedan encontrar; es un verdadero ejemplar de lo abominante de la desolación. Arena, roca, ni un poco de yerba; a tal punto que, aficionados a la vegetación, llevan su celo hasta hacer crecer un grano de trigo en un vaso de agua. El agua misma es un objeto de lujo en Cobija; el país no la tiene, son las naves las que la traen, y se ve en ciertas casas funcionar esos aparatos destilatorios empleados en los navíos para transformar en potable el agua de mar. No es eso todo: la carne, las frutas, las legumbres, la leña, faltan también en el país, de manera que la vida de los marinos durante las travesías excepcionales, no está acompañada de más duras privaciones que la de los habitantes de Cobija. Y sin embargo, ese lugar que parece haber sufrido todas las desgracias de la naturaleza, ese lugar en el que parece que el spleen debe estar emboscado en el umbral de cada casa, oculta aún, representantes de la sociedad española tan encantadora y tan hospitalaria que uno queda sorprendido de encontrarlas, pasando horas placenteras en las tertulias y que más tarde ocuparán agradable lugar entre los recuerdos.

El comercio de Cobija es en gran parte chileno. Algunos europeos están establecidos ahí; pero la población que es de cinco mil almas, es chilena en los nueve décimos. En 1850, las relaciones entre los dos países, originaban un movimiento de tres millones de francos. La fuente de exportación más importante del país, es en primer término la quina, después el cobre que se envía a Inglaterra. Las importaciones, son naturalmente más variadas. Esos productos que viajan a través del país a lomo de mula o de burro, no llegan a constituir para el puerto ningún serio movimiento.

A pesar de su alejamiento del centro de Bolivia, o tal vez a causa de ese alejamiento, Cobija, para distraerse sin duda, ha tomado buena parte en las insurrecciones, conspiraciones militares, pronunciamientos; en una palabra, en todo lo que constituye la vida política de los Estados hispano-americanos. En las guerras con el Perú -verdaderas guerras de Franconia- [158] viene así naturalmente a tomarse como un intermedio; una o dos naves enviadas del Callao bastan para su ocupación. El Perú gana en recibir durante algún tiempo los derechos de aduana, en lugar del legítimo propietario, sin que el presidente boliviano, asegurado por los desiertos que separan del océano a Chuquisaca, su capital duerma una noche menos tranquila. Una de esas tomas de armas, tuvo lugar en julio de 1853. Para justificar la ocupación de Cobija, el gobierno peruano decía en un curioso manifiesto, que obraba así: «a fin de no interrumpir el comercio de ese puerto»; al que el presidente boliviano, embocando la trompeta guerrera, respondía: «Olvidan nuestros enemigos que somos los hombres de Yanacocha,

de Socabaya, de Ingavi, donde en 1836, cien contra mil; en 1841 tres mil, contra seis mil; los hemos reducido a polvo...». Entre tanto dos bergantines llegaron una bella mañana, delante de la ciudad, en gran zafarrancho de combate, y apenas fueron apuntadas las tropas bolivianas, hallando más simple no esperar el choque de las fuerzas peruanas -compuesta, es verdad de tantos oficiales como soldados-, se retiraron a unas treinta leguas del puerto para establecer ahí, lo que bien querían llamar un bloqueo cerrado. Algunos meses después, los peruanos quisieron injertar sobre su ocupación un pronunciamiento que le diera algún colorido: para esto habiendo buscado uno de esos tantos candidatos a las repúblicas españolas, que siempre a la expectativa de un asiento para descansar, se pasean en los Estados vecinos, echaron sus miradas sobre el doctor Linares, y el jefe de tropa peruana, general Ogreda, vino en el día convenido a esperar a la cabeza de su Estado Mayor la llegada del paquebote de la costa. Dejó a pensar cuán grande fue la decepción, cuando en lugar del móvil de esa calaverada, llegó una humilde carta anunciando que el presidente proclamado no habiendo podido reunir las sumas indispensables para patrocinar su nueva posición, se veía forzado a esperar para ponerse en camino, una sonrisa más favorable de la suerte.

A veces también, esas comedias tienen su desenlace trágico. Así, en 1850, el general Limarte, que tenía el comando de Cobija, tuvo un día la desastrosa idea de pronunciarse por Ballivián, que Belzú había repudiado del poder en 1848. Las tropas arrebatadas por un discurso ad hoc, se reunieron a él, y fue a acostarse enteramente embriagado con su éxito. Pero la noche trae consejos, y son ellos los que con más gusto se atienden. Así es cómo algunos oficiales, partidarios de Belzú, molestaron, a su turno, de tal manera a los soldados, que a la mañana siguiente se vinieron armados, atacar la casa donde dormía tranquilamente Limarte. El infeliz se despertó con los gritos que [159] salían de la ventana de su cuarto. Los fusiles apuntando a través de los barrotes, le decían con suficiencia la revirada que había tenido lugar; las puertas atrincheradas le impedían toda retirada; luego resonó una fusilería, y herido con numerosas balas, vino a rodar expirante sobre su lecho. Esa casa fue después, ocupada por un comerciante belga, M. Durandeu. Ahí se podía ver el cuarto, escenario de ese drama y las huellas de las balas que lo liquidaron de un modo tan horrible.

El cuerpo de esa triste víctima de las pasiones políticas es una de las curiosidades de Cobija. En efecto, el cementerio situado en el flanco de la montaña, algo elevada sobre la ciudad, goza de la propiedad de conservar, de momificar en cierta forma los cadáveres y mantenerlos exentos de toda descomposición. Resulta de ello que si después de cierto tiempo de estada en tierra se les exhuma, pueden quedar expuestos al contacto del aire sin nueva alteración. Ignoro el motivo que había hecho exhumar el cadáver de Limarte, cerca de treinta meses después de su muerte, pero su ataúd había sido colocado, desclavado, en una cabaña donde el sepulturero guardaba sus herramientas, de manera que cualquiera podía estudiar a su gusto, esa notable momificación. Los dientes, el cabello, la barba, las uñas, no estaban de ningún modo alterados, sólo la piel tenía una ligera apariencia de encallecida, y un tono -decían- un poco más amarillenta que en vida; en cuanto a las heridas se habían vuelto a

cerrar.

Las montañas que rodean a Cobija son de una extrema riqueza en minas de cobre; pero falta mucho para que esa fuente de prosperidad produzca lo que el país podría esperar de ellas. La vecindad de las minas de Copiapó (Chile) donde con un esfuerzo mínimo, los resultados son infinitamente mayores, lo que establece una competencia contra la cual no podría competir Cobija por falta de elementos necesarios: así que no se explota todo, sino trece minas de los alrededores de Cobija. Una de esas minas, la de Agathico, estaba en manos de un sacerdote español expulsado de Chile por razones políticas. Hombre activo e inteligente; había pedido y obtenido del gobierno boliviano, la autorización gratuita de volver a emprender los trabajos abandonados desde la caída del régimen español. Desgraciadamente el dinero le faltó, al menos lo que fuese necesario para que la operación resultase verdaderamente fructuosa. Nuestro ex clérigo, pretende haber estudiado las montañas vecinas, y poder enseñar ahí, yacimientos superiores a los que se conocen. Así se lamenta con amargura de no poder sacar partido de sus descubrimientos. Condenado a obrar en una escala limitada, no [160] emplea cuando más veinte mineros; lo que le permite realizar un año con otro, cuarenta o cincuenta mil pesos duros de plata.

Las minas de Agathico se presentan con una grandiosa situación un pintoresco escenario que impresiona vivamente al que las visita. Después de haber seguido alrededor de veinte millas por un camino silvestre, que serpentea sobre un espacio estrecho, comprendido entre las montañas y el mar, por el que se llega a unas cuantas míseras chozas desfondadas; a unos cuantos hangares que se desparraman en medio de rocas de las que está cubierta esa ribera, donde las olas vienen a reventar: sobre peligrosos arrecifes. Altas montañas desnudas y pedregosas dominan el paisaje que recuerda vagamente algunas de las siniestras composiciones de Martini. Sobre todo, una de esas montañas, separada de la cadena principal, avanza hacia el mar, de manera que representa, no sé qué deforme y gigantesco monstruo acurrucado en medio de las olas. Es hacia ella que nos dirigimos, siguiendo una verdadera senda de cabras, en la que aconsejado por la prudencia, uno se apea sin pretensión, aunque el arriero que nos sigue, nos haya enumerado las numerosas cualidades de nuestra mula. A medida que uno se eleva, se destaca cada vez más, el carácter completo del paisaje, luego, cuando cansados de avanzar bajo un cielo tórrido, sobre un suelo calcinado, uno se pregunta qué minas se pueden ir a buscar por semejantes desfiladeros, de repente se ve tras una vuelta, abrirse en el flanco de una montaña, una caverna en la que la vista se pierde en medio de espesas tinieblas. Como Telémaco en su representación clásica, uno se aventura ahí resueltamente, pudiendo pasearse horas enteras sin agotar la admiración. Es expresamente que digo «pasearse», ya que la dimensión de las galerías no obligan nunca a extenderse ni arrastrarse sobre el vientre, o a despellejarse las manos y las rodillas, inconvenientes que acompañan ordinariamente las visitas a las minas. Además, esas obras talladas en las rocas no necesitan apoyo ni puntales, ni esos diferentes sistemas de armazón que siempre perjudican el efecto pintoresco de esas vías subterráneas: en fin el juego de luces, el traje y la extraña fisonomía de los mineros y otros empleados, hacen surgir mil motivos raros e

interesantes que compensan más de la medida la fatiga de esa excursión. A pesar de todo, si sucede que uno cuenta, por la noche el empleo de su jornada, a los naturales de Cobija, se admiran al reconocer que ellos casi ignoran la existencia de las minas de Agathico, que es sin embargo, la única cosa digna de ser visitada en los alrededores. [161]

Hablando de las exportaciones del puerto de Cobija, he olvidado de mencionar el guano, del que se ha remitido a Europa algunos cargamentos sacados de las Islas de Mejillones y de San Francisco de Paquigua. Ese ensayo ha rendido muy poco y además la falta de todo desenvolvimiento en la costa, priva a Bolivia de ese producto tan precioso para el Perú. Será tal vez interesante, decir aquí algunas palabras de ese guano y de la importancia que ha adquirido en el comercio, estudiándolo en ese último país, donde es explotado en gran escala.

El 12 de agosto de 1853, los periódicos de Lima, publicaban una carta dirigida por uno de los hombres más considerados del Perú, el señor Domingo Elías, al presidente de la República, general Echenique. En esa carta relativa a la situación financiera del país, el señor Elías después de haber enumerado complacientemente y totalizado los elementos demasiado numerosos de la deuda nacional, de hacer frente a las numerosas exigencias, no sólo del momento sino también del porvenir, habla del guano; luego, buscando la manera de avaluar aproximadamente lo que encerraban los diversos depósitos escalonados en la costa del Perú tomando por base de sus cálculos, la explotación de las Islas Chinchas durante los últimos años; llegaba a la conclusión que en diez años, a lo más, ese magnífico recurso, estaría completamente agotado. La impresión que produjo en Lima, en todas las clases sociales, y en todos los partidos, ese factum evidentemente exagerado, fue verdaderamente extraño; tal vez hubiese pasado desapercibido en cualquier otra circunstancia, pero la situación falsa y tirante en la que se encontraba el gobierno, fácilmente se veía que era el comienzo de una oposición que iba a tomar proporciones formidables para triunfar al cabo de algunos meses. Una verdadera revolución del guano se preparaba. El guano se volvía el gran problema del momento; tres años, decían los partidarios más fervorosos de Elías, ochenta años respondían los órganos del poder, y los cálculos, llovían así, poco concluyentes, de uno y otro lado; el resultado fue una comisión que se mandó a estudiar el volumen de guano de las Islas Chinchas.

Aunque el comercio del guano no data en el Perú sino de pocos años, ese abono no fue desconocido antiguamente, y los historiadores de la conquista, nos lo nombran apreciándolo en todo su valor en el notable sistema de cultivo, que los españoles, a su llegada, encontraron establecido en el Perú. Las islas de guano estaban repartidas entre las diferentes provincias del litoral, las mayores entre ellas, estaban también repartidas en varios distritos y toda infracción de límites era enérgicamente [162] reprendida: ordenanzas severas protegían también la puesta de las aves marinas. Poner los pies en esa época, en las islas, era un crimen castigado con la muerte, como el de matar alguno de los pájaros productores. Las ordenanzas de los reyes normados, sobre la caza, no eran más rigurosas. Sabemos cuál fue la triste decadencia de la agricultura peruana después de la conquista, y como, absorbidos por la sed de riquezas que les prometía el trabajo de las minas, los españoles descuidaron todo

cuanto en sus nuevas posesiones no fuera oro o plata. Ese estado de cosas duró hasta 1840, época en que un comerciante, S. Francisco Quiroz, propuso al gobierno arrendar mediante diez mil pesos duros de plata, la exportación del guano; esa oferta despertó la atención y se supo luego, que ya se habían vendido cargamentos de ese abono a Inglaterra, a razón de ciento cuarenta pesos duros de plata la tonelada; se arrendó entonces por cinco años, mediante cuatrocientos ochenta y siete mil pesos duros de plata la exportación del guano. Después de la expiración del contrato, en 1847, el gobierno de Lima se reservó la explotación de ese rico producto. Durante ese pequeño número de años, el comercio del guano ha seguido una progresión incesante y rápidamente creciente: de la cifra de siete mil seiscientos treinta y dos toneladas en 1842, ha llegado a ciento noventa mil en 1851, y en 1852 a más de quinientas cincuenta mil toneladas, representando un valor de cerca de cuatro millones trescientos mil pesos duros de plata. Inglaterra, recibe, ella sola, más de cien mil toneladas, esa cifra es menor para los Estados Unidos; Francia ocupa casi el último rango; Bélgica, por ejemplo, recibe seis veces más que ella; hasta China han sido remitidos algunos cargamentos de ese precioso abono. Es evidente que sin que fuera necesario ningún arreglo, bastaría permitir una mayor salida para que esas cifras fueran mucho más altas aún; pero no es ahí bien entendido el interés del Perú que debe economizar ese recurso providencial, ni tampoco el de las naciones marítimas que explotan ese comercio de tomarlo todo. Son demás las precauciones que toma el Estado para regular la salida de su guano; esa explotación con el desenvolvimiento formidable que ha adquirido, no puede tener en adelante, sino una época; todo está en escoger del mal el menor.

Las llamadas Islas Chinchas, no son, a decir verdad, sino un grupo de rocas, situadas a una decena de millas de la costa, al frente de la ciudad de Pisco, que se percibe muy distintamente del muelle; los navíos se encuentran ahí sin ningún amparo, sobre un detestable fondo de rocas. Cada uno de ellos recibe a su llegada un número de orden indicando su turno de carga, según el cual a veces está obligado a esperar dos o tres [163] meses; luego que llega su turno, va a atracar cerca de las rocas puntiagudas de las que se forma la isla; ahí, una interminable manga de tela que baja de lo alto de esas rocas a su cala, conduce el guano. Las embarcaciones atracan en una escalera de un efecto bastante singular, y fija verticalmente a lo largo de un derrumbadero de cerca de doscientos pies de alto. Una vez en el bote, y aun, a bordo de los navíos el fuerte olor amoniacal del guano se hace sentir desagradablemente; pero cuando se ha bajado a la isla, es otra cosa: ese olor se adhiere, por decirlo así, a la garganta; se encuentra uno luego, invadido por la polvareda fina y tenue que forma el suelo. Ella cubre los vestidos, penetra en el calzado, y entra en los ojos, en la boca, en las orejas, y se anhela el momento de poder purificarse; luego, al cabo de una media hora se acostumbra uno a esa atmósfera, que no tiene en efecto nada de malsana, y los empleados peruanos que están establecidos en la isla, han llegado, por decir así, a no percibirla. La mayor de las Chinchas es una meseta de rocas, de cerca de dos millas de contorno, totalmente cubierta por capas de guano superpuestas, de una profundidad total variable, y rara vez inferior a los diez metros. Cada una de ellas está formada por un polvo extremadamente

fino, compacto, perfectamente homogéneo y de un tono más o menos amarillento. En las zanjas abiertas, el guano se presenta en capas análogas en todo punto, a las capas geológicas de terrenos de diferentes órdenes; se las sigue, se las ve desviarse en toda su extensión siguiendo las modificaciones de la superficie primitiva de la isla y la diversidad de los tonos, acusa lo más netamente posible, el límite de cada una de ellas. Si la profundidad del guano es rara vez de diez metros, hay muchos sitios donde llega a cuarenta y aún a cincuenta metros; se comprende la dificultad que pone esa diferencia, para una evaluación aun aproximada de la cantidad que cubre la isla, tanto más, cuanto que sucede a menudo que en una meseta, en la que se espera encontrar en un espacio grande, una profundidad uniforme, se encuentra de repente, surgiendo aislada, como un obelisco, una de esas rocas que los peruanos llaman peñasco. La comisión que el gobierno había encargado para esa evaluación, procedió por el único medio practicable, aunque para inspirar alguna confianza, tuvo que ser necesariamente muy larga, fue necesario hacer en las capas de guano sondas tan múltiples como fuera posible, para poder representarse más o menos la superficie de la roca; la superficie de la isla, era levantada por los procedimientos ordinarios, y no quedaba más que elevar al cubo, las sondas tomadas como ordenadas; no sabríamos decir si ese trabajo fue llevado a buen fin. [164]

La explotación del guano es de lo más simple: se ha escogido los puntos de la isla donde las naves puedan llegar a amarrarse sin peligro durante las operaciones de carga. Volquetes conducidos por mulas, sobre pequeños trenes de rieles móviles, vienen a vaciar su carga sobre mangas de tela fuerte que conducen el guano hasta el fondo de las bodegas; se puede de esa manera explotar en un número de zanjas bastante limitado, y es mejor dejar el guano menos expuesto al contacto con el aire, lo que le hace perder su poder como abono, así es que las capas exteriores, son menos estimadas que las capas interiores. Nada hay menos costoso que ese trabajo. Algunos centenares de individuos son suficientes, y el gobierno los escoge por economía entre la inmigración china. Agentes del fisco están encargados de las operaciones, y vigilancia del negocio. Pasan ordinariamente un año en esa estado, y viven en la isla donde se les ha construido algunas casas de madera. Los chinos duermen en cuadras. La imaginación está verdaderamente confundida cuando se piensa en el número de años, diré casi de siglos, que han sido necesarios para acumular esas prodigiosas masas de guano; habría que hacer ahí, un cálculo que por no ser precisamente el del heno que puede comer una gallina en un día, no deja de ser menos curioso.

No conozco tampoco, hay que decirlo, otro país en el mundo en el que los pájaros se muestren tan numerosos como en esta costa del Perú; la Providencia, que como nos hace saber Racine, les debe y les da el alimento, en su solicitud parcial ha colocado ahí, de ex profeso para ellos, innumerables bancos de peces menos favorecidos. Se ve toda la pajarada transportarse sobre uno de los bancos, lentamente cuando los ve agitarse en la superficie del agua; sus nubes cambian el aire; luego de improviso, batallones enteros se dejan caer como a una voz de mando, y vuelven a subir con su presa en el pico; se diría una lluvia de pájaros, y ninguna otra comparación podría expresar mejor mi pensamiento.

Terminada la comida, van a digerirla, y descansar sobre el agua, los unos al lado de los otros, pero siempre por especies. Aquí los pelícanos, allá las gaviotas, más lejos los alcatraces, sin descarriarse jamás los unos hacia los otros. Es entonces cuando el mar parece cubierto de pájaros. Lo que siempre me ha admirado cada vez que he observado esa pesca, es la constante resignación con la que esos inocentes peces se prestan a los designios de la Providencia quedando horas enteras a flor del agua, mientras que podrían zambullirse tan fácilmente y desembarazarse así, muy fácilmente del enemigo. Sin embargo [165] ellos no toman ese partido sino cuando los pescadores repletos, iban a proceder a su digestión. Esos pájaros están protegidos por ordenanzas peruanas, ya no con la severidad puesta en práctica en tiempo de los incas, pero sí con multas que castigan el matarlos cerca de las islas de guano, o el perturbar su descanso con tiros de fusil o pólvora en el aire. Ha resultado en ellos una confianza, una familiaridad de costumbres verdaderamente singulares, en esa rada de las Chinchas, tan poblada de naves apenas si se desplazan entre las embarcaciones, y los gruesos pelícanos sobre todo, de fisonomía indulgente y camandulera, los siguen con la mirada y los saludan con su dialecto con una sensible quietud; se les ve cubriendo una roca a la cual se puede acercarse sin hacer volar uno solo; y allí ellos depositan el guano con toda la compostura, todo el recogimiento y toda la gravedad que comporta el ejercicio de una operación de la que parecen comprender la importancia. Esas islas son al mismo tiempo su osario; la tranquilidad que encontraron ahí toda su vida, los hace elegir de preferencia para lugar de su sepultura.

Las prudentes ordenanzas de las que acabo de hablar, fueron durante nuestra estadía, el origen de una discusión entre las autoridades peruanas y la tripulación de la nave americana «Defiance», que no habiendo querido someterse a la policía de la rada, condimentaba su negativa con todas las especies de la insolencia yankee; cuando fue necesario poner en los fierros a algunos de los revoltosos, los peruanos que sólo tenían ahí, como estacionaria a una infeliz goleta, se encontraron en la necesidad de pedir ayuda a una nave mercante francesa. La «Defiance» dejó la rada; pero para burlarse de los peruanos, imaginó saludar a la isla con dos tiros de cañón que tenía a su bordo. Nueva reclamación de los agentes del Perú, nuevas injurias de los americanos. Siguió una riña tras de la cual los últimos fueron puestos nuevamente a fierro, y la nave abandonada a los primeros. Ese conflicto fue al gabinete de Washington, que pidió como de costumbre, una fuerte indemnización para recompensar a sus nacionales de la insolencia (insolencia, sobre todo con los débiles como se entiende) que tiende a volverse el rasgo distintivo del carácter yankee. ¿Qué piensa usted de ese asunto? -pregunté a un peruano-. Que quiere usted señor, pagaremos -respondió. Otra pretensión más seria y no menos extraña se había elevado, algún tiempo atrás, con respecto a islas de Lobos (de tierra y de Afuera) situadas al norte del Callao. Negociantes ingleses, la habían solicitado primero, pero la buena fe del gabinete de Saint James, había hecho justicia enseguida; cuando en junio de 1852, el gobierno americano volvió a tomar el asunto por cuenta propia, bajo el extraño [166] pretexto de que esas islas eran una propiedad pública. Por ridícula que fuese esa tesis, no fue sin trabajo que se llegó a desasirlos de lo

que mantenían como su derecho.

Las islas Lobos, y numerosos otros grupos de rocas esparcidas en la costa, constituyen en el Perú una reserva bastante tranquilizadora de vastos depósitos apenas explorados hasta aquí; aunque todos esos guanos no tengan las cualidades ni tampoco valores iguales. El guano de Bolivia por ejemplo es, lo dije, tenido en muy mediocre estima; el del Perú lo es muy superior, y el alto precio al que le coloca hoy día la agricultura europea, le asegura una salida tanto más cierta y ventajosa cuanto que el flete en los navíos de regreso, se encuentra difícilmente en la costa oeste de la América del Sur. Pero, triste conclusión ¿cuando esas fuentes de riquezas se agoten, qué acontecerá? Es el país el que los habrá aprovechado menos, y al que no le quedará ningún beneficio serio precisamente el que lo posee, el Perú; consecuencia inevitable de un desorden administrativo del que nada parece presagiar el término en ese desgraciado gobierno. [167]

Apéndice

[169]

Lima y la sociedad peruana. Anexo al Libro I; capítulo III

Según Herrera, fue la necesidad de rechazar una expedición que Alvarado dirigió desde Guatemala sobre el Perú, lo que indujo a Pizarro venir a acampar al borde de la bahía del Callao. En ese sitio, una planicie fertilizada por un río, se hundía en una insensible pendiente desde la ribera hasta una cadena de montañas que marcaba su límite a dos leguas hacia el este. El sitio pareció en todos sus puntos, favorable a Pizarro, quien en 1534, el día de la Adoración de los Magos, echó, al pie de esas montañas y sobre la margen izquierda del río (el Rímac), los cimientos de una ciudad que se llamó al principio «Ciudad de los Reyes». Tres años más tarde, Carlos V debió conferirle con el título de ciudad real, blasones destinados a perpetuar el recuerdo del día de su fundación. Éste llevó en campo azul, tres coronas de oro terminadas en una estrella radiante. No obstante el nombre español: Ciudad de los Reyes, no pudo recibir la consagración de costumbre, y la nueva ciudad, volviendo pronto a tomar el nombre del terreno que ocupaba, se llamó Lima. Hizo primero dividir el terreno en cuadras o cuadrados de alrededor de ciento veinticinco metros de lado, en la mayor parte, sobre los que se debían construir casas; esas cuadras eran aisladas por largas calles. Ese trazado prudentemente ordenado, evitó la formación de esas callejuelas estrechas y tortuosas, tan comunes en el corazón de las ciudades antiguas. El primer edificio que se levantó en la naciente ciudad, fue una iglesia; se construyó después un Palacio, al sur de la Plaza Mayor, en el sitio denominado hoy día: «Callejón de Petateros», el mismo donde seis años más tarde debía ser asesinado Pizarro, que, llamado a gobernar al Perú para España, abrió ese período de virreyes durante el cual Lima debía llegar al apogeo de su esplendor. En 1685, el Duque de la Palata encerró la ciudad [170] en una muralla semicircular que el Rímac cortó como un diámetro. A su turno, Montes-Claros Salvatierra, Villa García, Amat, O'Higgins, Abascal y Pezuela tiraron puentes, cavaron acueductos, levantaron fuentes,

construyeron baños públicos, formaron vastos paseos, ampliaron las vías de comunicación con los burgos vecinos, y terminaron diferentes obras militares; desgraciadamente, grandes e inútiles trabajos emprendidos, se arruinaban a veces, inconclusos; eso era debido a un sentimiento de envidia bastante mezquino: ciertos virreyes no se hubieran resignado por nada en el mundo, a continuar la obra de su predecesor. Cuando se manifestaron los primeros síntomas de insurrección, en las colonias españolas, Lima había llegado a su más alto grado de perfección; era la maravilla de América Meridional; se contaban ahí veintidós conventos grandiosos y elegantes como palacios, afectados a las diferentes órdenes religiosas, diecisiete monasterios de mujeres, y cuatro beaterios: casas de retiro habitadas por mujeres religiosas, sin que estuviesen obligadas por los votos. Cada una de esas casas tenía una iglesia y varias capillas, de modo que el número de edificios consagrados al culto divino, pasaban de la centena. También se instituyeron doce hospitales, en vista de una obra de caridad especial. Eran: San Andrés, para los españoles y los maniáticos; Santa Ana para los indios; San Bartolomé para los negros y las castas africanas; San Pedro para los eclesiásticos pobres; el Espíritu Santo para los marinos; San Pedro Alcántara para las mujeres; San Lázaro para los leprosos. Además, tres colegios reales dependían de la Universidad de San Marcos, fundada bajo el reino de Carlos V; eran: San Martín, el Colegio del Príncipe y Santo Toribio; los dos primeros servían para los estudios seculares, el tercero para la enseñanza eclesiástica. Existían también diferentes escuelas conventuales donde los niños pobres recibían una instrucción elemental. [171]

Anexo al capítulo IV

La noche en Lima. Los serenos

Es noche cerrada, poco a poco, el puente se va despoblando; se vuelve a tomar el camino de la ciudad, y ordinariamente se hace una parada cerca de las «fresqueras» de la Plaza Mayor. Sus mesas iluminadas están cubiertas de alcarrazas y baldes entre cuyas paredes cubiertas de escarcha, se sumerge hasta el gollete, en el hielo, numerosos frascos y garrafas con líquidos refrescantes, color de rubíes y topacios, que desparraman sobre la brujería del vidrio que las rodea, los más cambiantes reflejos. Un personal de consumidores que se renueva sin cesar, ocupa los bancos de madera dispuestos alrededor. Cada cual saborea con recogimiento, el sorbete, la limonada helada, la bebida de piña, de granada, o de leche de almendras, que se le vende en un enorme vaso por un precio reducido. Las mujeres que circulan por los alrededores no dejan de aceptar el refresco que les ofrece cualquier recién llegado y vienen a sentarse a su lado. A esa hora las limeñas han dejado el gracioso vestido del día; todas están vestidas con ropas ligeras y llevan en la cabeza un chal con el que se velan la parte baja del rostro; se las ve pasar como sombras bajo los profundos portales apenas iluminados por los reflejos humeantes, y sus vestidos blancos, semejantes a esos foquillos atractivos y cambiantes, atraen al transeúnte indeciso.

El movimiento de la ciudad se apaga temprano; las calles se vuelven

desiertas y sus edificios sin tiendas ni ventanas iluminadas, tienen entonces el triste aspecto de rostros sin miradas. Únicamente se puede percibir desde el umbral de las puertas abovedadas, aún abiertas -al fondo de un patio-, en algún salón, una lámpara y una canasta de flores sobre una consola, luego un grupo de mujeres compitiendo en actitudes graciosas, [172] y charlas, sin hacer caso del piano que lanza sus notas a través de la conversación. El instrumento musical, piano o guitarra, constituye, junto con las flores, los perfumes y el zapato de raso blanco, las verdaderas necesidades de la vida para una limeña, todo lo demás no es sino superfluo. Así es como, no se recorre la ciudad sin oír a cada paso murmurar sordamente en los interiores el piano o la guitarra. A menudo sus sonidos nos llegan mezclados con un rumor inusitado; la curiosidad nos conduce entonces, naturalmente a pegar los ojos contra la raya luminosa de las persianas mal unidas de una casa de segundo orden, a través de las que se percibe ordinariamente a una joven, que, los brazos doblados bajo el chal, según la costumbre, se contonea ante un caballero, sumida en las delicias de un zapateo o de una zamacueca, mientras que los abuelos sentados alrededor de la sala, cantan en coro palabras burlescas, sin desistir de la grave inmovilidad de pose, particular a las estatuas egipcias. Si la escena sucede entre una sociedad de negros, se asiste, sin ser visto, a uno de esos dramas coreográficos, en que los actores afiebrados se abandonan a pantomimas de la más feroz lascivia. Otra música se hace oír aún, de noche, cada hora, por las calles. Tiene como ejecutantes al cuerpo de serenos.

Tan pronto como suena el reloj se elevan en todos los puntos de la ciudad acordes melancólicos que parecen arrancados a una flauta de Pan, unidos a voces que cantan las primeras palabras de la salutación angélica y dicen la hora de la noche y el estado de la atmósfera. En Chile la doliente modulación de la flauta es reemplazada por un agrio silbido, y el suave «Ave María», por el patriótico ¡Viva Chile!, pronunciado con un tono de los más desagradables; pero el servicio nocturno nos parece mucho mejor cumplido que en el Perú. Allá, escuadras de serenos, soldados a pie y a caballo, están afectados a la policía de la noche; nadie puede dar un paso sin ser vigilado por un guardián invisible. En vano el polvo apaga el ruido de la marcha, en vano la oscuridad es profunda, el sereno tiene oído de liebre y mirada de lince; si las andanzas de un caminante nocturno le parecen sospechosas, un silbido resuena y da el aviso al sereno vecino, éste espera al hombre al paso y lo escolta con un nuevo aviso alado, que mantiene a los demás serenos dispuestos a caer sobre su presa. El deber del sereno es asegurarse si las puertas están bien cerradas, y si nada puede dar lugar a un comienzo de incendio; plaga tanto más temible porque la sequía es casi continua en esos diferentes países donde la madera es más o menos el único elemento de construcción. Una noche me fue dado estudiar, muy a mi pesar, lo confieso, el [173] servicio de los serenos chilenos. Había perdido el bote de mi fragata, en una de esas horas en las que las puertas se mantienen despiadadamente cerradas; salía de un baile y mi vestido me resguardaba mal de las espesas neblinas que bajadas de improviso de las montañas, me hacían correr escalofríos por las espaldas; mientras que las pequeñas piedras puntiagudas empleadas en la pavimentación de las calles, clavaban en mis pies las suelas ardientes.

Esos diversos inconvenientes me pusieron en esa disposición de ánimo que nos hacen odiar las cosas más inofensivas. Así el ruido del silbido nunca me hubo parecido más insoportable como durante esa larga noche en la que los serenos me parecieran abusar de las notas más agrias y astutas de sus instrumentos; pero pude adquirir la certidumbre de que todo hombre puede circular por la noche con una fortuna en el bolsillo, mientras no tenga el sereno la fantasía de volverse ladrón. Esa idea llega naturalmente cada vez que se encuentra, inmóvil en el ángulo de un muro, a uno de esos guardianes de la noche, el sombrero hundido hasta la nariz, la capa de ópera cómica subida hasta los ojos, y abultada por un arma de la que algunos chispazos de luz prendidos al metal, traicionan su presencia. Las calles de Lima no nos ofrecían la misma seguridad; sobre todo desde que uno de nuestros compatriotas, saliendo del consulado de Francia en una noche oscura, y obligado a bajar la calle de «Estudios» o su prolongación, bordeada de un lado por un recinto y del otro por las dependencias de un convento, se vio obligado a reñir con un sereno, que con el frívolo pretexto de ver la hora en su reloj, lo había tomado por el cuello. Era, se convendrá, una pretensión bastante exorbitante en un funcionario pagado por la República para saber la hora mejor que un campanario y tan bien como los cien relojes de la ciudad. Nuestro compatriota sostuvo el primer choque de forma de hacer ver a su brusco interlocutor, que él no llevaría la mejor parte. Cosa que ocasionó en éste un completo cambio. Pretendió no haber querido hacer sino una broma, se confundió en excusas y familiarizándose con su antagonista, le siguió murmurando ofertas de servicios, y todas, floridas con nombres de mujeres: niñas muy decentes decía él, no dejaban ninguna duda sobre las diversas clases de industrias acumuladas en ese interesante funcionario. Por lo que parece, era nuestro hombre, ladrón y libertino, «entre dos corrientes de aire». Los malos encuentros de noche, son, por lo tanto, bastante raros en tiempo ordinario. Nos ocurrió a menudo, tener que recorrer las calles en las horas más indebidas, y si algo ha podido sorprendernos, es la tranquilidad de la que goza esa ciudad donde existen tantos elementos de desorden, y tan pocos medios de represión. [174]

Anexo al capítulo V

Extrañas contradicciones se manifiestan frecuentemente en la conversación: ¿Quieren acaso hacer el elogio de un peruano? dicen que tiene todo el aire de un extranjero. «¡Es un extranjero!», es también el golpe de gracia a todo requisitorio. Basta un accidente en la conversación o una pretensión contrariada, para determinar esas singulares reviradas de opinión.

Además, se encuentra la misma inconsecuencia en la expresión individual del sentimiento político de los habitantes de Lima. Esta violenta salida del oficial americano Landázuri, quien fiel a la causa real, exclamó: «Quisiera hacer correr de mis venas todo lo que contiene de sangre americana», ha sido muchas veces volteada por los criollos. No obstante, la mayor parte de ellos, no dejan casi escapar una ocasión de hablar de sus ancestros españoles, y hemos conocido un verdadero prototipo

de limeña, que a menudo exclamaba en sus horas de exaltación: «Estoy orgullosa de ser peruana»; luego, un instante después, el viejo germen volvía a salir a flote, y ella se complacía con orgullo menos dudoso en demostraciones, de su genealogía española. [175]

Anexo al Libro II, capítulo I

He dicho ya que la instalación de la ópera italiana, había levantado primeramente, numerosas excitaciones y escrúpulos en esa sociedad en la que las beatas ocupan un gran lugar. Eso podrá parecer una extraña anomalía con lo que se conoce como libertad de andar de las limeñas; también juzgo bueno mostrar como el autor, amable y espiritual de: El espejo de mi tierra(21), constata esa rareza del carácter de sus compatriotas.

Algunas dicen que lo malo de la ópera, no está en la ópera misma, sino más bien en sus accesorios; de modo que si Romeo y Julieta era representada en la plaza de toros o en el coliseo de gallos, se podría asistir a la representación sin el menor escrúpulo. Otras pretenden que se puede ir para oír, pero que se debe evitar ver: también, ellas, no van a la ópera, sino provistas de un abanico, a fin de mirarlo todo a través de las varillas. Ésta, exclama: «No mamita de mi corazón, yo no voy, porque dicen que estas italianas son la tentación del enemigo».

-¡No seas cándida!, ¿qué tentación han de ser para nosotras? Lo serán para los hombres.

-Ay, como que tú no sabes que la Pantanelli(22) sale vestida de hombre, observa la de más allá, y dicen que es cosa digna de verse, y que está para reventarla. [176]

(Mis lectores saben que hay quien celebra las cosas deseando reventarlas).

Otra de conciencia más amplia, arriesga estas palabras:

-Pues mire usted ña Conci, me han dicho que van muchos sacerdotes a las claraboyas y al patio.

Y doña Conci responde a ese argumento:

-Ciedto ña que ña Madgadita, tiene unas cosas...

«Eyes idan pobque son teólogos, y saben distinguid lo que es bueno de lo que es malo, y los espiditus malinos yevan, como quien dice, pleito perdido con eyos; y de nosotas, pobdes mujedes que no somos capases de conosed po onde nos viene el mal, hase Satanas seda y pabilo».

(Todo este último párrafo está escrito para reproducir una pronunciación afectada por numerosas limeñas). [177]

Anexo al Libro III, capítulo II

Aunque Lima está exenta de los terribles efectos del trueno y de los relámpagos, está sujeta, en cambio a convulsiones mucho más pavorosas y más destructoras: se experimentan ahí, temblores, todos los años; cuando después de despejarse las neblinas, el sol del verano comienza a calentar la tierra, se dejan sentir más comúnmente por la noche, dos o tres horas

después de ponerse el sol, o por la mañana a su aparición. Se ha observado que, generalmente, la dirección que toman es de sur a norte, y la experiencia ha demostrado que del Ecuador al trópico de Capricornio, las más violentas sacudidas han tenido lugar cada cincuenta años. He aquí la enumeración de los temblores más violentos que se han manifestado en Arequipa, Lima y Quito, desde la conquista de esas regiones por los españoles:

AREQUIPALIMA QUITO

158215861587
160416301645
168716871698
171517461757
178418061797
1819

«Se ha notado que el reino vegetal sufre mucho con esas grandes conmociones. Los países cercanos a Lima y las costas de esas regiones, fueron, particularmente afectadas por el temblor de 1687; las cosechas de trigo, de maíz y otros granos, fueron completamente destruidas, y durante varios años la tierra quedó enteramente estéril. En esa época hicieron venir trigo de Chile, país que desde entonces ha sido considerado como el granero de Lima, de Guayaquil y de Panamá. Feijó, en su descripción de la provincia de Trujillo, dice que algunos de los [178] valles, cuyas cosechas rendían doscientos por uno, antes del temblor de 1687, no producen ni siquiera la simiente, más de veinte años después de esa época, y se supo por las últimas noticias recibidas de Chile, que las cosechas han faltado ahí, después del último temblor de 1822. Cuando se recibe una o dos débiles sacudidas durante los tiempos húmedos, ellas son achacadas de indicar un cambio de temperatura: es lo mismo durante los meses de sequía o de calor».

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

